

Selección RNR

Más que amigos

ANA ÁLVAREZ



Romance Actual

MÁS QUE AMIGOS

Ana Álvarez



1.ª edición: octubre, 2016

© 2016 by Ana Álvarez

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-563-0

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Para Marta, que me pidió que le pusiera su nombre a una hija de Susana y Fran cuando aún estaba escribiendo su historia. Puesto que entonces no estaba previsto que tuvieran más que hijos varones, aceptó «ser» la hija de Inma y Raúl. Cuando más adelante me animé a escribir la continuación le hice un esbozo de los tres hermanos Figueroa y le di a elegir, decantándose por Sergio. Puesto que esta es en cierto modo su novela, se la dedico con todo mi cariño.

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Agradecimientos

Nota de autora

Promoción

Capítulo 1

Marta miraba a través de la ventanilla del avión cómo Sevilla se iba acercando lentamente. El corazón le empezó a golpear impaciente contra el pecho. Hacía un año que se había marchado de Erasmus a Londres para realizar el segundo curso de sus estudios de Derecho. Un año que no veía su ciudad ni a la mayor parte de su familia y amigos. Sus padres, y también sus tíos adoptivos, Susana y Fran, habían ido a verla tres meses atrás, pero no así sus chicos. Llevaba un año sin ver a ninguno de los hermanos Figueroa, sus amigos del alma desde la infancia.

Los había echado terriblemente de menos a todos, desde Javier hasta Miriam, la pequeña, pero quien a pesar de los casi cuatro años de edad que las separaban, era su mejor amiga. Su mejor amiga mujer, claro, porque su mejor amigo era sin duda Sergio. Al ser ambos de la misma edad siempre habían tenido una afinidad especial, desde que compartían cuna cuando estaban en casa uno del otro. Sergio siempre le decía que compartir cuna unía mucho más que compartir cama. Aunque también la habían compartido en más de una ocasión durante la infancia.

Los cinco chicos habían crecido juntos, porque aunque habían asistido a colegios diferentes, el resto del tiempo lo habían pasado siempre en común. Vacaciones de verano, navidades, fines de semana... Marta se consideraba una más de la familia Figueroa y a Inma y Raúl les habían salido de la nada cuatro hijos más.

Desde hacía unos años Marta había sido consciente de los sentimientos de los tres hermanos. De pequeños siempre estaban rivalizando por agradarla, por jugar con ella, pero cuando entraron en la adolescencia empezó a observar que las miradas cambiaban y el tipo de rivalidad también. Se dijo que ojalá pudiera enamorarse de los tres, pero eso era imposible. Por lo tanto, y sintiéndose incapaz de aclarar lo que sentía por cada uno de ellos, había hablado con su madre y aconsejada por esta, había decidido irse a Londres y poner tierra por medio durante una temporada. En cuanto hubo cumplido el mínimo de créditos necesarios para solicitarlo, pidió una plaza Erasmus en la capital de Reino Unido con la esperanza de que un año de distancia atemperara a los tres hermanos y también le dieran a ella la oportunidad de conocer a otros hombres además de los Figueroa. Si se enamoraba de un extraño se solucionaría el problema, porque lo último que quería era crear rivalidad entre ellos.

Pero no había sido así. Cada chico que conocía acababa siendo comparado con sus queridos Figueroa, y no había siquiera rozado su corazón. Y tampoco la ausencia había hecho que sus sentimientos se aclarasen definitivamente. Para ella los Figueroa eran tres y a los tres los había echado de menos por igual: el carácter serio y apacible de Javier, el romanticismo de Sergio y la impetuosidad de Hugo. A Javier hacía más tiempo que no le veía, puesto que cuando se marchó él llevaba ya seis meses en Estados Unidos estudiando Medicina. Quería dedicarse a la investigación y tanto

Susana como Fran le habían aconsejado que hiciera los estudios allí puesto que en España el campo de la investigación era el gran olvidado.

Marta estudiaba Derecho, lo había vivido en su casa y en casa de sus amigos desde pequeña y para ella no existía otra profesión posible, no así sus amigos que seguían otros caminos profesionales. Quizás Miriam, todavía indecisa a sus quince años recién cumplidos, fuera la esperanza de continuar con el bufete familiar, pero Fran y Susana habían dejado a sus hijos la libertad de decidir sus destinos y sus profesiones. Si el bufete Figueroa debía terminar con ellos, que así fuera.

Javier, que siempre había sentido una curiosidad insaciable hacia todo, se había decantado por la medicina en la rama de investigación, algo que iba perfectamente con su carácter sensato y meticulado. Javier era el serio, el responsable, ese hermano mayor en el que siempre puedes confiar, que siempre está ahí pase lo que pase.

Sergio, heredero de la pasión por el mar de su abuelo materno y aventurero por naturaleza, se había hecho cargo de la embarcación de este; se estaba sacando la licencia de patrón de barco y soñaba con recorrer el mundo en un velero. Sus padres, con los pies más en la tierra que él, le habían aconsejado que estudiara para marino mercante y dejara el velero para las vacaciones. Sergio era el soñador de la familia, alegre, divertido y romántico. No podía negar que era su favorito.

Hugo, con sus diecisiete años recién cumplidos cuando lo dejó, estaba inmerso en una turbulenta adolescencia, y empeñado en demostrarle que estaba enamorado de ella y que el año y medio de edad que los separaba, no tenía importancia. Era el único que había intentado besarla en alguna ocasión, cosa que ella había evitado con habilidad y diplomacia. Era de entre los hermanos el que menos le atraía y trataba de disuadirlo de su enamoramiento, pero Inma le había dicho que lo dejara correr, que simplemente no lo alentara y que se le pasaría con el tiempo. Eso esperaba, no quería ser causa de rencillas entre los hermanos. Los quería muchísimo a todos, y realmente esperaba que ese año de ausencia hubiera puesto todo en su sitio.

Y Miriam, la pequeña, era el vivo retrato de su abuela Magdalena en el físico, pero mucho más encantadora que esta, una adolescente dulce y tranquila, muy madura para sus quince años a la que sus hermanos adoraban y en la que ella había encontrado a una gran amiga y confidente a pesar de la diferencia de edad.

La madre de Fran, ahora viuda, seguía siendo la misma arpía de siempre, empeñada en encontrarles defectos a todos sus nietos. Ni siquiera el zalamero Sergio conseguía sacarle un halago y mucho menos una carantoña.

El avión aterrizó con una fuerte sacudida, el piloto no era muy fino. Impaciente, se abrió paso por el pasillo, deseando abrazar a sus seres queridos. Cuando descendió, el fuerte calor de Sevilla la llenó de alegría. Lo peor de Londres había sido el frío, era del sur, andaluza por los cuatro costados y disfrutaba con los más de cuarenta grados

de temperatura estival.

Se detuvo impaciente a recoger las dos enormes maletas en la cinta transportadora y tiró de ellas hasta la salida. Apenas la puerta corredera se abrió a su paso, vio a sus padres en primera fila... y a nadie más. Se sintió ligeramente decepcionada, había esperado un recibimiento masivo por parte de las familias Hinojosa y Figueroa al completo. No obstante, cuando los brazos de su padre la rodearon con fuerza, se olvidó de todo lo demás.

Raúl se había convertido en un cincuentón atractivo y en forma, con alguna cana salpicada en las sienes, que según Inma atraía a más mujeres de las deseadas. Pero él seguía perdidamente enamorado de su «Princesa de hielo», como solía llamarla, a pesar de que dicho hielo se había fundido entre sus manos hacía ya muchos años.

Inma, menuda y vivaracha como siempre, abrazó a su hija a continuación. No se le había escapado su mirada recorriendo toda la gran sala de llegadas, buscando a alguien más, y sonrió.

Raúl se hizo cargo de las maletas de Marta y esta salió abrazada a su madre. Apenas las puertas correderas se abrieron, vio la enorme pancarta que Sergio y Hugo portaban cada uno por un extremo con el «WELCOME MARTA» escrito con grandes letras rojas, su color favorito. Todos estaban allí: Fran, Susana, Sergio, Hugo, Miriam, e incluso Javier, al que imaginaba en Estados Unidos.

Corrió hacia ellos y fue abrazándolos uno a uno con fuerza. Se sorprendió de los músculos que había desarrollado Sergio, de la larga melena negra de Hugo recogida en una coleta, de los pechos crecidos de Miriam y de la madurez que vio en la mirada de Javier.

—¡Estáis todos!

—¿Qué pensabas? ¿Que nos lo íbamos a perder? —dijo Hugo.

—Ya me costó bastante trabajo aceptar que nuestros padres se fueran a verte sin mí... Si no hubiera sido por la maldita selectividad... hubiera perdido la semana de curso sin problemas —dijo Sergio acaparando su atención—. Y... ya tengo el título de patrón de barco, así que este verano haremos alguna excursión en el barco del abuelo, que ahora es mío —continuó entusiasmado

—¿En serio? ¡Genial!

—¿Y tú?, ¿qué tal el bachillerato?

Hugo sacudió la cabeza.

—Hum... regular. He tenido algunos problemillas con las matemáticas.

—Di mejor que has tenido problemillas con las ganas de estudiar —dijo Fran a su hijo menor.

—Pero mi madre se ha hecho cargo del asunto y me está dando clases —argumentó con un ligero encogimiento de hombros—, así que aprobaré en septiembre, sí o sí.

Todos estallaron en carcajadas. Susana sonrió al trasto de su hijo, era el que más problemas les estaba dando con los estudios. Se distraía con cualquier cosa y siempre esperaba a última hora para preparar exámenes y trabajos. Fran solía decirle en privado que él era igual a su edad, y que Hugo solo necesitaba encontrar a su empollona particular para sentar cabeza.

En el aparcamiento Fran sacó las llaves del monovolumen familiar y preguntó:

—Supongo que los jóvenes querréis ir solos. Mamá y yo nos iremos en el coche de Inma... ¿Quién conduce?

—¡Yo! —se ofreció Sergio alargando el brazo—. Hace un mes que tengo el carné y necesito practicar.

Pero Javier se adelantó y arrancó las llaves de la mano de su padre.

—Tú límitate a pilotar el barco, Barbanegra, y déjame a mí el coche, que tengo más experiencia.

Subieron al vehículo y Marta se encontró empotrada en el asiento trasero entre Hugo y Sergio casi sin darse cuenta, cada uno de ellos con una de sus manos cogidas.

Hugo hablaba atropelladamente tratando de contarle todo lo que le había acontecido durante ese larguísimo año de ausencia, mientras que su hermano se limitaba a acariciarle los dedos, con los suyos ligeramente callosos por los trabajos realizados para reformar el barco, produciéndole una sensación cálida y reconfortante, como de haber vuelto a casa. Levantó la vista y se encontró, a través del retrovisor, con los ojos pardos de Javier clavados en ella, esos ojos tan parecidos a los de su padre. Por un instante, sus miradas se cruzaron, se sostuvieron, pero en seguida él desvió la vista fijándola en el intenso tráfico de la Supernorte, bastante concurrida a aquella hora. Contempló su nuca, el trozo de cuello que dejaba ver el pelo corto, moreno por el sol a pesar de su piel blanca, los hombros tensos a consecuencia de la postura para sostener del volante.

Una pregunta de Hugo, que no había escuchado, la hizo volver de sus pensamientos.

—Perdona, estaba distraída. ¿Qué decías?

—Que si te vas a venir a casa ahora.

—No sé, no tengo ni idea de los planes. Apenas he cambiado unas palabras con mis padres antes de que me acaparaseis.

—Barbacoa esta noche. Pero puedes venirte ya directamente a casa, tienes ropa en la maleta ¿no?

—No seas peñazo, Hugo —le recriminó su hermano desde el asiento delantero—. Deja que vaya a su casa, se ponga cómoda y disfrute de su habitación y de sus padres un rato. Ya vendrá a vernos esta noche.

—¿Es eso lo que quieres? —volvió a preguntar el chico.

—Sí, claro que sí. Además, mis padres tienen derecho a disfrutar de mí un rato antes de que sea abducida por vosotros. Pero Miriam, tú puedes venirte conmigo si quieres.

—¿Ella sí y nosotros no? —preguntó Sergio celoso, mientras intensificaba el apretón de su mano.

—Tenemos cosas de chicas que hablar —dijo enigmática.

De nuevo los ojos de Javier se clavaron en ella, inquisidores. Sergio apretó su mano con más fuerza.

—Deja que adivine... ¡Te has echado un novio inglés! —dijo su amiga.

Marta sintió la tensión de los tres chicos dentro del coche, expectantes.

—No, qué va... nada de eso. Solo pretendo cotillear un rato... cosas de mujeres. Chicos, vosotros no entendéis de eso.

¿Fue alivio lo que vio en la mirada de Javier, que continuaba fija en ella?

—Bueno, vaaale.

El coche enfiló hacia Montequinto, donde vivían los Hinojosa en un piso espacioso y confortable. Ante el portal de su casa, Marta y Miriam se bajaron y se perdieron en el interior. Susana y Fran que llegaron a continuación, se despidieron de Inma y Raúl y subieron a su coche para dirigirse a Espartinas a preparar la fiesta de bienvenida.

Durante un tiempo habían vivido en el ático con terraza en el que habían iniciado

su vida de pareja, pero cuando Susana se quedó embarazada de Hugo decidieron mudarse a una casa con un jardín en el que los niños pudieran disfrutar y jugar al aire libre, y una piscina para aliviar el calor estival.

Marta, después de un rato en el salón con sus padres, charlando y comentando los pormenores del viaje y de los últimos días en Londres, se retiró al fin con Miriam a su habitación. Se tiraron ambas en la cama y sintió el placer de sentir su espacio, sus cosas alrededor, y la libertad que había estado esperando de hablar con su amiga sin tapujos.

—Bueno, Miriam... ¿cómo va todo por aquí?

—Pues como siempre, más o menos... Todos un año mayores, pero aparte de eso... Ya mis hermanos te han contado las novedades.

—¿Alguno de ellos tiene novia?

—¡Noooo! Siguen todos esperándote a ti.

—Mierda, confiaba en que eso hubiera cambiado.

—Bueno, Hugo está empezando a descubrir a las chicas y hay varias de sus compañeras de instituto que entran y salen continuamente de casa. Una de ellas más que las otras, así que podría ser que se lo llevara al huerto. Aunque estas últimas semanas ha estado muy excitado y hablando solo de ti. Está insoportable, no para quieto un minuto.

—¡Vaya!

—Sergio se ha estado machacando en el gimnasio este último mes, me ha preguntado veinte veces si está mejor con el pelo más largo o se lo corta, ya sabes que lo tiene bastante indomable, se ha comprado ropa nueva...

—¿Y Javier?

—Ese no dice nada. Es más introvertido, no expresa sus sentimientos de forma tan clara. Pero duermo en la habitación de al lado y le he escuchado dar vueltas en la cama toda la noche sin pegar ojo. Esta mañana solo se ha tomado un café, y ya sabes que todos mis hermanos tienen un apetito voraz a cualquier hora del día o de la noche. Cuando mi madre le ha preguntado si se encontraba mal, le ha dicho que simplemente no tenía hambre. Es el que más nervioso está, aunque no lo demuestre.

Marta suspiró pesarosa.

—Por Dios, me sabe fatal esto. Yo los quiero muchísimo a todos, y no quiero que

tengan problemas entre ellos por mi culpa. Pero...

—No puedes enamorarte de todos.

—No.

—La otra solución sería no enamorarte de ninguno.

—Sí, eso podría funcionar.

—Pero no es el caso, ¿verdad? Te gusta Sergio.

—No lo sé, Miriam, estoy muy confusa... Cuando me marché, sí era él por quien empezaba a sentir algo más que amistad, pero ahora... ahora no lo sé. Ha pasado un año, los dos hemos cambiado... Por eso no quise empezar nada con él antes de irme. Ahora, el tiempo dirá. Javier también está guapísimo... más hombre

—Javi está hecho un bombón... Si no fuera mi hermano... Pero no dejes que te atosiguen.

—¿Tú crees que soy de las que se deja atosigar, ni siquiera por un Figueroa cabezota? ¿O tres?

Miriam soltó una risita. Su amiga tenía una personalidad arrolladora, por eso tenía locos por ella a sus tres hermanos

—No, no lo eres. Pues entonces relájate, disfruta y el tiempo dirá.

Aquella noche, el jardín de Espartinas estaba lleno de vida y alegría. En la barbacoa, como siempre, Fran se encargaba de asar carne ayudado por Raúl. Ambos amigos habían soportado bien el paso del tiempo. Fran seguía teniendo el pelo rubio con las entradas algo más pronunciadas, y la piscina mantenía su cuerpo atlético y en forma, y Susana había ganado algunos kilos con los embarazos y perdido la extrema delgadez que la caracterizaba en su juventud.

Los dos amigos bromeaban ante las brasas mientras sus mujeres se encargaban de acercarles bebida de vez en cuando para aliviar el intenso calor, llevándose algún achuchón o pellizco en el trasero a cambio.

—¿No os da vergüenza, con vuestros hijos presentes? Meternos mano a vuestras pobrecitas mujeres... —se quejó Inma en broma.

—Nuestros hijos están demasiado ocupados para darse cuenta. Y si nos ven, tampoco pasa nada. Todos tienen muy claro como vinieron al mundo.

Los aludidos, alborotaban dentro de la piscina salpicando agua en todas direcciones.

Fran cogió un trozo de pinchito y lo mordió a medias, ofreciéndole a Susana el trozo que quedaba fuera de su boca. Esta no se hizo rogar y mordió el resto mientras los brazos de su marido le rodeaban la cintura.

Desde la piscina, una oleada de vítores les hizo finalizar el beso. No les importó, sus hijos y también Marta estaban habituados desde pequeños a sus demostraciones de cariño.

—¡Un hermanito, un hermanito! —pidió Sergio.

—¡Ni lo sueñes! —negó Susana—. Ya tengo bastantes quebraderos de cabeza con vosotros cuatro.

—Inma, ánimate tú. Vosotros tenéis solo una.

—¡Ja! Nosotros tenemos cinco, igual que tus padres.

Era cierto. Todos se consideraban padres de todos, y vivían lo bueno y lo malo que le sucedía a cada miembro de las dos familias.

—Salid del agua si queréis comer —advirtió Raúl.

Marta colocó las manos en el borde de la piscina y se alzó sobre él. Desde el agua, tres pares de ojos siguieron sus movimientos.

—¡Dios Santo, se la comen con los ojos...! —musitó Inma.

—Los tres...

—Ya podíais haber tenido trillizas, joder... —se quejó Fran.

—Y tus hijos son tan cabezotas que seguro que se hubieran ido todos a por la misma —añadió Raúl.

—Lo solucionarán entre ellos, estoy segura —dijo Susana—. Ahora, comamos.

—Voy a acercarles unas toallas, o te pondrán perdidos los sillones y la pobre Manoli va a tener mañana mucho trabajo.

—De eso ni hablar. Manoli se ocupará mañana del trabajo cotidiano; todo esto lo limpiarán mañana esos cuatro que están de vacaciones.

—Cinco. Marta ya me ha advertido que esta noche se quedará a dormir aquí —añadió Inma alzando una ceja—. Si no os importa, claro.

—¿Eres imbécil? ¿Cuándo nos ha importado tener a Marta en casa?

—No sé, quizás ahora con todas esas hormonas sueltas.

—Ya te he dicho que en esa cuestión no vamos a intervenir. Es problema de ellos.

—Pero seguramente dos de tus chicos, si no los tres, van a sufrir.

—Es inevitable, y son lo bastante civilizados para afrontarlo.

—Pero Hugo... es tan joven y tan vehemente...

—Ese es el que menos me preocupa. Está empezando a descubrir a las chicas, o las chicas a descubrirlo a él, no estoy segura. El teléfono no para de sonar ni un momento, a veces habla por el móvil y por el fijo a la vez con dos distintas. Dice que solo son amigas, pero... ya sabes que la mancha de la mora con otra verde se quita. En el caso de los dos mayores es distinto. En fin, ya se verá como acaba todo esto.

—Sí, por supuesto

Inma se acercó al grupo llevando en los brazos un lote de toallas. Los chicos procedieron a secarse y envolviéndose en ellas se acercaron a la gran mesa donde Fran estaba colocando una bandeja con carne. Raúl salía de la casa con una carga de bebidas en las manos. Hugo alargó la mano hacia una cerveza. Su padre lo miró con una ceja enarcada.

—Estamos celebrando el regreso de Marta. Ya sé que no soy mayor de edad, que en los bares no me sirven alcohol, pero estoy en casa. Y es solo cerveza. Vamos, papi... ¡No irás a decirme que a mi edad tú no te tomabas una cervecita de vez en cuando!

Fran tuvo que morderse la lengua para no reírse. A la edad de su hijo Raúl y él ya habían pillado un par de borracheras sonadas. De las de vomitar hasta que echaban el hígado y habían tenido que ser encubiertos por los hermanos mayores de su amigo.

—De acuerdo, pero solo hoy.

—¡Gracias! Brindar por Marta con Coca-Cola no es decente.

—Tú sí que no eres decente, pillastre —dijo su madre dándole un cariñoso pescozón en la cabeza—. Que manipulas a tu padre como te da la gana.

—Porque seguramente también él era un trasto como yo y me comprende.

—Tu padre era un santo, ¡y tu tío Raúl, ni te cuento! —intervino Inma, burlona—, a tu edad solo bebía infusiones, le encantaban.

Raúl rodeó el cuello de su mujer con el brazo y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Por supuesto. Fui yo el que la aficionó a ella a los hierbajos... y ella me enseñó el mundo de los cubatas. Se pillaba unas borracheras mi rubia...

—¡Una... una sola y me sentí tan mal al día siguiente que nunca volví a repetir la experiencia!

—¿Te acuerdas Raúl, del famoso tanga rojo? —recordó Fran.

—¡Callaos inmediatamente! Ni una sola palabra más sobre aquella noche.

Todos estallaron en carcajadas.

—De modo que también tú has sido joven, ¿eh, Inma? —dijo Sergio guiñándole un ojo.

—Pues claro, chaval, ¿qué te crees?

Javier levantó su botella de cerveza.

—¡Por Marta y su regreso!

—Por que se encuentre tan a gusto entre nosotros que nunca más quiera irse lejos —añadió Sergio.

—No creo que lo haga, chicos. Fuera de aquí se vive fataaaaal. ¡No existen las barbacoas, ni un café decente, y sobre todo no estáis vosotros! Os he echado a todos mucho de menos.

—Y nosotros a ti —dijo Miriam alzando su Coca-Cola—. Me dejaste sola con estos tres monstruos.

—¡Eh, que cuando Marta se fue yo ya estaba en Estados Unidos y he vuelto hace una semana, pequeñaja!

—Pero estos dos hacen por una docena —dijo señalando a sus otros hermanos.

—Seguro que sí, ¿verdad, Hugo? —admitió Sergio.

—Por supuesto. ¡A por ella!

Ambos soltaron rápidamente sus bebidas y cogiendo a su hermana, la alzaron en vilo pese a sus protestas, y sin darle tiempo a quitarse la toalla que la envolvía, la arrojaron a la piscina.

Mirian salió chorreando y se dirigió a Hugo, con el puño alzado.

—Esta me la vais a pagar, os lo aseguro... Ya puede llamar quien llame preguntando por ti, que le voy a decir que te has mudado a la Antártida.

Sergio, conciliador, se acercó a su hermana con una toalla seca.

—No te enfades, preciosa, que el fin de semana te voy a llevar de paseo en el barco y te voy a dejar conducirlo un poquito. Y si quieres traer a «alguien», será bienvenido.

La mirada severa que le dirigió, hizo comprender a Marta que su amiga se había enamorado y todavía no era de dominio público. Se sentaron alrededor de la mesa y se dedicaron a comer y beber. Fran y Susana se hicieron los distraídos cada vez que Sergio le pasaba a su hermano menor una botella a escondidas, cuando este terminaba la suya. Un día era un día, y tampoco ellos habían sido unos santos en su juventud.

La velada transcurrió alegre y animada hasta altas horas de la noche. Después, Inma y Raúl se marcharon y Fran y Susana se fueron la cama.

Marta se sentía agotada, y a pesar de no querer separarse de sus amigos, también decidió irse a dormir.

La habitación de Miriam siempre había tenido dos camas, una de ellas para Marta. Se sentaron sobre ellas en pijama y esta no perdió tiempo en preguntar:

—Bueno... ¿no vas a hablarme de tu chico?

—No es mi chico, Sergio es un bocazas.

—Pero hay un chico.

—Sí... pero no hay nada entre nosotros. Se llama Ángel, vive en la urbanización y coincidimos a veces cuando salgo a dar una vuelta con la bici. Charlamos, y un día mi hermano nos pilló hablando en la puerta de su casa. Nada más.

—Pero te gusta.

—Sí.

—Entonces hay algo... ¡A por él! Ojalá para mi fuera tan fácil.

A través de la ventana abierta se oía el murmullo de los tres hermanos hablando. Marta se levantó y se asomó. Estaban sentados en los butacones, con una copa en la mano, Hugo incluido. Este, el más alto de los tres, tenía las largas piernas estiradas hacia delante y miraba fijamente su vaso a medio consumir. El largo pelo oscuro le caía sobre los hombros todavía algo mojado por el baño.

Sergio, con su pelo también oscuro y ondulado y sus músculos recién adquiridos, había perdido su aire tranquilo y hablaba y gesticulaba sin cesar, como si tratase de convencer a los otros de algo. Indudablemente era el más guapo de los tres, y el que Marta más quería... pero no estaba segura de sentir por él un afecto diferente a la amistad.

Y Javier, el único rubio, tan parecido a Fran. Alto y delgado como Susana, serio como ella, miraba a su hermano y asentía con la cabeza a sus palabras. Marta pensó que le gustaría saber de qué estaban hablando, porque el aspecto grave de los tres le hizo imaginar que estaban tratando un tema importante. Suspirando, volvió a la cama.

—Voy a acostarme, estoy agotada. Mis mosqueteros tendrán que esperar a mañana.

—No te preocupes, ninguno se marchará sin ti a ningún sitio.

Capítulo 2

Cuando Marta se levantó, el silencio reinaba en la casa. Miró el móvil y comprobó que todavía era temprano. Se desperezó en la cama y disfrutó de la sensación de no tener que levantarse aún. Era muy dormilona, y si algo había echado en falta en Londres era horas de sueño. Allí todo estaba tan lejos que debía levantarse muy temprano para llegar a clase.

El ruido de alguien que se lanzaba a la piscina la hizo saltar de la cama y asomarse de nuevo a la ventana. Vio el cabello rubio de Javier, oscurecido por el agua, y su cuerpo delgado y fibroso nadando de un extremo al otro con una gracia de movimientos que no tenía al caminar. Se fijó en sus brazos largos, sus piernas que pataleaban sin apenas salpicar agua, y algo en su interior se removió.

Apenas había hablado con él el día anterior, se había mantenido un poco apartado permitiendo que sus hermanos la acaparasen. Sin pensárselo, salió de la habitación y bajó al jardín.

—Buenos días —saludó deteniéndose al borde de la piscina.

Javier detuvo sus movimientos, y echándose el pelo hacia atrás con los dedos, se acercó a ella.

—Buenos días. ¿Te apetece un baño?

—Hum... no, demasiado temprano para mí. Ya sabes que necesito mi buena media hora y un café para empezar a ser persona cuando me levanto de la cama.

Javier se apoyó con las manos y se alzó, sentándose en el borde. Ella se acomodó a su lado con los pies en la hierba.

—No pretendía interrumpir tu sesión de natación.

—No interrumpes nada. Tengo todo el día para nadar, y muy pocas ocasiones para hablar contigo a solas. En cuanto mis hermanos se despierten ya no habrá momento. Además, Sergio tiene planeado ir hoy al pueblo y dar un paseo en el barco. Y así ves a mis abuelos.

—Creí que eso sería el fin de semana, al menos eso dijo anoche.

—Y así era, pero lo ha pensado mejor. Está impaciente por enseñarte sus habilidades al timón del barco del abuelo, ahora suyo.

—¿Era de eso de lo que hablabais anoche? Os vi desde la ventana del dormitorio.

Javier se encogió de hombros.

—Entre otras cosas.

—Hoy tenía pensado dedicarle el día a mis abuelos.

—Ya sabes cómo es. Pero lo podrás convencer sin problemas para que espere al fin de semana.

—Ya veré. La verdad es que a mí también me apetece mucho ese paseo. ¿Y tú, qué te cuentas? ¿Cómo te ha ido en Estados Unidos estos meses? La verdad es que no espetaba verte aquí, ha sido una sorpresa.

—He aprobado también este semestre.

Marta dejó escapar una sonora carcajada.

—De eso no tengo ninguna duda. Me refería al resto.

Javier levantó una ceja.

—¿Qué resto? No he hecho más que estudiar. Mis padres se están gastando un pastón en mis estudios y no puedo permitirme suspender.

—Pero por Dios, Javi... ¿Año y medio en Estados Unidos y no has hecho más que estudiar?

—Has vuelto a llamarme Javi, como cuando éramos niños.

—Perdona...

—No, si me gusta. Solo que hace mucho tiempo que no lo hacías. Y es cierto, no he hecho más que estudiar, y no porque sea un empollón, que lo soy, sino porque no me gusta aquello.

—En ningún sitio se vive como aquí, ¿verdad?

—Sí, así es. Además, ya sabes que me cuesta hacer amigos, no soy extrovertido como mis hermanos y como tú.

Marta se volvió hacia él y le revolvió el pelo, que le cayó sobre la frente.

—En eso eres más Romero que Figueroa, ¿eh?

—Sí, y no puedo cambiarlo, soy como soy.

—¿Y te queda mucho de estar allí?

—Para terminar la carrera dos años y medio, pero no estoy seguro de querer volver. No siento que esté aprendiendo tanto como quisiera. Los conocimientos no son tan fantásticos para el dineral que cuestan, ni para el sacrificio de estar lejos de casa y de toda la gente que quiero.

El corazón de Marta dio un brinco en su pecho.

—¿Te quedas aquí entonces? —preguntó.

Javier desvió la vista.

—No lo sé todavía... no he hablado de esto con mis padres. Tengo todo el verano para pensármelo.

—Ellos te van a decir que hagas lo que creas conveniente, ya lo sabes.

—Pero no quiero tomar una decisión sin consultárselo antes.

—Claro.

—¿Y tú, qué cuentas de Londres? ¿Algún inglés con el corazón roto?

—No, me temo que no. Me gustan los españoles. Caprichosa que es una.

Javier guardó silencio. Marta le adivinaba las ganas de decir algo más, que contenía a duras penas. Pero clavó la vista en el agua de la piscina y no lo dijo. Por un momento se produjo entre ambos una extraña conexión, que él interrumpió levantándose de un salto.

—Creo que es el momento de tomarnos ese café, ¿no te parece?

—Sí, un café estaría bien —dijo siguiéndole al interior de la cocina.

Javier se envolvió la cintura en una toalla y la siguió.

Susana ya estaba delante de los fogones preparando el desayuno. Tenía juicio y debía estar temprano en el juzgado. Desde que muriera el padre de Fran, unos años atrás, se había ido a trabajar al bufete con él y lo llevaban entre los dos. Magdalena se había retirado del ejercicio de la profesión y no la veían mucho, siempre ocupada en reuniones, viajes y con una vida social muy ajetreada.

—¿Café, chicos? —preguntó al verles entrar.

—Sí, bien cargado, por favor, Susana.

—¿Tostadas, magdalenas, bizcocho de Manoli?

—Eso ni se pregunta. ¡Bizcocho!

—Yo también, mamá.

Susana colocó sendos trozos delante de ellos y subió a arreglarse para ir al trabajo.

Javier introdujo su trozo en la taza de modo que absorbió todo el café, y se lo llevó a la boca con un gruñido de placer. Marta se preguntó si haría el mismo sonido cuando hacía el amor. Se lo quedó mirando preguntándose si lo habría hecho alguna vez. Aunque tenía veinte años y era extraño que un chico de esa edad fuera virgen, Javier era tan serio y centrado en sus estudios que probablemente no había encontrado la ocasión de acostarse con alguna chica, al margen de su enamoramiento por ella.

—¿Qué piensas, mujer? Te has puesto muy seria de repente.

Marta no se lo pensó dos veces y acostumbrada como estaba a no tener secretos desde pequeños, respondió.

—Me preguntaba si eras virgen.

Javier enrojeció un poco y se atragantó con el bizcocho.

—¿Y... por qué te preguntas eso? ¿Te interesa?

—Bueno, de pronto me entró curiosidad. Pero no tienes que responder, ¿eh? Solo me lo preguntaba yo... no es que te lo esté preguntando a ti.

—No lo soy.

—Ah...

—¿Te importa?

Marta se quedó pensativa, tratando de responder con sinceridad a esa pregunta.

—No. Me alegra.

Javier la miró a los ojos y profundizó en ellos.

—¿Por algún motivo?

—Porque eres demasiado serio e introvertido y temía que te encerraras en tus estudios y no salieras con ninguna chica.

—No he salido con ninguna chica. Pero no soy de piedra, tengo sangre en las venas y la mujer que me gusta no estaba por mí cuando me marché a Estados Unidos. Intenté eso de la mancha de la mora, ya sabes.

—¿Y funcionó?

—No del todo... pero al menos he disfrutado del sexo y no he vivido como un monje cartujo.

Marta sonrió. Se alegraba, se alegraba sinceramente. Respiró hondo y trató de imaginar qué sentiría si Sergio le dijera lo mismo. No le gustó la respuesta.

—¿Y... tus hermanos... sabes si ellos...?

Javier sonrió y movió la cabeza.

—¿Me estás preguntando si mis hermanos son vírgenes?

Marta se encogió de hombros.

—Creo que eso se lo tendrías que preguntar a ellos... pero bueno, trataré de contestarte. ¿Te interesa alguno en particular? Porque Hugo tiene una caja de condones en su mesilla de noche...

—¿Y Sergio?

—Eso no puedo decírtelo, porque no lo sé. Pero si se ha acostado con alguna chica, puedes estar segura de que ha sido solo con su cuerpo... porque su corazón es tuyo.

Marta respiró hondo. Y de pronto todas las dudas que sentía desde su llegada se aclararon de golpe. Su corazón empezó a latir con fuerza.

—Es él quien te gusta, ¿verdad? Díselo... si estás segura díselo cuanto antes; será lo mejor para todos.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

—Anoche estuvimos hablando mucho rato. No es ningún secreto para nadie que los tres estamos enamorados de ti, y sabemos que dos de nosotros no tenemos ninguna oportunidad. Decidimos aceptar de buen grado tu decisión, fuera cual fuera,

y sin que hubiera ningún tipo de resentimiento entre nosotros.

—Yo no quiero haceros daño a ninguno... os quiero muchísimo a los tres.

—Pero a Sergio lo quieres de otra forma.

Asintió.

—He tenido mis dudas... Ayer, cuando lo vi en el aeropuerto mi corazón no brincó como debía... Y os he echado de menos a los tres por igual... pero ahora, la sola idea de imaginarlo en la cama con otra... me destroza.

—No pienses en eso. Mejor ni le preguntes... Solo dile lo que sientes y ten la certeza de que en el improbable caso de que no seas la primera, si eres la única.

Las lágrimas corrían silenciosas por las mejillas de Marta.

—¿Y Hugo? ¿Y tú? ¿Cómo voy a haceros esto?

—Te diré un secreto... A la caja de condones de mi hermanito pequeño le faltan varios, y cuando venga por aquí Isabel comprenderás que lo que siente por ti es algo platónico y que no vas a tardar en ser desbancada de su corazón.

—¿Y del tuyo?

Javier sonrió y clavó en ella una mirada intensa.

—Yo estaré bien, pequeña. Siempre he sabido que no tenía ninguna oportunidad, que siempre has sido de Sergio. Ayer te observaba por el espejo retrovisor y estaba convencido de que eso no había cambiado, aunque tú hayas tenido dudas. Seguiré intentando lo de la mancha de la mora y terminará por funcionar.

Se levantó de la mesa y acercándose la besó en el pelo. Marta le abrazó, como al hermano que siempre había sido para ella.

—Lo siento.

—Yo no. Sergio te hará feliz. Y ahora voy a seguir mi hora de natación, si no te importa.

Marta le vio salir de la cocina entre lágrimas. Se limpió la cara y salió también. Se cruzó con Susana, que la observó en silencio.

—¿Quieres hablar?

—No, ahora no... Pero me gustaría pedirte un favor. ¿Puedes acercarme a Sevilla? Les prometí a mis abuelos que iría a verles hoy. Pensaba coger el autobús a mediodía, pero Javier me ha dicho que Sergio tiene planeado ir esta tarde a Ayamonte para darnos un paseo en barco y no quisiera perdérmelo.

Susana asintió.

—Por supuesto. Volveré sobre la una, te recojo a esa esa hora y te acerco antes a casa si quieres coger algo de ropa. Ese paseo en barco le hace mucha ilusión.

—A mí también, Susana. Me cambio en un minuto.

—Te espero en el coche.

Entró en la habitación. Miriam abrió los ojos mientras su amiga se vestía apresuradamente.

—Bajo a Sevilla con tu madre, pero dile a Sergio que regresaré a mediodía con ella para ir esta tarde a Ayamonte. Que no se vaya sin mí.

—Ajá. Se lo diré. Y no creo que se vaya sin ti a ningún sitio.

Después de almorzar todos los hermanos Figueroa y Marta se dirigieron a Ayamonte. Habían vuelto a pedirle a Fran su coche grande para que cupieran todos. De nuevo conducía Javier, aunque Sergio había insistido en hacerlo él, pero su hermano le había respondido que ya podría lucirse pilotando el barco. Y tras saludar a los padres de Susana, que querían a Marta como si fuera una nieta más, se dirigieron al embarcadero donde estaba atracado el barco. Sergio, un enamorado del mar desde pequeño, había estado trabajando con su abuelo durante varios veranos y después de la jubilación de este, había impedido que vendiese la embarcación y se había hecho cargo de ella. Con sus propias manos, ayudado por sus hermanos y por su tío Isaac, había hecho algunos cambios. El que antes era un barco pesquero se había convertido en uno de paseo, antiguo y con bastante encanto. Una mesa, algunas tumbonas con fundas de colores, un pequeño camarote con un catre estrecho amén de un frigorífico bien surtido hacía las delicias de toda la familia, incluidos los dos hijos de Merche y algún que otro amigo, durante las vacaciones. Siempre que tenía algunos días libres, Sergio, solo o acompañado, se escapaba a Ayamonte para disfrutar del mar y de sus abuelos, a los que adoraba.

Estaba deseando ver la cara de Marta cuando subiera a bordo. A esta le costó reconocer el barco ajado y con olor a pescado que recordaba. Había sido limpiado a conciencia, y pintado de blanco y azul.

—¡Guaaauuu! Qué bonito te ha quedado, Sergio.

—¡Eh, eh!, aquí todos hemos trabajado, no ha sido solo Sergio —protestó Hugo.

—Eso es cierto —admitió el aludido—. Bajo la supervisión del abuelo, todos hemos trabajado para ponerlo así, incluido el tío Isaac.

—Pues habéis hecho un excelente trabajo.

Disfrutaron de una tarde alegre y divertida. Sergio llevó la embarcación a unos kilómetros de la costa, donde pudieron bañarse sin ser molestados por bañistas ni pescadores que faenaran, y después disfrutar de una merienda a base de bocadillos y refrescos. Al atardecer, regresaron al puerto llenos de sol y mar y cansados de nadar en aguas profundas.

Marta deseaba quedarse a solas con Sergio, con el que apenas había podido intercambiar dos palabras sin testigos, pero en el pequeño espacio del barco había sido imposible.

Había notado a menudo sobre ella la mirada de Javier que charlaba casi todo el tiempo con su hermana. Hugo no se separaba de ella ni un minuto, salvo en los momentos en que le sonaba el móvil y se apartaba un poco para hablar con alguna amiga. Marta lo miraba y pensaba que él estaría bien, tenía quien le consolara, aunque no se diera cuenta todavía.

Cuando el barco atracó de nuevo en el puerto el sol estaba a punto de ocultarse. Marta se dijo que era un momento precioso y que no le apetecía para nada regresar a casa de los abuelos donde todos dormirían aquella noche. Sintió sobre ella la mirada de Javier y estuvo segura de que él sabía lo que pensaba y sentía en aquel momento. La mirada profunda de su amigo calaba en sus pensamientos, y lo confirmaron sus palabras.

—Hace una noche preciosa para dar un paseo por la playa. Lástima que tengamos que regresar a casa.

—Podemos quedarnos un poco más. Me encantan las puestas de sol en el mar —dijo Sergio mirando a Marta para saber su opinión. Era la única que le interesaba en aquel momento.

—No, los abuelos se preocuparían. Están mayores y ya sabes que la abuela cuando se hace de noche y estamos en el barco se pone muy nerviosa. Quédate tú con Marta, si queréis. Seguro que ella ha echado mucho de menos las puestas de sol de nuestras costas.

—¡No sabes tú cuanto! —dijo ella mirándole agradecida—. Me encantaría dar ese paseo, Sergio.

Hugo miró a sus hermanos poco dispuesto a marcharse.

—Bueno, Javier, ve tú y tranquiliza a los abuelos. Nosotros daremos ese paseo.

—No, Hugo —dijo su hermano con la voz autoritaria de hermano mayor que pocas veces sacaba pero que nadie osaba desobedecer—. Miriam, tú y yo nos vamos a casa.

—¿Por qué? Yo quiero quedarme.

—Te lo explico por el camino.

Desafiante, Hugo miró a Marta esperando que le apoyara, pero esta le hizo un gesto con la cabeza para que se marchara. El chico apretó los labios y cedió enfurruñado.

—Como quieras.

Echaron a andar en dirección al pueblo, mientras Marta y Sergio lo hacían en la dirección contraria, hacia la playa. Javier le echó un brazo por los hombros a su hermano pequeño, que empezaba a ser más alto que él.

—¿Recuerdas lo que hablamos anoche, Hugo?

Este asintió.

—Marta ha elegido. Hubiera preferido no tener que hacerlo, pero la vida es así, y no es justo que se quieran y estén separados por no hacernos daño a nosotros. Y si eres lo suficientemente adulto como para tomarte unas copas de vez en cuando, también lo eres para aceptarlo como un hombre.

—Como tú.

—Como yo. No vamos a permitir que esto cree problemas entre nosotros, ¿verdad?

—Claro que no. Solo necesito un poco de tiempo.

—Por supuesto. ¿Por qué no llamas a Isa para que venga el fin de semana? Ya sabes que a los abuelos no les importa que traigamos a nuestros amigos, les encanta tener la casa llena de gente.

—¿Y dónde va a dormir?

—Contigo no, desde luego —dijo Javier sonriendo—. Aparte de que no hay sitio, los abuelos jamás aceptarían algo así.

—Puede compartir la habitación con Marta y conmigo —propuso Miriam deseosa

de aliviar un poco la decepción de su hermano.

—Habría que preguntárselo a Marta, ¿no?

—A ella no le importará.

—Vale, la llamaré mañana a ver si puede venirse el viernes con nuestros padres. Ahora mismo no me apetece hablar con nadie.

Javier miró a su hermano. No tenía ninguna duda de que Isa, esa chica alegre y simpática que bebía los vientos por Hugo, sabría consolarle y hacerle olvidar su primer desengaño.

—Y tú Javier, ¿a quién vas a llamar? —preguntó Miriam observándole fijamente con sus enormes ojos pardos. Este se encogió de hombros.

—Estaba planteándome si regresar o no a Estados Unidos, pero creo que lo haré por un curso más. Luego, probablemente volveré a casa.

La chica se colgó del brazo de sus dos hermanos y susurró:

—¿Sabéis una cosa? ¡Me siento orgullosa de vosotros, chicos!

Marta y Sergio cruzaron el embarcadero en silencio y llegaron a la playa, casi desierta salvo por unos cuantos pescadores que echaban sus cañas en el tranquilo sosiego del atardecer. Caminaban uno al lado del otro acomodando sus pasos.

Sergio casi no se atrevía a hablar, ni a respirar. Su corazón había empezado a latir desbocado cuando había visto el gesto que ella le hizo a su hermano para que desistiera de quedarse. La tensión flotaba entre ellos, no se atrevía ni a mirarla para no romper el encanto y la magia del momento. Ese momento en el que no hace falta decir nada porque todo se sabe, pero a pesar de ello necesitas confirmarlo con palabras para terminar de creerlo.

Caminaron en silencio unos minutos, y al final, se decidió a hablar. Él, tan romántico, tan extrovertido y con tanta facilidad de palabra, sentía que estas se le atascaban en la garganta sin acertar a pronunciarlas.

—Esto... ¿Significa lo que yo creo que significa?

Marta sonrió levemente mirando a la arena cubierta de pequeñas huellas de gaviotas.

—Depende de lo que creas que significa.

—Que le has dado a entender a Hugo que querías que se fuera y nos dejara solos.

—Ajá.

—Eso quiere decir que deseabas quedarte a solas conmigo.

—Es más que evidente, ¿no?

—Sí, claro. Perdona, es que estoy un poco nervioso. De pronto se me ha secado la boca y no me salen las palabras. Al menos no las que quiero decir.

—A lo mejor no hace falta que digas nada —respondió Marta rozándole la mano para que se la cogiera. Pero Sergio no llegó a agarrarla; antes de que se diera cuenta se había vuelto hacia ella, la había abrazado y la estaba besando. Con el beso apasionado de un hombre lleno de amor y deseo, que ha estado soñando mucho tiempo con hacerlo. Marta le rodeó el cuello con los brazos y se apretó contra él respondiendo a su beso con más pasión que pericia. Acarició los hombros y la espalda, que nada tenían que ver con el adolescente que había dejado atrás. Esos músculos que según Miriam había desarrollado en el gimnasio y en el barco para complacerla a ella.

Los cuerpos, apenas cubiertos con la ropa de baño y una camiseta encima, todavía impregnados de sal, se apretaban uno contra el otro, mientras el sol se ocultaba detrás del mar.

Marta intuyó experiencia en la forma de besar de Sergio, y cuando se separaron por un momento para respirar, le preguntó a bocajarro:

—¿Eres virgen?

Este frunció levemente el ceño y respondió:

—¿Importa?

—En realidad, no. Solo siento curiosidad.

Él se soltó y cogiéndole la mano empezó a caminar de nuevo.

—Sé que a las mujeres os gustan los hombres con experiencia, pero me temo que sí... que soy virgen.

Un inmenso alivio se extendió por el pecho de Marta. No tendría que imaginar a Sergio en brazos de otra mujer. La inexperiencia no importaba, aprenderían juntos.

—¿Te molesta?

—No, en absoluto. Solo me extraña que un chico a los diecinueve años aún lo sea.

—Bueno, yo soy un romántico ya lo sabes, para mí el sexo va unido al amor. Y yo me enamoré de una chica preciosa que compartía mi cuna y todavía lo estoy. Esperándola. Tú... ¿lo eres? Tampoco importa, ¿eh? No soy machista, lo único que cuenta es este momento y lo que sientes por mí.

—Sí, yo también lo soy.

Sergio sonrió satisfecho.

—Habrá que hacer algo al respecto.

—Pero más adelante...

—Estoy de acuerdo. Quiero vivir esto paso a paso, no bebérmelo todo de un trago. Quiero disfrutar contigo del primer beso, de la primera caricia íntima... la primera vez desnudos... ya sabes.

—Sí.

De pronto Sergio le soltó la mano y hurgando dentro de la mochila que llevaba al hombro cogió una pequeña linterna e iluminando la arena ante él, se agachó rebuscando entre los granos húmedos. Cogió algo y abriendo la mano de Marta se lo colocó en la palma.

Era una concha pequeña, oscura y muy pulida.

—Me gustaría tener a mano una flor para dártela en recuerdo de este momento, pero...

—Pero eres marinero y me regalas una concha. Las flores se marchitan, esto no. Es preciosa, Sergio. Le haré un orificio y me la colgaré al cuello.

—Habrá una por cada momento especial que vivamos juntos, por cada paso que demos en nuestra relación, lo prometo.

—Bien. En ese caso será mejor una pulsera para que quepan muchas. Y ahora, señor marinero, déjate de romanticismos y bésame otra vez. Mañana volveremos a tener mucha gente alrededor.

—Pero por la noche podemos volver a escaparnos.

—¡Te tomo la palabra!

Sergio volvió a rodearla con los brazos y empezaron a besarse de nuevo, ante la curiosa mirada de una gaviota que había por los alrededores.

Capítulo 3

El verano fue maravilloso. Marta y Sergio pasearon su amor recién estrenado por Sevilla y por Ayamonte. Ambos notaron también que tanto Javier como Hugo se alejaron un poco de ellos para darles espacio y privacidad. Si antes de que ella se marchase a Londres con mucha frecuencia todos hacían planes en grupo, ahora iban a su aire, lo que hacía más fácil a la pareja disfrutar el uno del otro. A pesar de eso, cuando estaban juntos eran muy cuidadosos y se comportaban como siempre lo habían hecho, como simples y buenos amigos. No se les escapaba una caricia, un gesto y ni siquiera una mirada especial.

Pero luego, cuando estaban a solas, cuando salían para dar largos paseos por la playa o por la ciudad, era diferente. Entonces no podían despegar las manos el uno del otro. Caminaban abrazados o simplemente de la mano, y aprovechaban cualquier momento para besarse. A la primera concha siguió una segunda... y una tercera... También al verano siguió el otoño y con él llegó el nuevo curso académico. Marta comenzaría tercero y Sergio se marcharía a Oviedo para estudiar el primer ciclo de la carrera de marino mercante en la Escuela Superior de la Marina Civil. La carrera de él implicaba estudiar dos años en Oviedo con un periodo de embarque de tres meses y luego podría regresar al sur y continuar el segundo ciclo en Cádiz, lo que le permitiría volver a casa cada fin de semana. Después llegaría la época de los largos periodos de embarque, pero ellos no querían pensar en eso, se sentían demasiado felices con su relación recién estrenada. De momento la separación sería por pocos meses y a un salto de avión.

La noche antes de la partida Marta iba a quedarse a dormir en Espartinas. Ella y Sergio cenaron en un restaurante del pueblo, pero apenas pudieron probar bocado. La inminente separación les quitaba el apetito y llenaba sus ojos de nostalgia por aquel verano maravilloso que había llegado a su fin. Se apresuraron con la cena, ambos estaban impacientes por salir del restaurante y perderse con el coche por algún rincón oscuro y besarse hasta que se quedaran sin aliento.

El coche de Marta había sido un regalo de sus padres aquel verano, y tenerlo les daba una libertad de movimientos y una independencia que su relación agradecía.

Encontraron una zona apartada lejos de miradas indiscretas y aparcaron. Nada más hacerlo ambos supieron que habría una concha más para añadir a la pulsera. Marta se quitó inmediatamente el cinturón y se volvió hacia Sergio para besarle, lo que le resultó realmente incómodo.

—Mejor nos vamos al asiento trasero —propuso él.

Allí, sin el estorbo del volante ni la palanca de cambios, pudieron abrazarse, y

besarse con comodidad.

—Te voy a echar mucho de menos... —dijo Sergio entre beso y beso—. Este verano ha sido genial.

—Yo también a ti. El tiempo se me ha hecho tan corto estos meses y serán tan largos los que están por venir...

—Lo sé, también a mí.

—Pero cuando te pueda la nostalgia piensa que estás cumpliendo tu sueño.

—Uno de ellos. Mi mayor sueño se ha cumplido este verano.

—¿Y el mar? —preguntó ella con una sonrisa.

—El mar está ahí y siempre podré disfrutarlo, sea o no marino. Pero tú podrías haberte enamorado de otro y eso sí que sería realmente duro.

—A mí me pasaría igual. No podría soportar verte con otra.

—No hay peligro, preciosa... nunca ha habido nadie más que tú.

—Calla y no desperdiciemos hablando la última noche que tenemos antes de que te vayas —dijo besándole otra vez.

A los besos siguieron las caricias, que poco a poco se fueron haciendo más audaces de lo habitual. Las manos se deslizaron bajo la ropa buscando piel y carne desnuda, tocando y acariciando mientras sus bocas se buscaban una y otra vez, insaciables. Sergio llevaba un preservativo en el bolsillo, solo por si acaso, pero estaba firmemente decidido a no usarlo. Su primera vez, la de los dos, merecía algo más que el asiento trasero de un coche. No obstante, los besos y las caricias leves por encima de la ropa no les bastaban, no aquella noche. Aquella noche necesitaban algo a lo que aferrarse en los días que estaban por llegar y en los que se echarían de menos.

La mano de él se deslizó bajo la falda y ascendió por el muslo, despacio, y Marta contuvo la respiración. Se echó hacia atrás para permitirle el acceso y poco después sintió los dedos largos y cálidos deslizarse dentro de las bragas, tocando su piel desnuda. Algo torpes al principio, más audaces después, acariciando hasta llevarla al orgasmo. El primero con él.

Luego fue ella quien abrió la cremallera de su pantalón vaquero y deslizó la mano alrededor del pene, ya casi a punto de estallar, para calmar la excitación provocada por las caricias que llevaban toda la noche prodigándose.

Después se miraron a los ojos llenos de amor, y se abrazaron una vez más con las miradas brillantes por el deseo satisfecho solo a medias.

Regresaron a casa de madrugada; Marta dormiría en Espartinas para acompañarle al día siguiente al aeropuerto, y en su pulsera colgaba una nueva concha blanca, pulida y perfecta. Mientras la veía entrar en el dormitorio que compartía con Miriam desde que eran pequeñas, Sergio se dijo una vez más que era un hombre muy afortunado por tenerla. Después se metió en su habitación y trató de dormir un poco antes de la partida.

Capítulo 4

8 años después

La noche se veía preciosa desde la cubierta del barco. Una luna grande y redonda se reflejaba en el mar y Sergio no pudo evitar acordarse de cuánto le gustaba a Marta ver la luna relejada en las aguas. Si estuviera a su lado recostaría la cabeza en su hombro y juntos contemplarían la línea del horizonte haciendo planes de futuro para los dos.

A menudo se repetía que no se la merecía, su amor, su paciencia, el respeto que sentía por su profesión que le obligaba a pasar largos periodos embarcado y alejado de ella. El más duro había sido el de doce meses necesario para la obtención del título de Piloto de Segunda de la Marina Mercante. Doce meses sin verla ni a ella ni a su familia había sido terrible para él, pero tenía que reconocer que también le había metido un gusanillo dentro que le hacía desear volver al mar después de un periodo en tierra no demasiado largo.

Sabía que el día en que él y Marta formaran una familia eso tendría que cambiar, que no podía criar unos hijos dedicándoles apenas unos meses al año. No era justo para ella hacerla cargar con toda la responsabilidad, pero eso no iba a suceder en un futuro cercano, los dos tenían por delante una profesión que desarrollar y cambiar su situación de pareja no entraba en sus planes inmediatos.

Sacó su móvil y contempló la última foto de su novia, la que le había hecho en el puerto el día que fue a despedirle en este último viaje, que duraba ya casi tres meses. Rubia, con la melena al viento y la sonrisa cálida que siempre le dedicaba. Radiante después del fin de semana que habían pasado juntos como despedida, haciendo el amor a todas horas como compensación del tiempo que estarían sin verse.

Sonrió al recordar la primera vez, en el barco, una cálida noche de primavera, nueve meses después de que empezaran a salir juntos y mientras Sevilla hervía de tradición con su famosa Semana Santa. Tal como se prometieron, habían llevado su relación paso a paso, saboreando cada uno de ellos y él le había regalado una concha como recuerdo en cada ocasión, que Marta llevaba engarzadas en una pulsera de plata. Y había una grande y rota, como recordatorio de la noche que habían perdido la virginidad juntos. Marta tenía una mitad y él, colgada del cuello, la otra.

La tocó con la yema de los dedos y le pareció sentir los besos cálidos, la piel salada de su novia en las manos y en la boca, y se alegró mucho de que el navío estuviera de camino a casa. En unos pocos días estaría con ella, la tendría en sus brazos y la

compensaría por la larga espera.

Cuando estaba en Sevilla, Marta se trasladaba a la casa de sus padres en Espartinas y pasaban juntos todo el tiempo que le permitía su trabajo en el bufete Hinojosa. Aunque Inma se portaba bien y trataba de descargarla de trabajo todo lo posible. En esos periodos, se escapaban a menudo a Ayamonte y disfrutaban del barco de Sergio, del mar y de la intimidad, algo difícil de conseguir en casa de los Figueroa. Allí siempre había gente, Miriam todavía vivía con sus padres y el novio de esta que residía en la misma urbanización aparecía con frecuencia. También Manoli pasaba las mañanas en la casa y sus padres solían tomarse alguna tarde libre cuando él estaba en Sevilla.

Estaba deseando que llegara el momento de aproximarse al muelle instalado en el Guadalquivir y ver en el dique a las mujeres de su vida, esperándole. Marta, Susana y Miriam siempre iban a recibirlo, mientras que su padre prefería esperarle en casa con una buena cerveza fría y un abrazo en privado. Nunca conseguía evitar que se le escaparan unas lágrimas y quería mantenerlas en la intimidad del porche.

En pocos días... Sevilla... Marta.

El barco se acercó a Sanlúcar de Barrameda y enfiló la desembocadura del Guadalquivir. En cuestión de unas horas estaría en Sevilla, la preciosa ciudad que le vio nacer y a la que le gustaba regresar después de un periodo en alta mar. Aunque sus padres se habían trasladado a Espartinas, un pueblo de las afueras, cuando nació su hermano Hugo y la casa donde vivían se quedó pequeña para una familia que no paraba de crecer, él se sentía sevillano.

Mientras estaba preparando la derrota, apenas podía contener la impaciencia, parecía que a medida que la trazaba sobre el mapa se iba acercando, milla a milla, a casa.

Había mandado un mensaje a Marta para anunciarle el día y la hora aproximada de su llegada al Puerto fluvial de las Delicias, y estaba casi seguro de que allí se encontrarían tanto ella como su madre y su hermana, a las que solo un contratiempo grave podría hacer que faltasen a la cita.

A medida que dejaban atrás la desembocadura y se adentraban en el Guadalquivir, Sergio iba reconociendo los paisajes familiares y la impaciencia se apoderaba de él. Impaciencia por abrazar a Marta y al resto de su familia, por saborear los guisos de Manoli, las barbacoas de su padre y disfrutar de todo aquello que echaba de menos cuando estaba lejos.

El barco se aproximó al pantalán en un ángulo de veinte grados con el viento de proa, lo que facilitó la maniobra. Sergio, pendiente de la misma, apenas pudo echar un ligero vistazo a las tres figuras que le esperaban en el muelle. Marta a su vez

escudriñaba la cubierta tratando de distinguirle entre los otros marineros.

Al fin se lanzaron las amarras y la pasarela cubrió el trayecto hasta la tierra firme.

Sergio fue de los primeros en cruzarla, con el petate al hombro y vistiendo el uniforme azul marino de chaqueta cruzada y perfectamente abotonada, tal y como exigía el reglamento, y la gorra de plato blanca cubriéndole la cabeza.

Marta le identificó al instante y corrió hacia él sin que nadie pudiera retenerla. Siempre se decía a sí misma que guardaría las formas y le cedería a Susana el primer abrazo, pero nunca lo conseguía.

Cuando llegó hasta él, Sergio dejó caer el petate al suelo y alzando los brazos estrechó a su novia con fuerza entre ellos, con la pasión y el amor acumulados durante los meses de ausencia. La levantó en vilo y le cubrió la cara de besos. Ella, colgada de su cuello reía feliz. Luego, este la dejó en el suelo y quitándose la gorra, se la colocó a ella, diciéndole mientras la contemplaba:

—La marinera más bonita del mundo.

Apenas Marta se separó de él, Susana y Miriam se le acercaron. Sergio abrió los brazos y las estrechó a la vez.

—¡Qué guapísimo estás con ese traje azul, hermano! Si yo fuera Marta estaría siempre muerta de celos —comentó Miriam al separarse. Él rodeó los hombros de su novia con un brazo.

—Para mí no hay más mujer que esta preciosidad, y ella lo sabe. Me atrapó con un año por su forma de mover el trasero bajo los pañales, y atrapado sigo.

Marta le dio un golpe suave en el estómago.

—Ya no tengo pañales.

—Pero sigues moviendo el trasero de la misma forma tentadora.

—¡Serás tonto...!

—¡Vamos a casa! Ya me muero por tomarme esa cervecita que me tendrá papá preparada cuando llegue.

—Y Manoli te está preparando un puchero, para compensarte del rancho del barco.

—¡Por Dios que se me van a quitar las ganas de volver al mar!

Las tres mujeres se miraron escépticas.

—Eso no pasará. En unas semanas estarás muriéndote por volver a embarcar.

Sergio pensó que tenían razón, mientras se dirigían al coche de Susana. Miriam se sentó delante junto a su madre y la pareja se acomodó en el asiento trasero. Sergio rodeó los hombros de Marta con un brazo y le agarró la mano con la que le quedaba libre. Mientras Miriam hablaba por los codos contando todo lo acontecido en la familia durante la ausencia de su hermano, este y Marta se lo dijeron todo con la mirada. Cuánto se querían, cuánto se habían extrañado y las ganas que ambos tenían de quedarse a solas. Pero como ya había sucedido en otras ocasiones, eso no ocurriría hasta la noche, después de la cena, cuando ambos se fueran juntos al cuarto de Sergio en la casa de Espartinas.

—Supongo que querrás saber las novedades —comentó su hermana.

—Claro. Estáis todos bien, ¿verdad?

—Sí, hijo, muy bien —respondió Susana—. Todos tenemos buena salud y el bufete va de maravilla.

—Me alegro.

—¿Y Javi? ¿Cómo está?

—Entusiasmado con su trabajo en Maryland —dijo Miriam con pesar. Ella echaba mucho de menos a su hermano mayor y la sola idea de que se hubiera marchado para no regresar se le antojaba muy dura.

—¿No dice nada de volver?

—No lo creo, Sergio, al menos de momento —continuó Susana—. Aquí tiene poco futuro. Quizá con el tiempo, si las cosas cambian en España.

Marta bajó la vista, también ella echaba de menos al mayor de los Figueroa. Javier había terminado la carrera de Medicina y había conseguido una beca de investigación, y a continuación, promocionado por sus profesores, había empezado a trabajar en Maryland en el NCI, el centro de investigación contra el cáncer. Solo aparecía por Sevilla una vez al año, en Navidades. Y Marta sabía que no era solo el trabajo lo que lo mantenía lejos. Cada vez que volvía ella escrutaba sus ojos y él evitaba su mirada tratando de ocultarle los sentimientos hacia ella que todavía albergaba en su corazón. Pero no la engañaba, le conocía demasiado bien. Solo esperaba que con el tiempo Javier llegase a mirarla con la indiferencia con que lo hacía Hugo, quien había superado totalmente el enamoramiento que había sentido hacia ella en el pasado.

—¿Y Hugo? —preguntó Sergio, deseando saber de todos, y como si le leyera el pensamiento.

—Tan *follapavas* como siempre —respondió su hermana—. Cada vez que paso por Alveares hay alguna mujer que se lo come con los ojos desde el otro lado de la barra.

Hugo había dejado los estudios al cumplir los dieciocho años y había empezado a trabajar en un bar de copas. Y como Miriam decía, siempre estaba rodeado de mujeres; estas se lo rifaban. A sus veinticinco años se había convertido en un hombre muy atractivo, un auténtico donjuán, sin siquiera mover un dedo, porque las mujeres lo perseguían, y él se dejaba atrapar sin ninguna resistencia.

—Tiene una nueva compañera de trabajo.

—¿Ya no está aquella rubia tan tonta?

—Sí, los fines de semana Marieta sigue trabajando allí. Inés es la dueña de Alveares, al parecer lo ha heredado y ha decidido trabajar en el bar.

—¿Y también va detrás de nuestro hermano?

—No lo parece... es una chica simpática y encantadora. No es una de las lobs que rodean a Hugo habitualmente.

—Mejor así.

Veinte minutos después el coche entraba en la urbanización y en el hogar familiar. Fran lo contempló desde la ventana, y como ya era habitual, se dirigió al frigorífico y abrió una cerveza de la marca favorita de su hijo y que no se encontraba en casi ningún lugar fuera de Andalucía. Con ese gesto trataba de hacerse el duro, pero casi nunca conseguía evitar que se le escaparan algunas lágrimas al abrazarle.

La puerta se abrió y Sergio se abalanzó sobre él haciendo peligrar el contenido de las botellas. Se abrazaron con fuerza y la emoción les invadió a los dos, como siempre. Susana les contemplaba con los ojos enrojecidos; ella solía controlar mejor sus emociones en público, pero cuando llegaba a casa dejaba fluir el río de sus sentimientos. Era una mujer fuerte y aguantaba bien las adversidades y los momentos difíciles, pero cuando le pasaban cosas buenas, ya era otra cosa. Fran siempre se había burlado de ella por ese motivo.

—Bienvenido a casa, hijo —susurró Fran limpiándose de un manotazo las mejillas húmedas.

Sergio se giró a su alrededor, buscando a Manoli.

—¿Y la Tata?

—Aquí estoy, mi niño... —dijo la mujer saliendo de la cocina.

Sergio la levantó en vilo, abrazándola también con fuerza. Los años no pasaban en balde y Manoli ya había criado a dos generaciones de chicos Figueroa.

—Para, para, que mis huesos ya no son tan fuertes... —rio la mujer.

La soltó y cogiendo la botella de la mano de su padre, le dio un largo trago y la vació en más de la mitad. El ritual de la vuelta a casa había sido completado.

Miriam abrió el frigorífico y repartió bebidas para todos, que se sentaron en el porche a disfrutarlas y a ponerse al día de lo sucedido durante los meses de distanciamiento.

Ángel, el novio de Miriam, llegó para la cena y luego se marchó a su casa, situada en la misma urbanización.

Apenas terminada la comida, y antes de que se acomodaran en el salón, Sergio fingió un bostezo que no engañó a nadie y murmuró:

—Estoy muerto; si no os importa me voy a ir a la cama.

—Te acompaño —se apresuró a decir Marta, levantándose a su vez.

—Claro que no, hijo. Estarás muy cansado del viaje —concedió Susana con una sonrisa. Realmente los chicos tenían aguante. Fran y ella habrían buscado una excusa mucho antes para estar a solas.

Con cierto apresuramiento, subieron la escalera hacia los dormitorios y apenas la puerta del de Sergio se cerró tras ellos, se abalanzaron uno en brazos del otro y empezaron a besarse.

—¡Creía que no ibas a terminar de cenar nunca! —dijo Marta levantándole la camiseta que llevaba puesta con manos impacientes. Hacía horas que los dedos le hormigueaban de ganas de tocarle. Era mucho más difícil contenerse cuando lo tenía cerca que cuando estaba lejos. Ese primer día de su llegada, en que por acuerdo tácito esperaban a que llegara la noche para irse a la cama, se le hacía cada vez más largo.

Recorrió con las puntas de los dedos los músculos de la espalda, cada vez más duros y marcados por el trabajo del barco, la columna vertebral, algo que siempre hacía que él lanzara un gemido, y se detuvo en las nalgas. Allí afianzó las manos y lo apretó con fuerza contra ella. La erección que sintió contra su vientre la hizo sonreír al comprobar que él estaba aún más impaciente que ella.

Sergio se deshizo a su vez de la ropa de Marta, en apenas un par de movimientos la dejó desnuda y se recreó en su precioso cuerpo lleno de curvas. Nunca se cansaba de mirarla. Todavía le parecía un milagro que ella le hubiese escogido a él entre sus hermanos. Entre todos los hombres del mundo mucho más atractivos e interesantes que él.

—¿Vas a pasarte toda la noche mirándome o piensas hacer algo? —le preguntó ella pícaro. Sergio no se hizo rogar y empezó a besarla con pasión mientras la cogía en brazos y la tumbaba en la cama.

La primera vez después de una ausencia solía ser intensa y pasional. Apenas unas caricias previas y solían hacer el amor con fuerza, con esa ansia acumulada en las largas noches solitarias. Acababan enseguida, con la pasión consumida rápidamente en pocos minutos. Las largas caricias llegaban luego, con el fuego aplacado, con el deseo saciado.

Cuando Sergio se tendió al lado de Marta después de aquel primer encuentro de la noche y la atrajo hacia su costado, ella supo que había llegado el momento de las confidencias. Ese momento que esperaba casi tanto como el del sexo.

—¿Qué has hecho durante todo este tiempo? —preguntó Sergio.

—Echarte de menos.

—Aparte de eso.

—He tenido un par de casos interesantes. Uno de ellos todavía está en su punto álgido.

—¿Significa eso que vas a tener poco tiempo para mí?

—Podría ser. Depende de cuánto tiempo vayas a estar en tierra esta vez.

—No más de un mes, creo.

—Entonces me temo que tendrás que compartirme con el señor Casal. El juicio está fijado para finales de mes.

—Eso suena fatal. ¿Atractivo?

—Podría decirse que sí.

—¿Debo estar celoso?

Marta lanzó una leve risita y le pellizcó un pezón ligeramente.

—¡Nooooo...!

Pero Sergio no pudo dejar de pensar que cualquier hombre podía pasar más tiempo con su novia que él, y que eso podría ser peligroso. Que todo el mundo tenía malos o buenos momentos en los que se necesitaba tener cerca a la pareja y que él no podría estar siempre al lado de Marta. Tuvo que reconocer que cada vez que se acercaba a Sevilla un pellizco de inseguridad le presionaba el estómago hasta que se perdía en los ojos azules de Marta y veía en ellos la misma chispa de siempre. El amor de siempre.

—¿En qué piensas que te has quedado tan abstraído?

—En que voy a tener que dejarte muy satisfecha para que no se te ocurra mirar a otro hombre en mi ausencia.

—Me parece bien. Ya estás tardando —dijo deslizando la mano por el vientre de él y empezando a acariciarle de nuevo.

Esta vez se tomaron su tiempo, las caricias se prolongaron durante mucho rato, las manos ligeramente callosas de Sergio recorrieron todos los recovecos del cuerpo de Marta hasta que esta, impaciente por naturaleza, se colocó encima y tomó el mando. Se dejó caer sobre él y empezó a moverse a su ritmo, a veces despacio, a veces rápido, llevándole hasta el borde del orgasmo para detenerse después.

Sergio contemplaba su silueta recortada en la semioscuridad del cuarto moviéndose sobre él y con la luna detrás y quiso eternizar aquel momento en sus retinas para recordarlo cuando estuviera lejos. Marta siguió moviéndose hasta que estuvo también a punto y pudieron correrse a la vez.

Después, se durmieron abrazados, decididos ambos a aprovechar al máximo el tiempo que pudieran estar juntos.

Capítulo 5

Noche de marcha

Al día siguiente se levantaron tarde, muy tarde. Después de una intensa noche de sexo, durmieron hasta bien entrada la mañana.

Sergio fue el primero que se despertó y contempló el esbelto cuerpo de su novia desnudo sobre la cama. El intenso calor del mes de julio hacía imposible cubrirse ni siquiera con una sábana y pudo disfrutar a su antojo del placer de mirar las curvas que poblaban sus sueños cuando estaba lejos y llenaban sus manos cuando estaba cerca. Marta era muy dormilona, mientras que él, debido a los horarios de navegación, era muy madrugador: le gustaba levantarse temprano y tomar un buen desayuno sin las prisas del barco, pero aquella mañana se sentía incapaz de despegarse de aquella cama.

Alargó la mano y acarició la cintura y las nalgas que se elevaban airoso bajo ella, con la esperanza de despertarla, pero no lo consiguió. No hasta casi la hora del almuerzo en que Marta abrió perezosamente los ojos azules y le sonrió. El sol estaba ya muy alto.

—¿Todavía acostado, marinero?

—Una sirena me ha atrapado en esta cama y ejerce su influjo para que no pueda salir de ella.

—¿Qué hora es?

—La una y media.

—¿No has desayunado?

—Aún no.

—¿Aún? Me temo que a estas horas Manoli te pondrá delante un filete con patatas en vez de un café.

Sergio rio.

—Sí, eso me temo.

—Si almorzamos temprano me vendrá bien, así puedo irme pronto.

Sergio frunció el ceño ligeramente.

—¿Te vas?

—Me temo que sí, tengo que reunirme con mi cliente esta tarde. Pero esta noche vendré a dormir de nuevo.

—Estupendo. Me gustaría pasarme por el bar para ver a Hugo. ¿Te importa si nos acercamos un rato?

—Claro que no. Se lo podemos decir a Miriam y a Ángel y luego irnos de marcha los cuatro. O los cinco, que seguro que tu hermano se apunta.

Sergio rio.

—Hugo se apunta a un bombardeo.

—Bien, entonces ya hay plan para hoy. Estoy deseando una buena noche de marcha contigo incluido, para variar. Ahora mejor será que nos levantemos y comamos algo.

—Antes un beso...

Marta se volvió hacia él, le besó con intensidad y luego se levantó de un salto. No podía dejarse enredar, tenía que estar a las cuatro en el despacho y no quería llegar tarde.

Sergio sacudió la cabeza y lamentó que su estrategia de retenerla un rato más en la cama no hubiera funcionado.

Marta estuvo fuera toda la tarde y Sergio aprovechó para pasarla con sus padres; tomar un café tranquilo y charlar con ellos, ponerse al día mutuamente sobre lo acontecido en los tres largos meses que había pasado navegando.

Se relajó y disfrutó de estar en casa, y al caer la noche, Marta regresó ya dispuesta a pasar unas horas de diversión.

Serían las diez cuando, junto con Ángel y Miriam, traspasaron la puerta de Alveares, el bar donde trabajaba Hugo. Era un local alargado con una barra situada a la izquierda y unas pocas mesas entre esta y la puerta. Sergio le divisó nada más entrar, el bar estaba casi vacío y su hermano estaba detrás de la barra charlando con una chica bajita y delgada, ambos con evidentes síntomas de aburrimiento.

La cara de Hugo se iluminó al verles y salió a su encuentro con pasos apresurados.

Se abrazaron con efusividad.

—¡Sergio!

—Hola, pequeñajo —era una broma entre ellos desde que Hugo cumplió los dieciséis años y adelantó en estatura a sus dos hermanos mayores, que tampoco eran bajos.

—Pensaba pasar por casa mañana, mamá ya me dijo que llegaste ayer.

— Ya ves que no ha sido necesario, aunque a ella le alegrará mucho verte. Dice que te vendes caro. Marta tenía ganas de un rato de diversión y hemos decidido pasar nosotros por aquí.

—Pues venid y os serviré algo.

Se sentaron todos en los taburetes que había delante de la barra y Hugo ocupó su lugar detrás de la misma. Miró a la chica e hizo las presentaciones.

—Ella es Inés. Y estos mi hermano Sergio y su novia Marta y él es Ángel, el novio de Miriam. A ella ya la conoces.

Miriam había acudido a Alveares semanas atrás para ayudar a Inés a arreglarse en su primera noche de trabajo tras la barra y ambas habían congeniado de inmediato.

—Encantada de conoceros a todos —dijo la chica y Marta la miró comprendiendo que su amiga tenía razón. Inés era muy diferente al tipo de mujer que solía rodear a su cuñado. Le vendría bien un cambio.

—Igualmente, Inés.

Hugo sirvió bebidas para todos, incluida una cerveza para Inés y para él y charlaron durante un rato. Al fin el bar se quedó vacío y ellos también decidieron marcharse.

Hugo aceptó irse de marcha con sus hermanos, pero no así Inés que rehusó alegando que estaba cansada y tenía que madrugar al día siguiente. Él la acompañó a su casa en la moto y luego se reunió con los demás en una conocida discoteca.

Desde el lugar donde estaban sentados le vieron aparecer con su cazadora de cuero y su larga melena negra y comprobaron cómo una serie de ávidas miradas femeninas le siguieron hasta la mesa.

—¿Qué te apuestas que tu hermano no se va solo a casa esta noche? —preguntó Marta bajito a su cuñada y amiga.

—No me apuesto nada porque perdería. No tiene ni que chascar los dedos el tío.

Él ni se percató de la expectación que había despertado entre las féminas y se sentó junto a su familia.

Encargó su bebida y todos empezaron a charlar animadamente.

Poco después, Marta tiró de Sergio en dirección a la pista de baile, deseosa de bailar. Normalmente, cuando salían, ella y Miriam bailaban solas, porque con frecuencia los compañeros de baile solían querer algo más cuando acababa este. Y ambas eran escrupulosamente fieles a sus novios.

—Vamos nosotros también —pidió Miriam a Ángel.

—Ve con tu hermano, yo me quedo aquí en la mesa. Ya sabes que no me entusiasma bailar. Además, alguien se tiene que quedar ocupando la mesa o la perderemos.

—Ve con ella, yo me quedo.

—No te esfuerces, Hugo. Ángel no baila, no es un sacrificio para él quedarse en la mesa.

—En ese caso... alguien tiene que hacerle los honores a esta chica tan bonita. ¡Vamos, cariño!

Se integraron con los demás y empezaron a moverse. La música de salsa hacía contonear los cuerpos con un ritmo sensual y Miriam sintió sobre ella las miradas punzantes de algunas mujeres sentadas a las mesas mientras su hermano movía las caderas justo delante de ella.

Marta y Sergio rozaban las suyas acompasadas al ritmo de la canción sin preocuparse más que de ellos mismos, sumidos en su propia burbuja que los alejaba del resto de bailarines.

Después de unas cuantas canciones Miriam le dijo a su hermano.

—Me voy a la mesa, Ángel está allí solo y me da cosa.

Hugo se lo estaba pasando fenomenal y arrugó el ceño.

—Está solo porque quiere, debería estar bailando contigo, es lo normal.

—No le gustan las discotecas, prefiere los ordenadores. Si está aquí esta noche es para celebrar la llegada de Sergio y porque este lo propuso y no supo negarse.

Normalmente a las discotecas venimos Marta y yo solas.

—Causaréis furor, y os asediarán en cuanto entráis.

—Solo al principio. Tenemos un truco. Si ponemos cara de perro a los primeros que se acercan, y Marta es buenísima en eso, nos suelen dejar bailar en paz y los que se unen es solo para eso, para marcarse unos pasos con nosotras.

—Comprendo. Los tíos somos así, bastante buitres en lo que se refiere a las mujeres.

Miriam soltó una carcajada.

—¿Los tíos? Deja que me siente y te quedes solo en la pista... ya verás lo corderitos que sois los hombres.

—¿Por qué lo dices?

—Porque a lo mejor tú no te has fijado, pero hay auténticos charcos debajo de algunas sillas viéndote bailar, y a sus dueñas les va a faltar tiempo para venir hacia aquí en cuanto me siente.

Hugo sonrió. Sí se había percatado de alguna que otra mirada insinuante, pero no tenía intención de ligar aquella noche. Estaba con su familia y quería disfrutar de ella, hacía meses que no veía a su hermano. Aunque no le hacía ascos a algún que otro baile.

Miriam se dirigió a la mesa y nada más sentarse, vio a dos mujeres levantarse con rapidez y acercarse a su hermano.

—No te importa que me haya quedado aquí, ¿verdad? —le preguntó Ángel a su lado.

Ella le cogió la mano.

—Claro que no.

—Ya sabes que el baile no es lo mío.

—No te preocupes. Yo tampoco jugaría a matar zombis *online* por mucho que a ti te guste.

—Gracias —respondió, dándole un apretón en los dedos.

Sergio y Marta se unieron a ellos y se sentaron sudorosos y sedientos a disfrutar de

sus bebidas. Miriam tomó un sorbo de su refresco; puesto que le tocaba conducir, debía prescindir del alcohol.

Ambas mujeres observaban a Hugo que bailaba con dos chicas a la vez. Sergio siguió la mirada de Marta y sonrió.

—¡Cómo se lo monta!

—Él no ha hecho nada, se le han lanzado las dos en cuanto me he venido de la pista.

—Menos mal que no me enamoré de él, sino de ti —dijo Marta dándole un beso ligero en los labios a su novio—. Estaría siempre muerta de celos, las mujeres lo acosan allá donde va.

—¿Me estás diciendo que él es más guapo que yo?

—Hugo no es más guapo que tú, de hecho tú eres el más guapo de los tres.

—Hum... ¿Me estás haciendo la pelota para algo, Marta Hinojosa?

—Podría ser. Pero es la verdad, y si no, Miriam te lo puede decir, ella es imparcial.

Esta asintió. Sergio era el más guapo de los hermanos, con su pelo ondulado y sus ojos castaños y dulces, sus músculos marcados y su encanto natural.

Javier era el más interesante, tan serio y rodeado siempre de un halo de misterio, que ella sabía se debía a su amor por Marta, ese amor que guardaba celosamente muy dentro para que nadie advirtiese, pero que todos conocían.

Y Hugo no era guapo, sus facciones eran más toscas que las de sus hermanos, la nariz grande, los labios carnosos y las cejas negras y espesas. Pero era atractivo y *sexy* como el demonio, y la profunda mirada de sus ojos negros atraía a las mujeres como un imán.

—Marta tiene razón, tú eres el más guapo.

Hugo se acercó a la mesa en aquel momento y le dio un largo trago a su vaso.

—¿Quién es más guapo que quién? —preguntó.

Marta agarró a su novio del brazo con afán posesivo.

—¡Mi Sergio es el más guapo del mundo! —bromeó.

—Hermano, creo que esta señorita te está tirando los tejos descaradamente, y te está pidiendo un buen polvo.

—Lo tendrá.

—También a ti te lo están pidiendo —comentó Ángel—. A pares.

—Pues las dos se van a quedar con tres palmos de narices, porque son ya las cuatro y media de la madrugada y abro el bar a las siete. En una hora o así me iré a casa a darme una ducha y directo al curro.

—Hay tiempo más que suficiente, hombre, si te vas ahora —apuntó su cuñado.

—No para mí. Además —dijo mirando a la pista donde sus dos compañeras de baile parecían esperarle—, tendría que escoger entre las dos y no lo tengo muy claro. Mejor sigo bailando.

—Anda, ve que se te impacientan —apremió su hermano.

Regresó a la pista y continuó bailando

Sobre las cinco y media se despidió de ambas y sin querer aceptar los teléfonos de ninguna de ellas, se acercó a la mesa.

—Yo tengo que irme ya.

—Todos nos vamos, es hora de irnos a la cama —respondió Miriam.

—Eso vosotros, yo me voy al trabajo.

—¿Y cómo puedes aguantar el ritmo?

Hugo se encogió de hombros.

—No hago esto todas las noches, Miriam. Solo cuando una pandilla de juerguistas que están de vacaciones vienen a provocarme para que me vaya de marcha con ellos. Dormiré un rato a mediodía.

—Yo también trabajo mañana —comentó Marta—. Aunque tengo tiempo de dormir tres o cuatro horas.

—Ja, ja, dormir... que te crees tú eso —sentenció Sergio.

Ella se agarró a su cintura dándole a entender que estaba dispuesta a escamotear un rato al sueño.

Después se marcharon, Hugo a su casa y el resto a Espartinas.

Capítulo 6

Arturo Casal

Sentado en la cocina, esa habitación acogedora que le traía tantos recuerdos de su infancia, Sergio disfrutaba de un copioso desayuno servido por Manoli. Estaban solos, sus padres y su hermana habían salido temprano para atender sus obligaciones y Marta había dormido en su casa aquella noche para preparar una vista preliminar que tenía al día siguiente. No estaba acostumbrado a estar sin ella en sus visitas, normalmente su novia se trasladaba a Espartinas y compartía con él días y noches, pero en esa ocasión se hallaba inmersa en un caso complicado y no podía dedicarle su tiempo al cien por cien como solía hacer. Y él lo echaba de menos. Trataba de decirse que él atendía su trabajo durante meses, y aunque sabía que ella se quedaba sola durante ese tiempo, no se ponía en su lugar. Ahora sí lo hacía, pero era consciente de que no podía pedirle que dejase su trabajo de lado cuando él estaba en Sevilla, porque ella no le exigía a él nada semejante.

Incapaz de quedarse todo el día solo en la casa, terminó el desayuno y decidió pasar por el bufete Hinojosa para saludar a Inma y de paso invitar a comer a Marta, si disponía de un rato libre. Luego, la dejaría realizar su trabajo y volvería a su casa que ya no estaría vacía para disfrutar de una tarde de piscina en familia. Y confiaba en que Marta pudiera reunirse con él esa noche.

Manoli fue a servirle una segunda ración de tarta de manzana, su favorita, pero la rechazó.

—No, Tata, no puedo más.

—Tienes que comer, luego en el barco...

—También como, no te preocupes. Eso del rancho y la dieta pobre es un mito, ahora comemos decentemente. Hay un menú equilibrado para la tripulación.

—Pero no mi tarta de manzana.

—Eso no —dijo abrazándola con cariño.

Se levantó de la mesa, se duchó y cogió el coche de Miriam que esta había puesto a su disposición durante su estancia en Sevilla y bajó dispuesto a pasar la mañana lo más distraído que pudiera.

Entró en el bufete donde trabajaban Marta y su madre y la recepcionista le saludó con simpatía.

—Hola, Sergio. Marta no está, tiene juicio esta mañana.

—¿Tampoco Inma?

—Sí, ella sí. Puedes pasar, está sola.

Sergio empujó la puerta del despacho, ligeramente entreabierta, y asomó la cabeza.

—¿Se puede?

—¡Claro!

Inma se levantó y se abrazaron.

—¡Qué bien te sienta el mar, puñetero! No me extraña que mi hija ande loca por tus huesos, estás guapísimo.

—Tú, que me miras con buenos ojos.

—Marta está en el juzgado.

—Sí, lo sé. Pero aprovecho para saludarte a ti.

—Siéntate y cuéntame que tal tu última travesía.

Se sentó y comenzaron a charlar.

—Muy tranquila, y demasiado larga para mi gusto.

—Y para el de Marta. Últimamente estaba muy nerviosa, te echaba mucho de menos.

—Y yo a ella. ¿Y vosotros por aquí qué tal?

—Como siempre... Bastante trabajo por el despacho y Raúl nadando contracorriente en un caso de corrupción política que lo trae de cabeza. Ya sabes que es de los que se mojan.

Sergio miró a su suegra, a sus cincuenta y tantos seguía siendo una belleza, no quería ni imaginar cuantos corazones habría roto en su juventud.

—Sí, lo sé.

El padre de Marta era un hombre íntegro, y a él se le hacía muy difícil imaginar al Raúl que a veces describían sus padres antes de que Inma llegara a su vida y lo volviera del revés.

Charlaron durante un rato y luego Sergio se despidió y se dirigió al juzgado dispuesto a encontrar a su novia y tratar de que comiera con él.

Cuando llegó y preguntó por ella en información le comunicaron que hacía diez minutos que se había marchado. La llamó al móvil, pero lo tenía apagado, de modo que se resignó a volverse a casa solo, con la esperanza de que ella estuviera ya allí, esperándole. Pero nada más salir, en una cafetería cercana descubrió la rubia y conocida cabeza de Marta sentada a una mesa. Estaba acompañada por un hombre alto y atractivo, ya cercano a los cuarenta, con aspecto de deportista. Ambos se inclinaban sobre el móvil de él, que parecía enseñarle algo, las cabezas tan juntas que se rozaban. Había algo tan íntimo en aquella escena que Sergio sintió formarse un nudo en su interior, amargo y doloroso. Y el traicionero aguijón de los celos lo golpeó con fuerza. Era indudable que tenían mucha confianza, demasiada para tratarse solo de cliente y abogado.

Por un momento dudó si hacerse ver, entrar para interrumpir aquello, fuera lo que fuese, pero luego se dijo que no, que si Marta quería hablarle de aquel hombre, ya lo haría. Dio media vuelta y regresó a su casa.

Miriam estaba en la piscina refrescándose con un baño antes de almorzar y Susana poniendo la mesa, mientras su padre había llevado a Manoli a su casa.

—Hola, hijo, ¿quieres tomar algo mientras comemos?

—No... gracias mamá, no quiero nada.

—¿Ni siquiera una de tus cervezas? —preguntó extrañada.

—No, no me apetece.

—¿Sabes si Marta va a venir a comer?

—No, ni idea. He ido a Sevilla esperando almorzar con ella, pero no la he localizado —mintió—. Inma me dijo que tenía juicio y el móvil estaba apagado.

—Bueno, entonces no pongo su cubierto. Si viene, ya lo colocamos.

Sergio salió a la piscina y se sentó en una de las butacas a contemplar cómo su hermana nadaba de un extremo a otro. Cuando Miriam lo vio, avanzó hacia él y salió,

sentándose a su lado en el bordillo.

—¿No te apetece un baño?

—No, ahora no. Quizás esta tarde.

Tenía calor, pero solo quería hablar con su hermana, tratar de averiguar qué había entre Marta y aquel hombre.

Vio cómo ella escurría la larga melena y la volvía a dejar caer sobre la espalda. Sergio no pudo evitar preguntarle.

—Miriam... tú sigues siendo la mejor amiga de Marta, ¿verdad?

—Sí, eso creo.

—Y... ¿Hay algo que quieras contarme?

La chica alzó unos ojos llenos de sorpresa hacia él.

—¿Contarte? No entiendo, Sergio. ¿Qué debo contarte?

—No sé... se me ocurrió pensar que yo paso demasiado tiempo lejos y que a lo mejor ella podría sentirse atraída por otro hombre en mi ausencia.

—¡Estás de coña, ¿no?! Marta está enamoradísima de ti. Lleva colada por tus huesos toda su vida.

—¿Y lo sigue estando?

—Pues claro que lo sigue estando. ¿Acaso tus sentimientos hacia ella han cambiado?

—No, claro que no.

—¿Entonces, por qué piensas que los de ella sí? ¿Te ha dicho algo o has notado algún cambio en vuestra relación?

—No... pero uno siempre se pregunta...

—Pues deja de preguntarte tonterías, ¿quieres? Supongo que cuando estás lejos te asaltan muchas dudas, es normal, pero no te comas la cabeza, que no tienes motivos.

—Vale. No le digas nada de esto, por favor, me sentiría como un tonto.

—Por supuesto que no. Anda, vamos a comer, creo que papá acaba de llegar.

Después de almorzar, Sergio se puso el bañador y se tumbó en una de las butacas de la piscina a leer un rato, tratando de olvidar la expresión ensimismada de Marta mirando la pantalla del móvil de aquel hombre.

A media tarde ella le llamó.

—Hola, cariño. Lamento lo de esta mañana.

—¿Qué lamentas? —preguntó sintiéndose descubierto.

—Que hayas venido a Sevilla para nada. Mi madre me ha dicho que estuviste en el bufete buscándome.

—Sí. Luego me acerqué al juzgado y me dijeron que acababas de irte.

—He almorzado con Arturo, el cliente del que te hablé. Hemos estado trabajando un poco la línea de defensa, y la reunión se ha alargado más de lo que esperaba. Pero en un rato estoy allí y te compensaré.

La voz de ella sonaba como siempre, alegre y cariñosa. Y Sergio se relajó.

—Te esperaré impaciente, preciosa.

Marta llegó una hora más tarde, casi justo para la cena. Sergio escrutó su mirada con más intensidad de lo habitual, y ella lo notó.

—¿Qué ocurre? ¿Tengo algo en la cara? —dijo rozándose la mejilla con la yema de los dedos.

—No, solo estaba mirando lo bonita que eres.

Lo abrazó con fuerza. Lo había echado terriblemente de menos durante todo el día. Cuando el caso se complicó en la vista previa y Arturo Casal la había invitado a comer para planear una nueva estrategia, había estado a punto de negarse. La sola idea de pasar la mayor parte del día sin ver a Sergio le costaba mucho, pero debía ser profesional. El de Arturo era su primer caso importante, el primero que llevaría sola sin la ayuda de Inma y el que marcaría su futuro como abogado. Aceptó. Pero para su pesar, su cliente era un gran conversador, capaz de mantener una charla durante horas, y pagaba muy bien su tiempo. Aunque intentó apremiarle en varias ocasiones, no lo consiguió y la reunión para almorzar se alargó hasta la hora del café.

Habían hablado de trabajo la mayor parte del tiempo, la jornada había sido productiva, sin embargo, Marta era consciente de que podría haber terminado mucho

antes.

Pero al fin estaba allí, dispuesta a poner sus cinco sentidos en compensar a Sergio por haber llegado tan tarde.

Tras la cena y como era habitual, se retiraron a la habitación de él, y después de hacer el amor, y aunque se había prometido a sí mismo no hacerlo, Sergio no pudo evitarlo y le dijo:

—Háblame de tu caso y de tu cliente.

—¿Ahora? —preguntó mimosa. No quería hablar del caso ni de Arturo, solo deseaba acurrucarse en su hombro y seguir acariciándole.

—Sí, por favor.

Había apremio en su voz, algo que le hizo pensar que él necesitaba hablar de ello, y se resignó.

—Está bien... Arturo se divorció hace tres meses, aparentemente de mutuo acuerdo. Según me cuenta, el amor desapareció por parte de los dos, eran ya más compañeros de piso que otra cosa. Él le dijo a su mujer que quería el divorcio y ella no se negó.

—¿Había alguien más?

—Él dice que por su parte, no. Pero que es joven y quiere enamorarse de nuevo.

—¿Qué edad tiene?

—Treinta y ocho.

—¿Hijos?

—No, ninguno de los dos quiso tenerlos.

—Y tú le estás llevando el divorcio.

—Ya están divorciados. Su mujer le ha denunciado por robo porque al parecer han desaparecido algunos objetos muy valiosos de la casa que tenían en común. Piensa que él ha podido hacer copia de la llave y entrar mientras ella estaba en el trabajo. La cerradura no ha sido forzada ni hay ninguna señal del allanamiento.

—¿Y lo ha hecho? ¿Se los ha llevado él?

—No.

Sergio pensó que ese «no» había resultado muy tajante. Marta creía de forma rotunda en la inocencia de su cliente.

—Pero no tiene una coartada que lo sitúe en las horas en que presuntamente se cometió el robo en ningún lugar lejos del domicilio de su mujer.

—¿Y a cuánto asciende el valor de lo robado?

—A mucho. Más de doscientos mil euros.

—Uffff, esa es una cantidad más que respetable. Deben ser muy ricos.

—Se enfrenta a tener que devolver el valor de lo robado, y además a una condena de cárcel. Y tienen mucho dinero, sí, pero no lo suficiente como para hacer frente a esa cantidad. Algunos de esos objetos eran joyas familiares de esas que se transmiten de generación en generación, de valor incalculable y no solo económico.

—¿Y cuál es tu opinión?

—Sinceramente, no lo sé. Estoy dudando entre que otra persona pudo llevarse las joyas y entre que nunca han sido robadas y se trata de un intento de sacar más dinero del divorcio por parte de la exmujer. No lo sé.

—¿Qué otra persona? ¿Alguien más tiene llave?

—Ella dice que no. Arturo piensa que ha podido darle una copia a un miembro de su familia o a algún amigo. Sale con alguien desde hace un par de meses.

—Entiendo.

—A mí me resulta muy extraño que esta señora sepa exactamente en qué momento se robaron algunos de los objetos. Yo no miro todos los días las joyas cuando vuelvo del trabajo para saber si están o no. Y ella afirma que un día estaban y al siguiente habían desaparecido.

—Es sospechoso, sí. Y él, ¿cómo es?

—¿Arturo? Pues un hombre normal.

—Y rico.

—Sí, puede pagar mis honorarios sin problemas, si es lo que te preocupa.

Sergio pensó que no era eso lo que le preocupaba.

—Estupendo.

—Y ahora, ya basta de hablar de Arturo, de su mujer y de sus problemas. En esta habitación solo hay sitio para nosotros dos.

«Me alegra oír eso», pensó Sergio mientras la abrazaba de nuevo.

Capítulo 7

Planes de viaje

A pesar de sus buenos propósitos, Marta no conseguía encontrar tiempo para dedicarle a Sergio durante el día. El caso de Arturo Casal no avanzaba, no lograba encontrar una línea de defensa lo suficientemente fuerte que les hiciera confiar en demostrar su inocencia más allá de toda duda.

Se reunía con él a diario, repasaban juntos una y otra vez los hechos, las estrategias y los argumentos, pero ella no se sentía satisfecha a pesar de dedicarle al caso todo su tiempo y la mayor parte de sus energías.

Por las noches iba a Espartinas donde se encontraba a un Sergio enfurruñado al que cada día le costaba más contentar. A veces no tenía fuerzas para calmar su malestar ni sus celos, agotada tras largas horas de quebrarse la cabeza buscando soluciones a la situación de Arturo, y se sentía dividida entre su deber como abogado y sus deseos como mujer. No entendía que Sergio la mirase como si fuera ella la causante de que hubiera pasado el día solo, aunque solo no estaba; Manoli, Miriam y sus padres estaban con él la mayor parte del tiempo.

Aquella noche no fue una excepción. Cuando llegó, ya casi a la hora de la cena, sus primeras palabras al encontrarle sentado solo junto a la piscina, fueron de disculpa una vez más.

—Siento llegar tan tarde —dijo besándole en la cara. Sergio no respondió a su beso ni a sus excusas—. Estás enfadado —dijo sintiéndose muy cansada por toda la situación.

—¿Tú qué crees? Ni siquiera me has llamado para decirme si ibas a venir o no.

—Pensaba llegar antes... el tiempo se me ha ido en un abrir y cerrar de ojos.

—¡No me digas!

—Sergio, por favor... estoy cansada. No tengo ganas de discutir. Además, no sé por qué dudabas si iba a venir, lo hago todas las noches.

—Cada día más tarde.

—Lo sé... pero el caso está difícil... el juicio es a finales de mes y queremos dejarlo resuelto antes de que llegue agosto y cierren los juzgados.

—Yo lo único que sé es que también me marchó a finales de mes, y que no sé cuánto tardaré en regresar. Y apenas te veo, Marta...

En la voz de Sergio había una nota angustiada y vulnerable que la hizo suspirar. Se acercó y le abrazó. Al principio él se mantuvo rígido como un niño enfurruñado, pero cuando ella empezó a acariciarle la espalda, la rodeó con los brazos y apoyó la cabeza en el pelo.

—Te echo de menos...

—Lo sé, cariño, lo sé. Yo también te echo de menos a ti. Mucho más de lo que piensas. ¿Qué te parece si nos arreglamos y nos vamos a cenar por ahí?

—Has dicho que estas cansada.

—Y lo estoy, pero no importa. No hace falta que estemos fuera hasta el amanecer, solo cenar.

—No, nos quedaremos aquí. Mi madre ya tiene la cena preparada y yo solo quiero estar contigo, preferentemente a solas... el sitio me da igual.

—De acuerdo, me doy una ducha y me pongo cómoda.

—No tardes.

Se metió en la ducha y dejó que el agua templada relajase sus músculos tensos y doloridos. El estrés provocado tanto por el caso como por la actitud de Sergio le estaba pasando factura y se notaba la espalda y el cuello agarrotados y doloridos. Hubiera querido permanecer bajo el chorro mucho más rato, pero sabía que la esperaban para cenar, de modo que salió en apenas unos minutos. Se puso un vestido fresco, uno de los favoritos de Sergio, y se reunió con él, con Fran y Susana en el porche.

Hacía una noche preciosa, cálida pero no agobiante, y aspiró el olor de la dama de noche que Susana había plantado casi al principio de mudarse a la casa, y que inundaba todo con su aroma cada verano.

Los ojos de Sergio devorándola cuando apareció le hicieron sentir que ya no quedaba rastro del enfado que sentía un rato antes. Se acercó a él y quitándole el botellín de cerveza que tenía en la mano, le dio un largo trago.

—¿Te traigo una? Hay más en la nevera —ofreció Fran.

—Esta sabe mejor... —dijo bebiendo de nuevo.

Susana lanzó una leve risita y dijo:

—Esa frase me suena.

Fran le ofreció la que estaba tomando, y ella la aceptó.

—Traigo otras para nosotros —dijo Sergio levantándose y dirigiéndose a la cocina.

Se sentaron los cuatro a cenar y apenas terminaron Susana y Marta recogieron la cocina. Miriam había salido con Ángel y regresaría tarde.

—¿Todo bien, cariño? —no pudo evitar preguntar Susana, una vez en la cocina.

—Ahora sí... Ha estado muy enfadado todo el día, ¿verdad?

—Abatido y mustio, más que enfadado.

—Ya... no puedo hacer nada... estoy muy agobiada con el caso, no va como quisiera. No puedo dedicarle a Sergio todo el tiempo que me gustaría.

—No te preocupes, ya sabes cómo es, los enfados se le pasan en seguida.

—Sí. Yo también quiero estar con él, aunque crea que no.

—Lo sé.

—Todo esto me está pasando factura...

—¿Por qué no os tomáis un día o dos para vosotros, los dos solos? Que os veáis también fuera del dormitorio, seguro que os sienta bien.

—Es una idea fantástica... no se me había ocurrido. Un par de días sí puedo escaparme. Se lo voy a proponer.

—Le encantará.

—Gracias, Susana —dijo dándole un beso en la mejilla.

—De nada, cariño.

Terminaron de recoger y Susana y Fran se fueron a su habitación mientras Marta y Sergio volvían a sentarse en las tumbonas que había junto a la piscina con una copa

en la mano. Ella alzó las piernas y las colocó en el regazo de él que empezó a acariciarle el pie desnudo.

—Tu madre acaba de darme una idea fantástica. ¿Qué te parece si nos escapamos el fin de semana los dos solos a algún sitio?

Sergio alzó la cabeza, esperanzado.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—Eso sería genial, Marta. Lo necesito.

—Los dos lo necesitamos. ¿Dónde te apetece?

—Para que estemos realmente solos, lo ideal sería irnos en el barco, un minicrucero por la costa. Portugal quizás.

—De acuerdo.

—Pero si prefieres la tierra firme...

—No, te quiero para mí sola, marinero. Aunque en algún momento bajaremos a comer en algún sitio, ¿verdad?

—Donde tú quieras, preciosa.

La mano de Sergio se empezó a deslizar por el tobillo ascendiendo en caricias lentas y sensuales.

—¿Tú quieres terminar de tomarte la copa?

—Sí —respondió él dándole un pequeño sorbo a la bebida.

—Pues entonces más vale que dejes de hacer eso.

—No tengo la más mínima intención de dejarlo.

—¿Y si yo quiero jugar también?

El lanzó una leve risita y se encogió de hombros.

—Soy todo tuyo...

Marta se levantó de su tumbona y se sentó en el borde de la de Sergio. Bebió un trago de su vaso y retuvo un hielo en la boca. Después se inclinó sobre la de él y deslizó el cubito en su interior. Por un rato ambos estuvieron jugueteando, pasándolo de una boca a la otra, con las lenguas rozándose fugazmente hasta que se derritió. Después, Sergio deslizó la mano por el cuello de Marta para impedirle separarse y la besó con una intensidad que ya nada tenía de juego.

—Creo que ya está bien de juegos por esta noche, ¿eh, marinero? —dijo Marta cuando se separaron jadeantes—. Es hora de ir al grano.

Él apuró su vaso de un trago, se levantó de la tumbona y cogidos de la cintura se fueron a la habitación. Allí enterraron miedos y dudas, y demostraron una vez más lo que sentían el uno por el otro.

Capítulo 8

Fin de semana en barco

Sergio se sentía eufórico aquella mañana mientras conducía el coche de Marta por la autovía en dirección a Ayamonte. Por fin iban a poder disfrutar del ansiado fin de semana a solas, lejos de familia, trabajo y compromisos.

Esta visita a Sevilla estaba resultándole muy decepcionante. Marta seguía inmersa en el caso de Arturo Casal y Sergio no estaba habituado a compartirla con nada ni con nadie cuando estaba en casa. Se veían poco durante el día, solo durante las noches ella conseguía librarse de sus obligaciones y pasarlas con él, casi sin excepción. Pero él no quería solo sus noches, también deseaba comer con ella, pasear, ir al cine, charlar. Todo lo que hacían las parejas y que ellos no podían cuando estaban lejos.

Pero al fin Marta había conseguido tomarse un fin de semana libre para escaparse y pasarlo en el barco, juntos y solos. Ni siquiera le había dicho a sus abuelos que pasarían por Ayamonte, él ya había ido a verles y lo volvería a hacer antes de embarcarse de nuevo, pero ese fin de semana Marta sería suya y de nadie más. Lo necesitaba para despejar las nubes negras de los celos que le estaban empezando a corroer cada vez con más intensidad, y que solo cuando estaban juntos se disipaban.

Miró hacia ella y sonrió. Preciosa como siempre, con un pantalón blanco corto y una camiseta de tirantes color pistacho, la melena rubia al viento y la expresión feliz que él tan bien conocía. Iba a ser un gran fin de semana, pensó mientras dejaba expandir sus pulmones para respirar el aire limpio y salado que entraba por la ventanilla del coche. Alargó la mano y acarició despacio el muslo moreno y desnudo que se estremeció a su contacto.

—Concentra la atención en la carretera... luego habrá tiempo de sobra para eso.

—Para eso nunca hay tiempo de sobra... siempre se me queda corto, Marta. Siempre quiero más.

—Este fin de semana te vas a hartar de mí, marinero.

—Ese día nunca llegará.

Marta giró la cabeza y sonrió. A ella le pasaba lo mismo, el tiempo junto a Sergio se le hacía tremendamente corto, y la sola idea de pensar que les quedaba solo una

semana para estar juntos antes de que él embarcase de nuevo, le oprimía el corazón. Pero no quería pensar en eso, en nuevas ausencias ni en despedidas, iba dispuesta a disfrutar de ese fin de semana como si fuera el último de sus vidas.

Llegaron al puerto y tras dejar el coche, cargaron las provisiones de comida fría que Manoli y Susana les habían preparado, así como las bebidas y subieron al barco. Sergio manipuló el amarre para alejarse del pantalán y se dirigió mar adentro. Apenas estuvieron libres de la presencia cercana de otras embarcaciones, Sergio rodeó a su novia con los brazos y la besó.

—Bienvenida a bordo, grumete.

—Hummm, ¿grumete?

—De momento. Los grados superiores tendrás que ganártelos, pasa en todos los barcos.

—Entiendo. ¿Alguna pista sobre cómo conseguirlo?

—De momento podrías empezar por ponerme un poco de crema protectora.

—Bien. Estoy deseando empezar a ganarme los galones.

Sergio hurgó en la mochila que siempre le acompañaba y sacó un tubo de crema de máxima protección. Después se quitó la camiseta blanca que llevaba y le ofreció la espalda desnuda. Su piel normalmente blanca a excepción de la cara y los brazos, se había bronceado durante esas vacaciones pasadas casi por entero en la piscina. Ella vertió una generosa cantidad de crema en la palma de su mano y después de darle un beso ligero entre los omóplatos, comenzó a extenderla con movimientos sensuales por la espalda de él, que se estremeció al contacto. La piel caliente y suave bajo los dedos la hizo demorarse mucho más rato del necesario; le encantaba tocarle.

—Si continuas así voy a tener que cederte mi grado de capitán en un rato. —Marta le rodeó y se colocó delante, soltando la crema en el suelo.

—¿No quieres seguir ascendiendo?

—Justo eso es lo que quiero...

Le bajó la cremallera de los pantalones cortos y tiró de él hacia el interior del puente de mando. A pesar de que no se veía ninguna embarcación por los alrededores, prefería intimidad y algo de sombra. Una vez a cubierto empezó a besarle el pecho, deslizó los labios por los pezones en una caricia lenta y suave, bajó hacia el vientre y siguió descendiendo. Sergio se agarró al timón con ambas manos cuando los labios de Marta entraron en contacto con su sexo. La dejó hacer con los ojos entrecerrados por

el placer, ahogando los gemidos y tratando de que sus manos no alterasen el rumbo con la fuerza con que se aferraba a la vieja madera. Pero no podía soltarse porque las rodillas se le estaban volviendo de gelatina a medida que ella le acercaba al borde del orgasmo con sus labios y su lengua. Al fin estalló y el barco dio un bandazo que seguro habría variado el rumbo en varios grados, pero no le importó. Cuando la cara pícara de Marta se alzó hacia él y le preguntó:

—¿Todavía grumete?

Él solo pudo sonreír y susurrar con voz entrecortada:

—Almirante.

Marta se levantó y echó la cabeza hacia atrás evitando el beso que Sergio estaba a punto de darle.

—Aún no he terminado de echarte crema... no quiero que te quemes.

—Ya me has hecho arder, cariño... Ahora te toca a ti.

—Eso suena bien.

Marta continuó extendiendo crema por el cuerpo de su novio: el pecho, los brazos y el vientre. Luego se intercambiaron las tornas y fue él, con sus manos ligeramente callosas, quien se demoró por las curvas todavía poco bronceadas de ella. La camiseta pistacho cayó al suelo y en pocos minutos le siguió al pantalón blanco. Se volvió y le ofreció la espalda para que le extendiera la crema. En lugar de eso fue su boca la que la recorrió haciendo que se aferrase al timón como poco antes había hecho él. Cuando la penetró con una erección todavía poco potente, se movió despacio y notó cómo esta se intensificaba en su interior. Le encantaba cuando lo hacían así, notar cómo aumentaba y se endurecía dentro de ella. Sergio colocó las manos sobre las de Marta para evitar que se soltase y se movió despacio, enloquecedoramente despacio, con los labios enterrados en su cuello.

Se tomó su tiempo, aumentando el ritmo poco a poco mientras las piernas de Marta se volvían de algodón. Al fin llegó al orgasmo con un grito que no se podía permitir estando en casa de él.

—Así me gusta, mi chica salvaje... grita... grita.

Se dejó caer contra el timón cuando él se unió a ella en el orgasmo, totalmente desmadejada.

Cuando los dos recuperaron el aliento, le dio la vuelta y rodeándola con los brazos, la besó.

—Ha estado bien, marinero... —dijo apoyando la frente contra la de él.

—Genial, diría yo.

—¿Hace una cervecita fría?

—Te lo iba a proponer.

Se pusieron los bañadores y con sendas cervezas salieron de nuevo a cubierta.

Sergio había programado el rumbo en dirección a Portugal. Tenía intención de recalar en los diferentes puertos del sur del país vecino en un minicrucero de dos días disfrutando del sol y el calor del mes de julio.

Después de almorzar los filetes empanados y el aliño de patatas que tenían en la nevera, regado con otro par de cervezas, y mientras recogían los restos de la comida, el móvil de Marta empezó a sonar con insistencia. Miró la llamada y lo ignoró.

—¿Quién es?

—Arturo.

—¿No piensa dejarte tranquila ni siquiera aquí?

—Ya has visto que no he respondido.

Salió a cubierta dispuesta a echarse en una de las tumbonas y disfrutar de una merecida y relajante siesta. Sergio se tumbó a su lado mirando al cielo, bajo la sombra que proyectaba el puente de mando. Apenas los ojos de ambos empezaron a cerrarse, el móvil de Marta volvió a sonar. Esta vez respondió, consciente de que si no atendía la llamada no les iban a dejar tranquilos, ante el ceño fruncido de Sergio.

—Hola, Arturo.

—Hola, Marta, sé que estás de minivacaciones, y que te prometí que no te llamaría hasta el lunes, pero es importante.

—¿Cómo de importante? —preguntó ligeramente fastidiada.

—Ha aparecido un posible testigo que corrobore mi coartada.

—Vaya... —dijo sentándose de golpe—, eso es estupendo. Quizás es el eslabón que le falta a nuestra defensa.

—Por eso te he llamado a pesar de mi promesa y de que sé cuánto necesitas ese

descanso.

—Pero yo no puedo ocuparme de ello en este momento, ni siquiera estoy en España.

—Ya lo sé. Solo quería que estuvieras al corriente.

—Intenta concertar una entrevista para el lunes.

—De acuerdo. Disfruta del fin de semana y perdona la interrupción, pero pensé que debías saberlo.

—Sí, por supuesto, has hecho bien en llamarme. Hasta el lunes.

Marta colgó tratando de ignorar los labios apretados de Sergio y su expresión hosca.

—Era importante, Sergio. En caso contrario Arturo no me hubiera molestado.

—Pero no se puede solucionar hasta el lunes, por lo tanto podía esperar hasta entonces para llamarte.

—Supongo... pero está muy agobiado. Se enfrenta a una acusación de robo en casa de su exmujer y los objetos robados están valorados en una gran suma de dinero, ya lo sabes.

—Sí, ya lo sé, pero eso no le da derecho a molestarnos en nuestro fin de semana. El único en el que él no está presente.

—Solo quería informarme de la aparición de un posible testigo que confirme su coartada. Es algo vital para el caso.

—Pienso que podría haber esperado para hacerlo.

—Está muy nervioso. Ponte en su lugar, si tu estuvieras jugándote la cárcel, ¿no te agarrarías a un clavo ardiendo para demostrar tu inocencia?

—¿Y es inocente?

—Claro que lo es.

—Estás muy segura. Que sea joven y atractivo no le convierte en inocente.

—Tampoco en culpable. Y por eso estamos tratando de demostrar su inocencia más allá de toda duda.

—Ya. Incluso en sábado.

—Si has escuchado bien, le he dicho que no puedo hacer nada hasta el lunes. Vamos, no te enfades... sigamos disfrutando de nuestras vacaciones que nos las tenemos bien merecidas —dijo inclinándose sobre él y besándole ligeramente en los labios.

—De acuerdo. Pero confío en no volver a tener noticias del señor Casal en todo el fin de semana.

—Yo también.

No hubo suerte. Después de la siesta el calor se había intensificado y se dieron un largo baño en el mar para refrescarse.

Estuvieron mucho rato nadando y jugando en el agua y al regresar al barco, dispuestos a dar cuenta de la tarta de manzana que tenían para la merienda, Marta encontró tres llamadas perdidas. Ante el ceño fruncido de Sergio, se apresuró a devolverlas.

—Arturo, ¿me has llamado?

—Sí, Marta, perdona que te moleste de nuevo, pero he hablado con el testigo para organizar una cita el lunes, y no va a poder ser.

—¿Por qué?

—Porque sale de viaje mañana por la noche. Estará fuera veinte días.

—¿Veinte días? El juicio es la semana que viene.

—Lo sé, por eso vuelvo a molestarte.

—¡Menudo contratiempo! Necesito saber si podemos utilizarlo o no para preparar la defensa y notificarlo al juez para que lo cite a declarar. Veinte días es mucho tiempo.

—Por eso te he llamado. Puedo hablarle yo, si me dices que debo preguntarle.

—No, Arturo, no sabrías manejar la información. Tengo que ser yo quien le interrogue.

—¿Y qué hacemos?

—Regresaré —dijo resignada—. Me va a costar un disgusto muy gordo con Sergio, pero no te voy a dejar tirado. Prepara una entrevista para mañana antes de que se

marche.

—Gracias, Marta. Te debo una muy grande.

—Soy una profesional. Te llamo cuando esté en Sevilla.

Apagó el móvil y se enfrentó a la mirada acusadora de su novio.

—Dime que no es verdad lo que acabo de escuchar.

—Lo es —respondió bajando la mirada.

—¿Vas a volver?

—Tengo que hacerlo.

—Me prometiste que este fin de semana sería solo para nosotros.

—Lo sé, pero la libertad de un hombre depende de que regrese a Sevilla antes del lunes.

—La libertad de un hombre, no. La de Arturo Casal. Un tío atractivo y con dinero.

—¿Estás celoso? Por Dios, Sergio, no tienes motivos.

—Claro que los tengo. Llevo en Sevilla veintidós días y has pasado mucho más tiempo con él que conmigo.

—Es un cliente, y este es mi trabajo. Estoy inmersa en un caso al que debo dedicar muchas horas, ya te lo dije la primera noche, que no iba a ser como otras veces que te podía dedicar toda mi atención; tienes que entenderlo.

—Yo solo entiendo que he estado días y días solo, esperando que te dignaras a dedicarme un poco de tu tiempo y ese tiempo era este fin de semana, Marta. Me he conformado y resignado, y estos dos días debían ser nuestros, solo nuestros. Pero desde mediodía el puñetero señor Casal no deja de dar la lata. Y ahora quieres volver para sacarle las castañas del fuego.

—Es mi trabajo, vuelvo a repetirte.

—Y yo tu novio, y necesito estar contigo.

—No estás siendo justo, Sergio. Es cierto que eres mi novio, pero yo también soy tu novia, y si comparas el tiempo que tú permaneces lejos de mí por motivos de trabajo supera con mucho las horas que yo te pueda estar robando en esta ocasión.

—¡Ya está, ya salió! —explotó—. Sabía que me lo echarías en cara en algún momento.

—No te estoy echando en cara nada, eres tú quien ha sacado el tema. Dices que me necesitas, ¿y qué pasa conmigo? ¿Yo no te necesito durante meses interminables? ¿Yo no me siento sola? ¿Celebrando sin ti navidades, cumpleaños y todo lo que se tercie? ¿Por qué tu trabajo es más importante que el mío?

—Porque no se trata de tu trabajo, sino de ese tío. Hay algo entre vosotros, lo sé. Lo vi.

—¿Lo viste? —preguntó exasperada—. ¿Qué viste? ¿Cuándo?

—El día que fui a buscarte al juzgado y no estabas. Al salir os vi en la cafetería... Había... algo. Estabais mirando la pantalla de su móvil con las cabezas muy juntas y la expresión embelesada. Había algo especial entre vosotros.

—¡Por favor, Sergio! ¿Expresión embelesada, dices? Estábamos mirando algo muy importante para el caso.

—¿Qué?

—No puedo decírtelo, es información confidencial.

—Ya.

—Esta conversación no tiene ningún sentido ni nos lleva a ninguna parte. Sé que no te agrada tener que regresar y a mí tampoco. Pero no puedo hacer otra cosa. Déjame en un puerto cualquiera y me las apañaré para volver. Cogeré un autobús o alquilaré un coche hasta Ayamonte donde está el mío, pero tengo que estar en Sevilla antes del lunes. Debo hablar con ese testigo mañana.

—¿Es tu última palabra?

—Sí, lo es.

—De acuerdo.

Entró en el puente de mando y cambió el rumbo. Girando la embarcación ciento ochenta grados emprendió el regreso en un hosco silencio y a la máxima velocidad que la nave permitía.

Ignoró los intentos de Marta de hacerle entrar en razón, y acodado sobre la proa del barco permaneció mudo y con la vista clavada en el mar mientras el barco, navegando a toda velocidad, les acercaba de nuevo a su lugar de partida.

En Ayamonte, apenas pisaron el pantalán, le dijo seco:

—Regresa tú. Yo no tengo que estar en Sevilla antes del lunes, así que voy a pasar un par de días con mis abuelos. Seguro que aprecian mi presencia más que tú.

Marta, realmente enfadada con su actitud, entró en el coche y arrancó sin echarle siquiera una mirada, mientras él se dirigía al interior del pueblo con la mochila al hombro. En el barco quedaban los restos de comida para el fin de semana y todos los planes que habían hecho.

Durante todo el camino de regreso se encontró sumida en dos sensaciones contradictorias: por una parte se sentía frustrada por el fin de semana arruinado, porque aunque Sergio no se lo creyera, ella lamentaba tanto o más que él tener que regresar. Había esperado la escapada con mucha ilusión, porque además de sentir que se le escapaban los pocos días que podían estar juntos, se sentía culpable por ello, y le echaba de menos, y se carcomía por dentro por lo poco que se estaban viendo. Pero por otro lado estaba muy enfadada por la actitud de él. Podía entender que le molestara que Arturo hubiera interrumpido su fin de semana, pero tenía que comprender que se tratada de algo muy importante y era muy serio lo que estaba en juego. Pero no comprendía su actitud belicosa ni su intransigencia, a fin de cuentas se trataba de su trabajo, que era tan importante como el de él.

Pisaba el acelerador con fuerza, demasiada quizás, mientras devoraba los kilómetros en dirección a Sevilla y sentía que a cada uno de ellos la brecha que se había abierto entre ella y Sergio horas antes, se agrandaba.

Cuando llegó a su casa, sus padres que estaban en el salón viendo una película, se sorprendieron.

—Marta... ¿qué haces aquí? ¿Ha ocurrido algo? —preguntó Inma escrutando el rostro hosco de su hija.

—Pensábamos que ibais a estar fuera todo el fin de semana —añadió Raúl.

—Ya... cambio de planes. El caso de Arturo ha dado un giro brusco y he tenido que volver. Mañana tenemos que hablar con un testigo que puede cambiar a nuestro favor la resolución del caso.

—¿Y Sergio? ¿Cómo se lo ha tomado? —volvió a preguntar su madre.

Ella se encogió de hombros.

—Fatal. Está muy enfadado, se ha quedado en Ayamonte en casa de sus abuelos. He vuelto yo sola.

—Ya se le pasará, solo está contrariado. Sergio no es de los que guardan mucho tiempo un enfado.

Ella murmuró con voz dura:

—A quien no se le va a pasar tan fácilmente es a mí. Me voy a la cama, es tarde y estoy cansada.

—¿Has cenado?

—No, pero no tengo hambre.

Sin decir nada más se encerró en su habitación y consciente de que no podría dormir, se puso a preparar la entrevista con el testigo. Al menos aprovecharía el tiempo en vez de dar vueltas en la cama alimentando un enfado que no les iba a traer nada bueno a ninguno de los dos.

Abajo, Inma sacudió la cabeza con aire preocupado.

—Todas las parejas discuten, cariño —comentó Raúl—. Nosotros hemos tenido algunas sonadas... ¿o no te acuerdas?

—Claro que me acuerdo.

—Lo arreglarán.

—Lo sé. No conozco a nadie más enamorado que esos dos.

—¿Ah, no? —preguntó él con un guiño pícaro—. No sé yo si Sergio se hubiera tomado tantas infusiones como me tragué yo...

—No te quejes, que acabaron por gustarte.

—Acabé por acostumbrarme, que no es lo mismo.

Inma se acercó y le dio un beso en los labios.

—¿Y lo bien que sabe tu boca después de una manzanilla?

Él se echó a reír y la abrazó con fuerza.

—Anda, zalamera... que haces conmigo lo que quieres. Dame manzanilla, tila y todo lo que se te ocurra, que este juez, terror de los delincuentes, es pura mantequilla entre tus manos.

Ella se acurrucó mimosa contra él. Sabía que era verdad.

Marta apenas pudo dormir aquella noche, presa de sentimientos encontrados. Se debatía entre el enfado por el comportamiento de Sergio y las ganas de estar con él y aprovechar los pocos días que les quedaban para estar juntos. Estaba ya casi amaneciendo cuando logró conciliar el sueño, por lo que cuando Arturo Casal la llamó a las nueve y media de la mañana, se sobresaltó y tiró el móvil en su afán por contestar en medio del sueño.

La decepción la embargó al escuchar la voz de su cliente.

—Buenos días, Marta.

—Hola, Arturo, buenos días.

—No sé si es muy temprano para llamarte un domingo, pero quería decirte que he concertado una entrevista para las doce y media. No he podido arreglarlo para más tarde.

—No importa, esa hora está bien.

—¿Te recojo en algún sitio?

—Mejor nos vemos en el despacho y luego nos reunimos con el testigo. ¿Sobre las doce?

—Perfecto.

Miró el móvil por si tuviera alguna llamada o mensaje de Sergio, pero salvo la que acababa de responder no había más signo de actividad. Suspiró y se metió en la ducha para despejarse. Su imagen en el espejo, las ojeras bajo sus ojos, le dijeron que el insomnio le había pasado factura. Se maquilló cuidadosamente para ocultar cualquier rasgo de inquietud o enfado y después de un desayuno ligero se marchó para reunirse con su cliente.

Arturo llegó puntual y por primera vez Marta lo miró como hombre. Antes de que Sergio expresara de una forma tan patente sus celos, solo había visto en él a un cliente simpático, bien vestido y atractivo, pero que a ella la dejaba indiferente. Prefería mil veces las manos algo callosas y el pelo rebelde, ondulado e ingobernable de su novio a esta estudiada elegancia. ¡A ver cómo se lo hacía entender al testarudo Figueroa que se había quedado en Ayamonte enfurruñado como un crío de cinco años!

Dejando su coche en el aparcamiento del despacho, subió al de su cliente, un Audi último modelo que no llevaría en circulación más de dos años, y se dirigieron a la cafetería donde habían quedado citados con el testigo.

Marta se sorprendió al encontrarse con una mujer de unos treinta y cinco años, atractiva y elegante. Puesto que habían hablado del testigo de forma impersonal, había supuesto que se trataría de un hombre.

—Marta, esta es Carmen Durán, nuestra testigo.

La mujer le estrechó la mano con un gesto breve. Se sentaron y pidieron un café. Después Marta fue al grano.

—El señor Casal me ha dicho que usted puede situarle fuera del lugar de los hechos.

La mujer asintió.

—Sí, así es.

—Bien, dígame dónde.

—En su casa.

—En casa del señor Casal, quiere decir.

—Sí.

—¿Y cómo puede estar segura? Entiéndame, no estoy dudando de su palabra, pero en el tribunal le harán esas preguntas y muchas otras.

—Lo sé. Yo estaba con él... Ya me entiende.

—¿Quiere decir en la cama?

—Más o menos. En realidad estábamos cortando.

—¿Tenían una relación?

—Una relación, no, pero nos veíamos esporádicamente.

Marta se volvió hacia Arturo, que miraba su taza con aire abstraído.

—Deberías haberme dicho esto antes y habríamos empezado a plantear la defensa en esa línea. Hemos estado dando palos de ciego y perdiendo tiempo sin necesidad.

—Carmen está casada. Su marido es uno de los socios de mi empresa y en ningún momento se me ocurrió que pudiera declarar. Si su marido se entera saldremos perjudicados los dos.

—¿Incluso a riesgo de ir a la cárcel?

—Pensaba que María no iba a mantener su acusación hasta el final, que retiraría antes la denuncia, que solo estaba enfadada conmigo. Al parecer no es así, por eso he hablado con ella.

—Entonces, ¿está dispuesta a declarar? —preguntó dirigiéndose de nuevo a la mujer.

—Sí.

—¿A pesar de su marido?

—Mi marido también me es infiel, lo he descubierto hace poco. En este momento me importa un bledo que se entere de mi pequeña aventura con Arturo, que de todas formas ya ha terminado.

—En ese caso, deberá asistir al juicio.

—Salgo de viaje mañana, no sé si se lo habrá dicho.

Marta suspiró.

—Me lo ha dicho, sí. En caso contrario yo estaría de crucero por las costas portuguesas en estos momentos —dijo con pesar—. Pero es imprescindible. Si la presentamos como testigo el juez la citará para declarar y no podrá negarse. Deberá aplazar el viaje o regresar antes de lo previsto si el juez determina una fecha cercana.

—De acuerdo.

—Hablaré con él mañana a primera hora para comunicarle que tenemos un testigo.

—Estaré localizable por Internet y por teléfono. Si me comunican la fecha adaptaré mi regreso al día del juicio.

—De acuerdo.

—Y ahora, si me disculpan, debo irme. Tengo mucho que preparar todavía antes de mi partida.

La mujer apuró su café y se levantó. Arturo la imitó y besándola en la mejilla, susurró:

—Gracias, Carmen.

—No hay de qué.

La vieron alejarse y Marta se enfrentó a su cliente.

—¿Hay algo más que deba saber? —preguntó con voz enfadada—. Tengo que estar preparada para cualquier eventualidad.

—No le era infiel a María, si es lo que me estás preguntando. Cuando empecé a verme con Carmen ya habíamos presentado la solicitud de divorcio.

—No me refería a eso, tu vida sexual antes o después del divorcio no viene al caso, salvo que haga que tu exmujer esté enfadada contigo.

—Mi exmujer está enfadada conmigo, pero no por infidelidades.

—En ese caso debo saber por qué. Entiéndeme, Arturo, un abogado es como un médico. Debe saberlo todo, y por supuesto todo lo que me digas es confidencial. De mi boca no va a salir ni una palabra ni utilizaré ninguna información que tú no hayas autorizado.

Arturo guardó silencio durante unos minutos y luego dijo:

—Antes del divorcio retiré una importante cantidad de la cuenta común. Fue para hacer unos pagos de la empresa, pero cuando se enteró ya estábamos divorciados y vino a recriminármelo. Me exigió la mitad de esa cantidad aduciendo que formaba parte del patrimonio común anterior al divorcio y me negué. Poco después presentó la denuncia por robo.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—No sé... como ya te digo, no creía que fuera a seguir adelante con esto, pensé que me había denunciado solo para asustarme. Cuando recibí la citación fui a verla para ofrecerme a darle ese dinero, pero me respondió que no tenía nada que hablar conmigo, que lo resolveríamos en los tribunales. Realmente parecía convencida de que yo había sustraído esos objetos.

—Bien, habrá que cambiar toda la estrategia. Una dura tarea para los pocos días que faltan antes del juicio —dijo viendo esfumarse la posibilidad de resarcir a Sergio del plantón del fin de semana.

—Te invito a almorzar y nos ponemos a ello.

A Marta no le apetecía comer con Arturo, pero miró el móvil por enésima vez esperando encontrar alguna noticia de Sergio, sin resultado. Comprobó el *watshapp* de él y vio que había estado usándolo apenas veinte minutos antes, pero no para

comunicarse con ella. Y aceptó.

Capítulo 9

Barbacoa de despedida

El domingo Sergio regresó a su casa en el autobús de la tarde y llamó a Miriam para que fuese a recogerle a la estación. Había pasado la noche del sábado y todo el día siguiente con sus abuelos, que se mostraron encantados con la sorpresa, y se hubiese quedado más tiempo gozando de sus mimos si no hubiera sido porque su madre le llamó para comentarle que estaban organizando una barbacoa de despedida para el martes, con la intención de que Hugo pudiera asistir. Puesto que volvía a embarcar el sábado, era ese martes o tendrían que esperar a una nueva visita.

Hubiera podido quedarse un día más y regresar el lunes, pero sabía lo ocupados que estaban todos tratando de cerrar los casos antes de agosto, y si iban a organizarle una barbacoa, él no podía desentenderse de los preparativos.

Su hermana le estaba esperando en la puerta de la estación de autobuses de Plaza de Armas, aparcada en doble fila. Entró en el coche y la besó.

—Espero no haberte interrumpido ningún plan —se disculpó por haberle pedido que le fuera a buscar.

—No, estaba estudiando, pero me venía bien un descanso. Ya las ideas se me emborronaban unas con otras.

—¿Nunca sales a divertirte, Miriam? Es domingo y estamos en verano.

—Me queda una asignatura para terminar la carrera y quiero aprobarla en septiembre para empezar el máster de especialización el año que viene. Si es por la mañana trabajaré por la tarde en el bufete. Y puesto que Ángel y yo queremos hacer un pequeño viaje en agosto, toca estudiar ahora.

—¿Y él cómo lo lleva? Porque no parece que os veáis mucho. En el mes que llevo aquí no habéis salido más que dos o tres veces.

—Lo lleva bien. Sabe que nos tenemos que sacrificar hasta que yo termine la carrera y lo acepta. Además, él, como buen informático es un zumbado de los ordenadores, y sabe distraerse solo. Siempre está cambiándole cosas a su ordenador o jugando *online* a matar zombis. Como vivimos en la misma urbanización comemos con frecuencia uno en casa del otro.

—Y a eso se reduce vuestra relación...

—Más o menos sí. De vez en cuando una de las casas se queda vacía y nos echamos un polvete, pero eso sucede muy de tarde en tarde. Por eso estamos deseando que llegue agosto y perdernos unos días.

—Espero que nadie te fastidie los planes, como me ha pasado a mí este fin de semana.

—¿Qué ha pasado? Pensaba que ibais a estar fuera varios días y que no ibais a pasar por casa de los abuelos.

—Marta se volvió el mismo sábado por la noche. Su cliente la llamó por una emergencia y regresó, y yo he aprovechado para ver a los abuelos.

Consciente de que la voz de su hermano se había endurecido, Miriam no quiso ahondar más en el tema y propuso:

—¿Te importa si nos pasamos por Alveares? He llamado a Hugo varias veces al móvil para decirle lo de la barbacoa y ni contesta ni devuelve las llamadas.

—Perfecto. Y te invito a una copa de las de verdad. Yo conduciré a la vuelta.

—Hum... estupendo. ¿Quieres llamar a Marta para que se reúna con nosotros?

—No, probablemente no pueda venir y eso solo me irritaría más. Dejémoslo estar.

—Como quieras.

Poco después cruzaban la puerta del bar de copas. Hugo, Inés y Marieta estaban muy atareados. El local estaba concurrido a aquellas horas y no daban abasto a servir las copas a los clientes que se apiñaban ante la barra. Se abrieron paso hasta su hermano.

—¡Vaya, dichosos los ojos! —saludó este cuando les vio.

—Eso lo deberíamos decir nosotros, que desde que salimos el día después de la llegada de Sergio no te hemos visto el pelo.

—Estoy ocupado.

—Ya. Tampoco puedes coger el móvil —recriminó la chica.

—Depende de cuándo me llames. Hay bastante trabajo estos días. Y termino tarde, no es hora de llamar a una casa donde la gente se levanta temprano para trabajar.

¿Qué queréis tomar? —dijo cambiando de tema—. Supongo que no habrás venido solo a echarme la bronca, ¿eh, hermanita?

—Baileys con mucho hielo. Y no he venido a echarte la bronca, sino a decirte que «estás invitado» a la barbacoa de despedida que haremos para Sergio el próximo martes. Y no puedes poner ninguna excusa porque la hemos organizado en martes precisamente para que vengas tú. Que ya mamá está pensando en colgar una foto tuya en el salón para no olvidar tu cara.

—No seas exagerada —dijo sirviendo la copa—. ¿Sergio, qué tomas tú?

—Una cerveza. Tengo que reconocer que nadie tira una caña como mi hermanito.

—¿Vas a venir a la barbacoa? —preguntó Miriam.

—Claro que sí. Reunión familiar casi al completo. ¿Qué sabéis de Javi?

—Pues también poco últimamente. Mamá ha hablado con él esta tarde por *Skype* un rato, pero ya sabes que él habla de sí mismo todavía menos que tú. Que está bien, que el trabajo le absorbe y poco más. Eso sí, ha preguntado por todos nosotros de forma exhaustiva.

—Ese es nuestro Javi, siempre ejerciendo de hermano mayor —añadió Sergio.

—Disculpad —replicó Hugo dirigiéndose a un hombre que reclamaba la cuenta.

Miriam observó a Inés, que servía un *whisky* con hielo en aquel momento. Había conseguido soltarse un poco en los tres meses que llevaba trabajando en Alveares, aunque aún se la veía fuera de lugar tras la barra. Al menos presentaba un aspecto algo más mundano llevando el discreto maquillaje y el uniforme del bar con soltura y no encogida como si estuviera desnuda, como le había ocurrido al principio.

Ambos cogieron sus vasos y se acercaron a saludarla.

—Hola, Inés.

—Miriam, Sergio... qué sorpresa. No os había visto.

—Sí. Venimos a ver al «hermano pródigo», que se vende caro —dijo la chica—. Veo que hoy tenéis lleno.

—Sí, es impredecible. Hay días que no entra casi nadie y otros... ya ves.

De pronto a Miriam se le ocurrió una idea.

—A ver si quedamos un día las dos.

—Me encantaría, pero ya sabes que yo solo descanso los martes.

—Bueno, pues un martes que no tengas planes me avisas.

—Ningún martes tengo planes, no conozco a nadie aquí. Aprovecho para limpiar, cocinar, lavar la ropa...

—Esta semana tengo comida familiar, pero en cuanto pueda te llamo, ¿vale?

—Perfecto.

Terminaron las copas y se dirigieron de nuevo hacia Hugo.

—Nos vamos —dijo Sergio.

—Hasta el martes. Y dale recuerdos a Marta.

—Oye, Hugo... —intervino Miriam—. ¿Por qué no le dices a Inés que venga a la barbacoa?

Frunció el ceño en un gesto característico que todos los hermanos habían heredado de su padre.

—¿A Inés? ¿Qué demonios pinta ella en una barbacoa en casa?

—Hombre, pintar no pinta nada, salvo que es tu jefa y amiga, ¿no? Me consta que se pasa los martes ejerciendo de ama de casa y no sale ni se divierte. Un poco de distracción le vendría bien, relacionarse con gente...

—No sé si es buena idea. Si llevo una chica a una comida familiar puede que haya malentendidos y piensen lo que no es.

—¿Quién va a pensar eso, Hugo? Nadie más lejos de tu tipo que Inés. Si la llevas yo les diré a todo el mundo que ha sido idea mía para que se distraiga un poco.

—El que recoge cachorrillos abandonados y pájaros heridos es Javi.

—Inés no es una cosa ni otra, solo necesita amigos. Y es una chica muy agradable.

—De acuerdo, se lo preguntaré. Pero deja claro que entre ella y yo no hay nada, solo es mi jefa.

—No te preocupes por eso. Hasta el martes entonces.

—Hasta entonces, chicos.

Sergio llegó a casa y tras cenar algo ligero, se fue directo a su habitación. A la pregunta de su madre de cómo lo había pasado el fin de semana, respondió lacónico que podría haber sido mejor, y agradeció que no siguiera preguntando.

Se tendió en la cama vestido y siguió rumiando su malestar. Se sentía cada vez más enfadado, más dolido, y la barbacoa que le estaba preparando su familia, que en otras ocasiones le había ilusionado, ahora se le antojaba difícil de soportar.

Miró el móvil por enésima vez, sin rastro de una llamada ni de una disculpa de Marta. Y su enfado creció un poco más.

El lunes transcurrió entre preparativos. Se ocupó de comprar la carne y las bebidas, de rellenar el frigorífico y el resto del día rumió su malhumor de una habitación a otra. Por la noche seguía sin noticias de su novia, no se presentó a cenar como solía, por lo que dedujo que o bien estaba enfadada o demasiado ocupada, de modo que decidió no decirle nada de la barbacoa. No quería escuchar que estaba atareada y que una vez más Arturo Casal era más importante que él.

El martes amaneció caluroso y Sergio se levantó temprano. Se dio un buen baño y se ofreció a ayudar en la cocina, puesto que Manoli estaba pasando unos días con su familia. Preparó con Miriam un par de ensaladas y entremeses, cargó de bebidas el frigorífico y trató de mantenerse lo más ocupado posible.

Cerca del mediodía llegaron Hugo e Inés y se unieron a la reunión.

—¿Y Marta? —preguntó su hermano.

—Tiene trabajo —respondió lacónico.

—¿No va a venir?

Él se encogió de hombros.

—Ni idea.

No quiso decirle que no le había comentado nada de la barbacoa de despedida, que aún estaba enfadado por lo del fin de semana anterior y que prefería seguir en la duda de si ella hubiera postergado su trabajo y a Arturo Casal por estar allí aquel día o este habría seguido siendo prioridad. No la había llamado desde el sábado anterior, ni tenía intención de hacerlo. Debía ser ella quien diera el primer paso.

Inés se integró bien en la familia, cosa de la que Sergio no había tenido ninguna duda. Los Figueroa eran maestros en hacerle sentir a alguien bienvenido, pero él se

mantuvo un poco al margen del bullicio, aduciendo que estaba cansado. No quería aguar la fiesta, pero se le estaba haciendo muy difícil mantener el tipo, sonreír y participar como si todo estuviera bien.

Marta llegó al bufete a las seis de la tarde. Desde primera hora de la mañana había estado con Arturo, en el despacho de él redactando la declaración para Carmen Durán en caso de que el juez la aceptara como testigo. Desde allí se la habían enviado por correo electrónico y habían estado comentando los detalles de la misma. Mientras, habían almorzado juntos en una cafetería cercana, y al fin regresaba a casa. Durante todo el día había mirado el móvil y tratado de aparcár el enfado que le producía el mutismo de Sergio. De todas formas, cuando llegara a casa y se diera una buena ducha le llamaría y le preguntaría si quería que fuera a Espartinas a pasar la noche, no quería pasar otra noche sola. Alguien tenía que dar el primer paso, y Sergio se estaba comportando de una forma muy cabezota.

Cuando entró, su madre estaba en la cocina y se sorprendió ligeramente al verla.

—Hola. No te esperaba... pensaba que dormirías en Espartinas esta noche.

—No sé aún qué haré, llamaré a Sergio ahora.

—¡Ah! Creía que venías de allí, de la barbacoa de despedida.

Marta sintió como si le asestaran un puñetazo en pleno estómago. Por un momento le costó tragar el aire. Respiró hondo y comentó:

—No, he estado en el despacho de Arturo todo el día, cambiando la estrategia de la defensa.

—Ya —respondió Inma, consciente de la sorpresa de su hija.

—Entonces cuento contigo para la cena o...

—No lo sé mamá... ahora te cuento.

Muy enfadada se fue a su habitación y cogiendo el teléfono, pulsó en el nombre de Sergio.

Este escuchó la llamada y levantándose de la tumbona donde descansaba, se dirigió a la parte delantera de la casa para responder.

—¿Sí?

La voz enfadada de Marta le habló al otro lado del aparato.

—¿Se puede saber cuándo ibas a decirme que tus padres organizaban hoy una barbacoa de despedida para ti?

—No pensaba decírtelo.

—¿Por qué? ¿Sigues enfadado por lo del fin de semana? Aunque es una pregunta tonta, es evidente que sí.

—Si te lo hubiera dicho, ¿habrías venido?

—Lo hubiera intentado.

—No es suficiente, Marta.

—Sergio, deja de comportarte como un crío de cinco años y trata de entenderme.

—No, entiéndeme tú a mí. Llevo tres meses encerrado en un barco ansiando llegar a tierra para estar contigo, ¿y cuánto nos hemos visto en este mes? Solo un día completo, el primero.

—He ido todas las noches.

—Yo deseaba algo más que follar. Quería comer contigo, pasear, charlar... disfrutar de estar juntos como siempre hemos hecho.

—¿Y crees que yo no? Esto no es por mi elección o porque no quiera verte. Yo no tengo la culpa de que me hayas pillado en medio de un caso complicado cuyo juicio se celebra el lunes y que ha dado un giro decisivo en los últimos días.

—El fin de semana pasado era importante para mí.

—Y para mí también.

—Pues no lo parecía.

—¿Qué querías que hiciera? Tenía que volver. Es mi primer caso importante, el primero que llevo sola. Y no podía dejar tirado a Arturo en una situación de la que depende su libertad o una indemnización de muchos ceros si el juez es benévolo.

—Ahí está la cuestión: no podías dejar tirado a Arturo, preferiste dejarme tirado a mí.

Marta miró al techo con desesperación. Sergio nunca había sido irracional y ya no sabía qué hacer para convencerlo. Sus celos no tenían ningún fundamento y se estaba comportando como un crío testarudo. Estaba cansada, había tenido un par de días

duros de trabajo y de lo último que tenía ganas era de tratar de convencer a quien no quería ser convencido. Y estaba realmente muy enfadada de que no la hubiera avisado de la barbacoa. De haberlo sabido habría hecho lo imposible para ir. De modo que dejó salir su enfado sin tratar de reprimirlo más.

—Voy a decirte algo, Sergio. Dentro de unos meses es mi cumpleaños, y el tuyo también. Quiero pasarlos contigo, los dos —dijo tajante.

—Sabes que eso no es posible, que estaré en alta mar.

—Entonces me estarás dejando tirada por tu trabajo.

—No es lo mismo, Marta.

—Claro que lo es.

—Yo no puedo elegir cuándo embarco ni cuándo regreso, son fechas cerradas.

—Yo tampoco puedo elegir las fechas de los juicios. Y no estás siendo justo conmigo, llevo años sola, celebrando los cumpleaños, las navidades y todo lo importante de mi vida sin ti. Y lo acepto y lo respeto, pero tú no eres capaz de hacer lo mismo. Iba a preguntarte si querías que me acercara un rato, pero ya veo que no es buena idea, y tengo que reconocer que tampoco me apetece. Solo serviría para enfadarnos más, porque no estoy dispuesta a pedir disculpas por algo que no creo estar haciendo mal.

—No hace falta que vengas, no quiero las migajas del tiempo de Arturo Casal, ni del tuyo.

Marta estuvo a punto de colgar, pero antes apostilló:

—Te vas el sábado; si quieres verme antes llámame y trataré de hacerte un hueco en mi agenda, pero no te prometo nada.

Sergio colgó con rabia. No iba a llamarla, ni a mendigarle un poco de su tiempo. Que se dedicara a su caso y a su cliente, y quizás a su regreso Arturo Casal hubiera salido definitivamente de sus vidas y ellos pudieran sentarse a hablar con calma. En aquel momento estaba demasiado enfadado.

Se dirigió a donde estaba su familia, pero se sentía tan agitado que era incapaz de sentarse y departir con nadie.

—Voy a dar una vuelta —anunció. Y acto seguido se cambió de ropa y desapareció dispuesto a caminar hasta que su ánimo se serenase.

Marta también apagó el móvil y respiró hondo. Tenía que concentrarse, era crucial que estuviera despejada para preparar el caso con los nuevos cambios que habían surgido a raíz de la aparición de Carmen Durán, pero el enfado con Sergio no ayudaba. Nunca se habían peleado, al menos no hasta el punto de esta vez, y precisamente cuando ella más necesitaba de toda su atención.

Salió a la cocina y se preparó un café bien cargado, le esperaba una larga noche. Puesto que no iba a pasarla con Sergio la aprovecharía para trabajar

Se había sentido como una idiota cuando al llegar a casa su madre le había hablado de la barbacoa. Ella no tenía noticias de ninguna barbacoa, Sergio no le había dicho ni media palabra al respecto. De hecho, no le había dicho ni media palabra de nada, no había tenido noticias de él desde que se despidieron el sábado anterior en Ayamonte. No lo entendía, era siempre tan razonable, tan tranquilo y reposado... Eso era lo que más le gustaba de él, pero ahora se estaba comportando como un cavernícola celoso.

Inma apareció en la cocina y se preparó una de sus infusiones, sentándose junto a su hija a saborearla.

—¿No vas a ir a casa de Sergio entonces?

—No.

—Por tu cara de hace un rato no sabías nada de la barbacoa, ¿verdad?

—No, Sergio no me ha dicho nada.

—Seguís enfadados.

—Sí, muy enfadados.

—Eso es nuevo. Nunca una discusión os ha durado tanto.

—Nuevo y desagradable, mamá, pero esto es algo más que una discusión. Es una brecha, una crisis o no sé qué, pero desde luego más que una discusión. Me siento fatal, la verdad.

—Es normal, nena, porque no es lo habitual en vosotros, pero luego la reconciliación vale la pena, te lo aseguro. Tu padre y yo hemos tenido varias peleas gordas, de las de no hablarnos durante días, y dormir alguno en el sofá... La mayor parte de las veces yo. Y se pasa mal, pero luego... Jo, vale la pena. De una de esas reconciliaciones naciste tú.

—Sergio está celoso de Arturo.

Inma levantó una ceja.

—Los Figueroa y los celos son una mala combinación... por muy tranquilos que sean.

—¿Por qué lo dices? Te aseguro que no tiene motivos, para mí Arturo es solo un cliente, ni siquiera me gusta.

Inma soltó una risita.

—No hace falta que los tenga, los celos no siempre son fundados. Tú sabes lo mucho que Fran quiere a tu padre, es su amigo del alma, más que un hermano diría yo. Darían la vida el uno por el otro

—Sí, mamá, lo sé.

—Pues... ¿te has fijado alguna vez en la cicatriz que tiene Fran en la ceja? Se la hizo tu padre. Fran estaba celoso y se abalanzó sobre él como una fiera. Se pegaron en un bar y no había forma de separarlos. Acabamos la noche en urgencias y milagro fue que no pasara nada más grave.

—¿Papá iba por Susana? No me cuadra.

—Fran pensaba que a Susana le gustaba tu padre, y por Dios que era el único que lo pensaba, porque ella se moría por él y eso lo veíamos todos. Todos menos él. Por eso te digo que cuando un Figueroa está celoso no hay forma de hacerle entrar en razón.

—Ya no sé qué hacer ni qué decirle para hacerle razonar. Y yo necesito ahora mismo estar al cien por cien en el caso, no puedo permitirme distracciones emocionales que pueden acarrear que un hombre dé con sus huesos en la cárcel. Y menos porque mi novio se está comportando como un niño celoso. ¡Hombres! ¿Cuándo crecerán?

—Nunca, hazte a la idea. Siempre serán como niños grandes.

—¡¡¡Ufff!!! Bueno, me vuelvo a mi habitación. Tengo para toda la noche rehaciendo la defensa.

—Un consejo, Marta. Trata de arreglarlo antes de que se vaya... porque luego será más difícil.

—No sé si tendré tiempo y tampoco si me apetecerá. Él está siendo irrazonable, que mueva ficha si quiere arreglarlo. Yo estoy muy cabreada. Esta tarde estaba dispuesta a llamarle y tratar de solucionar las cosas, pero se ha puesto muy cabezota. ¿Creerías que me ha dicho que su trabajo es más importante que el mío? ¿Que justifica sus ausencias pero no que yo lo deje de lado por mi juicio? Eso ha colmado el vaso,

mamá... Si quiere que nos reconciliemos antes del sábado tendrá que dar el primer paso... y deberá ser un paso muy grande.

Apuró su café y desapareció por la puerta de la cocina hacia su dormitorio, mientras Inma movía la cabeza.

—Piñero hasta la médula... —susurró.

Capítulo 10

Despedida

Tendido en la cama en su última noche en Sevilla, Sergio no podía dormir. Estaba solo, y era la primera vez desde que Marta y él estaban juntos que no pasaba con ella su última noche antes de embarcar. De hecho era la primera vez que pasaba solo ninguna noche y el llevaba durmiendo así ya una semana. Desde el día que se despidieron en Ayamonte no la había visto y desde la barbacoa no habían hablado ni siquiera por teléfono. Y él sentía crecer su rabia y su enfado cada vez más. Sabía que cada día, cada hora que pasaban separados era un precioso momento que no podrían recuperar y que probablemente lamentarían cuando estuviera lejos, pero no la llamó. Se había propuesto no suplicar por su tiempo, por ese tiempo que él creía que le correspondía y que en esta ocasión Marta no le estaba dando.

Aquella noche más que nunca echaba de menos sus besos, el tacto de su piel en sus dedos, la pasión llena de impaciencia que solían compartir antes de la partida queriendo aprovechar cada segundo. Y Marta no estaba.

Ni sus padres ni Miriam habían hecho ningún comentario ante el cambio drástico de costumbres y la ausencia de Marta, y él se lo agradecía enormemente; si de algo no tenía ganas era de dar explicaciones.

Dando vueltas en la cama vio pasar las horas, una tras otra y al fin la luz del día despejó las sombras y, no pudiendo soportar por más tiempo la larga noche, se levantó.

Susana, normalmente madrugadora estaba ya en la cocina tomando un café.

—Buenos días, hijo. ¿Quieres uno? —ofreció señalando la taza.

Él asintió y se acercó a la cafetera que mantenía el líquido caliente, pero ella se lo impidió con una sonrisa.

—Hoy deja que te sirva yo. No sé cuándo voy a poder mimarte de nuevo.

Él se sentó y la dejó hacer.

—Manoli ha dejado tu tarta favorita para que desayunes —añadió Susana sacando del frigorífico una tarta de manzana.

Sergio trató de comer el enorme trozo que su madre colocó delante de él, pero le resultaba imposible tragar. Un gran nudo oprimía tanto su garganta como su estómago. Comió dos o tres cucharadas y apartó el plato. Susana no insistió, sabía que Sergio, al contrario que Hugo, no podía comer cuando estaba mal o tenía problemas.

Este intuyó la pregunta que su madre por discreción no se atrevía a hacer y le dijo:

—No creo que venga, estamos muy enfadados.

—Eso es evidente, en caso contrario estaría aquí. ¿Por qué no la llamas? A lo mejor es lo que está esperando.

Sergio negó con la cabeza.

—Porque no podría soportar que me dijera que no puede venir porque está muy ocupada. O que no quiere —susurró con la garganta oprimida—. Y si eso sucede yo... yo podría hacer una estupidez que diera al traste con unos años maravillosos. Prefiero esperar a que venga por propia iniciativa, y si no lo hace, pues cuando regrese será el momento de hablar del tema. No ahora con el enfado aleteando sobre nuestras cabezas. En estos días Marta me ha dicho cosas que yo ignoraba y en las que debo pensar con calma.

Clavó en su madre una mirada serena y continuó hablando.

—Si aparece en el muelle yo le daré el abrazo del siglo y me iré sintiéndome el hombre más feliz del mundo, pero si no llega quizás haya cosas que debamos replantearnos.

Susana apretó la mano de su hijo sobre la mesa.

—No digas tonterías, Sergio, habla el enfado y el despecho.

—No estoy enfadado, mamá, pero sí dolido. Y muy celoso.

—Los celos son un sentimiento irracional, nublan la mente y no te dejan ver las cosas con claridad. Si Marta no aparece deberías dejar enfriar el enfado antes de abrir la boca. Los Figueroa, y por muy tranquilo que tú seas eres uno de ellos, sois unos bocazas cuando estáis enfadados.

Sergio se inclinó sobre su madre y le dio un beso. Ella le agarró la cabeza con ambas manos y la acunó contra su pecho como cuando era un niño. Era duro ver sufrir a un hijo y tener que permanecer al margen permitiendo que tomara sus propias decisiones, incluso con el riesgo de equivocarse.

—Me gustaría pedirte una cosa, mamá.

—Claro, lo que quieras.

—Que no vengáis a despedirme al muelle hoy. Sé que os gusta venir a decirme adiós, pero si Marta aparece no quiero testigos, y si no lo hace, entonces prefiero estar solo.

—Lo entiendo, cariño, y no te preocupes, nos quedaremos en casa.

—Gracias, mamá, eres la mejor.

—No, pero no olvides que soy mujer además de madre y sé mucho de peleas y reconciliaciones. En casi treinta años de matrimonio ha habido de todo.

—Papá y tú no os peleáis.

—Por supuesto que sí, como todo el mundo. Solo que procuramos que no os llegue a vosotros. Es prácticamente imposible no discutir con un Figueroa cabezota como tu padre. Anda y termina de desayunar, que no te queda demasiado tiempo.

—No, no queda —dijo tragando saliva y sintiendo un nudo en la garganta.

Marta se levantó temprano. Había pasado una de las peores noches de su vida debatiéndose entre lo que debía y lo que quería hacer.

Había estado esperando desde el martes una llamada de Sergio, pero este no había dado señales de vida. Aparcó entonces la sensación de tristeza y decepción lo más hondo que pudo para que no interfiriese en su trabajo, pues era vital que en aquellos momentos mantuviera la mente despejada y libre de problemas personales, pero cuando se metía en la cama, esta se desbordaba.

Echaba de menos a Sergio, sus besos, sus manos, sentía que cada momento que no estaba con él eran minutos que lamentarían cuando estuviera lejos. Pero sabía que se enfrentaba a un muro de intransigencia por parte de él, que no se iba a conformar con los ratos que ella pudiera dedicarle, se había cerrado en banda y pedía todo su tiempo tal como había tenido en otras ocasiones; solo que esta vez era diferente y él tenía que aceptarlo.

También la tenía muy enfadada el hecho de que pensara que ella debía aceptar las condiciones de su trabajo y él no fuera capaz de hacer lo propio. Era cuestión de que le demostrara que estaba equivocado y eso tenía que hacerlo ahora o nunca. Aunque su corazón sangrara por el distanciamiento y su boca y su cuerpo palparan por no tenerlo con ella esas noches que habían pasado separados. Sergio tenía que aprender, y debía hacerlo ahora, cómo iban a ser las cosas en el futuro. Aunque había momentos en que estaba tentada de levantarse, coger el coche y presentarse en Espartinas —aun a riesgo de que Susana y Fran la mandaran al diablo por presentarse

en su casa de madrugada y sin avisar—, y abrazarse al cuello de Sergio y decirle que lo quería más que a nadie en el mundo. Pero no lo hizo; acalló el corazón y dejó que la mente tomara el mando. Esa parte terca y orgullosa que Raúl afirmaba que había heredado de su madre se hizo fuerte y permaneció en la cama con el móvil pegado a la oreja por si a él le estaba pasando algo parecido y la llamaba pidiéndole que fuera. Y entonces no lo dudaría, cogería el coche y se presentaría en su casa para pasar juntos lo que quedaba de noche.

Pero el móvil no sonó y la luz del día se fue filtrando tras los cristales. Se levantó agotada física y emocionalmente y se sentó ante el ordenador aunque sabía que sería incapaz de leer una sola línea y entenderla. En aquel momento su mente solo podía pensar en Sergio y en el tiempo que tardaría en volver a verle.

Las horas pasaron despacio y a cada momento ella sabía con exactitud qué estaría haciendo él; conocía demasiado bien las rutinas de sus partidas. La despedida de Manoli, la de su padre, la subida al coche de Susana y el traslado al muelle. Más abrazos y besos, alguna lágrima apenas contenida y al final el cruce de la pasarela hasta el barco que se lo llevaría durante meses fuera de Sevilla. Solo que en aquella ocasión, ella no estaría allí para decirle adiós. Esperaba que a su regreso los dos tuvieran la cabeza lo suficientemente despejada y se hubieran echado tanto de menos que pudieran arreglar las cosas con un abrazo.

Acodado en la barandilla de estribor, Sergio contemplaba el muelle vacío. Era la primera vez que Marta no estaba allí con su sonrisa radiante y los ojos ligeramente velados por las lágrimas diciéndole adiós.

Había llegado temprano y durante un buen rato había paseado arriba y abajo por el muelle con la vista fija en el acceso esperando ver la cabeza rubia y la figura vivaracha de Marta acercándose hasta él, pero al fin había tenido que embarcar sin que ella hubiera aparecido. No obstante, se quedó en cubierta, mirando y esperando, aunque ya tenía claro que iba a ser inútil.

El corazón angustiado y oprimido le dijo que tenía que llamarla, que no podía irse así, sin más. Que tenía que decirle que la quería, aunque el barco estuviera ya soltando amarras y ella no tuviera tiempo de acudir al muelle. Pasarían muchos días sin tener cobertura en el móvil, y tenía que aprovechar la del puerto.

Buscó en el aparato el contacto de Marta y pulsó el botón de llamada. Le respondió una voz metálica informándole que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. Tuvo claro que ella no quería no ya verle, sino ni tan siquiera hablar con él. La opresión del pecho se le hizo más intensa, visiones de Marta en brazos de Arturo Casal inundaron su mente y una lágrima se le escapó al no tan rudo marinero que se alejó con discreción de la cubierta para que nadie pudiera ver cómo se la enjugaba con disimulo.

Marta, dentro del coche y metida en un atasco monumental se sentía ofuscada e impotente. Al final había ganado el corazón y con el tiempo bastante ajustado se metió en el coche dispuesta a llegar al muelle para darle un abrazo a Sergio. No podía dejarle ir enfadado. Ya hablarían y aclararían las cosas a su regreso.

Sin embargo, un tráfico inusual a aquellas horas en la avenida de La Palmera la tenía bloqueada dentro del coche. Cogió el móvil para llamarle, pero comprobó con desánimo que se le había agotado la batería después de toda la noche esperando su llamada. Y golpeó con furia el volante mientras lágrimas de rabia e impotencia rodaban por su cara y se mordía el puño para acallar el sollozo que no pudo contener.

Estuvo atrapada una interminable media hora, y cuando al fin se despejó la avenida, condujo hasta el puerto con las esperanzas agotadas. Cuando llegó, en el lugar que antes había ocupado el barco de Sergio solo había un hueco vacío. Oteó en la distancia y pudo ver la silueta ya borrosa alejarse por el río.

Lágrimas de frustración le corrían a raudales por la cara, y se recriminó una vez más su testarudez, esa que había heredado de su madre. Abatida y triste, regresó a su casa.

Capítulo 11

Marta y Arturo

El juicio de Arturo Casal había supuesto todo un éxito profesional para Marta. La presentación de la testigo había sido fundamental para la defensa y aunque para ella hubiera supuesto la apertura de una brecha en su relación con Sergio, no se arrepentía. Ni de cómo había enfocado el asunto ni de las horas que le había dedicado. Tanto en su vida profesional como en la personal habría un antes y un después del caso de Arturo. Ya se consideraba una profesional capaz de desenvolverse sola con cualquier tipo de caso y el éxito alcanzado había hecho saltar su nombre del anonimato.

También su relación con Sergio iba a cambiar, si cuando regresara lograbán solucionar sus diferencias, algo de lo que a veces tenía dudas dado el mutismo que él mantenía. Pero sí tenía claro que no volvería a estar a la entera disposición de su novio cuando él estuviera en Sevilla y por supuesto le iba a exigir lo mismo que daba: confianza, comprensión y respeto por su trabajo.

El mutismo de Sergio después de marcharse, su silencio persistente y el hecho de que tuviese el móvil siempre apagado estaba empezando a enfadarla muy seriamente, tanto que había aceptado la invitación a cenar de Arturo para celebrar la sentencia a su favor, cosa que en condiciones normales no hubiera hecho.

Se arregló muy especialmente para la cita, con un regusto malvado y trató de no dedicarle ni un solo pensamiento al hombre que en alta mar mantenía las distancias como un crío terco y enfurruñado.

Se reunió con su cliente en un conocido y caro restaurante sevillano. Él la esperaba en la barra tomando una copa y le ofreció una a ella, que rechazó.

Se sentaron a la mesa que ya tenían reservada y abrieron la carta.

—¿Alguna recomendación? —preguntó.

—La sopa de marisco es excelente —respondió Arturo—. Y la brocheta de solomillo.

—Demasiado pesado para la noche, suelo cenar ligero. Prefiero algo de pescado.

—En ese caso la lubina al horno.

—Muy bien.

Arturo le hizo una señal al camarero y encargó la comida y una botella de vino.

—No bebo cuando tengo que conducir —aclaró ella, pero él no hizo caso.

—Una copa al menos para brindar por el éxito de nuestra causa.

—De acuerdo, pero nada más.

Arturo se retrepó en la silla y la miró fijamente. Por un instante Marta se sintió incómoda por lo que la mirada daba a entender y desvió la vista. Empezó a pensar que no había sido buena idea aceptar la invitación.

—Estás bellísima esta noche —dijo con voz demasiado suave.

—Gracias.

—No lo he dicho como un cumplido, es la verdad. ¿Sabes? Cuando te invité a cenar pensaba que no ibas a aceptar.

Marta se dijo mentalmente que no lo hubiera hecho de no estar tan enfadada con Sergio, pero comentó:

—¿Por qué?

—Porque tienes novio.

—Eso no significa que yo me quede encerrada en casa. Sergio es marino mercante y pasa mucho tiempo fuera de Sevilla, y yo tengo vida social aunque él no esté.

—¿Y no le importa que salgas con otros hombres? A mí me importaría.

—Le soy fiel a mi novio, si es lo que estás tratando de preguntarme.

—Pillado. Supongo que a la mente de un abogado, sobre todo si es tan brillante como tú, es difícil engañarla.

—Me lo has puesto muy fácil, lo primero que me has dicho al llegar es lo guapa que estoy. Sois muy predecibles los hombres.

—Entonces esto es solo una cena de amigos.

—No, más bien una cena de excliente y abogado para celebrar una victoria. Y no se va a volver a repetir para que nos convirtamos en amigos.

—¿No quieres ser mi amiga?

—No suelo mezclar el trabajo con la amistad.

—Creía que durante este tiempo habíamos desarrollado algo más que una simple relación laboral.

—No en mi caso.

—Pero podemos desarrollarla ahora. Quedar de vez en cuando.

—Creo que no es buena idea.

—¿No te puedo tirar los tejos ni siquiera un poquito?

—Como poder, claro que puedes, pero no te va a servir de nada. Estoy muy enamorada de mi novio. De modo que si te limitas a cenar evitarás una situación incómoda para los dos. A mí el decirte que no y a ti el ser rechazado.

—Franca y directa, como tu defensa.

—Pues sí.

—Bien, cenemos entonces.

El camarero trajo el vino y los primeros platos. Realmente la sopa estaba deliciosa y Marta la saboreó complacida. Por segunda vez miró a Arturo como hombre, hasta entonces lo había hecho solo como cliente y lo encontró atractivo, pero no era su tipo. Su tipo era un soñador de ondulado pelo castaño, encantador y que se lo estaba haciendo pasar realmente mal con su alejamiento.

Decidió sacar a Sergio de su mente por el momento y disfrutar de la cena y de la compañía. Si continuaba pensando en él iba a embargarla de nuevo el enfado o la nostalgia y le iba a amargar la velada.

Arturo se comportó. Resultó ser un conversador interesante y culto, y consiguió que Marta disfrutara. Y que se reafirmara aún más en sus sentimientos por Sergio, a pesar de la crisis que estaban pasando. Si él no existiera quizás, solo quizás, le daría una oportunidad a su excliente, pero Sergio era el hombre de su vida y nadie iba a cambiar eso.

Cuando la cena terminó, rehusó tomar una copa y se despidió. Arturo, galante, la

acompañó hasta el coche, y antes de que entrase en el mismo, se inclinó a besarla en la cara para despedirse, y como al descuido, deslizó la boca y le rozó los labios en un intento de profundizar el beso. Marta se apartó rápidamente y lo miró con ojos duros y fríos.

—Te has pasado; te dejé muy claro que no.

—Tenía que intentarlo, preciosa. Me gustas mucho, y si como bien has dicho antes esta va a ser nuestra última cita... no puedes reprocharme que haya intentado terminarla con un broche de oro. No te enfades conmigo, Marta.

—Buenas noches, Arturo —dijo áspera.

Y dándose media vuelta entró en el coche que él se apresuró a abrir para ella. Por un momento su mirada se fijó en el gemelo que había quedado al descubierto y sintió que la bilis le subía a la garganta.

Arrancó con brusquedad y se dirigió a su casa con un regusto amargo en la boca. No tendría que haber ido.

Al llegar se encontró a sus padres sentados en el sofá viendo una película y tomando una de las infusiones de Inma.

—¿Ya de vuelta?

—Sí. Se trataba solo de una cena —dijo escueta.

Inma, con ese sexto sentido que tienen las madres, hizo un gesto a Raúl para que saliera de la habitación.

—Voy a preparar algo de picar, hoy me he quedado con hambre —dijo este dirigiéndose a la cocina.

Una vez hubo salido Inma señaló su hija un sitio en el sofá, en el que esta se dejó caer.

—¿Algo no ha ido bien? —preguntó

Marta se encogió de hombros.

—¿Qué ha pasado?

—Ha intentado besarme.

—No irás a decirme que no te lo esperabas.

—Un poco sí; no debería haber ido. Pero estoy tan enfadada con Sergio...

—No permitas que tu enfado te lleve a hacer algo que no quieres.

—No puedo evitarlo... Hace casi un mes que se fue y ni siquiera he recibido un mensaje o una llamada. Tampoco responde a las mías. Puedo entender que se marchara enfadado, pero en todo este tiempo ya debería habérsele pasado. No ha sido algo tan importante y Sergio no es rencoroso. Paso del enfado a la preocupación y no puedo evitar preguntarme a veces si es que quiere cortar conmigo y está utilizando esto para hacerlo.

—No creo Marta, si Sergio quisiera cortar contigo te lo diría sin usar subterfugios.

—¿Y entonces por qué no me llama? Nunca estoy más de unos pocos días sin noticias tuyas, y si va a estar sin cobertura más tiempo, siempre me avisa.

Marta enterró la cara entre las manos y luchó por contener las lágrimas. No sabía qué pensar. El intento de Arturo y lo que había descubierto había resquebrajado la fortaleza que normalmente la mantenía en pie desde que Sergio se marchara.

—Seguro que hay una buena razón, ya verás como luego te reirás de tus temores —dijo Inma acariciándole el brazo.

—Eso espero —respondió levantando la cabeza y sacudiéndose los negros pensamientos.

—Anda, tomate un cubatita con nosotros y haz feliz a tu padre. Hoy no le apetece mucho la infusión, lo intuyo.

—Vale.

Raúl regresó con una bandeja de frutos secos y a petición de Inma sirvió unas bebidas. No dijo nada de los ojos enrojecidos de su hija, pero pensó que si el mal nacido de Arturo Casal era el culpable de esas lágrimas se las iba a ver con él. Indagó en los ojos de Inma, pero esta negó ligeramente con la cabeza tranquilizándole, y se relajó.

Intuyendo que Marta necesitaba algo fuerte, le cargó la copa más de lo habitual, y se sentó con ellas en el sofá para disfrutar de una velada familiar.

Pero Marta no quería ver la televisión, sino hablar de algo de lo que se había percatado mientras regresaba a casa y que la había sacudido de pies a cabeza. Y para ello, nadie mejor que sus padres. Ellos entenderían como se sentía.

—Gracias por la copa, papá. Esta noche me hace falta. Ha pasado algo con Arturo

de lo que necesito hablar...

Inmediatamente Inma se puso alerta y Raúl ofreció:

—¿Me vuelvo a ir?

—No, no... quiero que tú lo escuches también.

—¿Ha habido algo más que un intento de beso? —preguntó Inma.

Raúl la miró ceñudo.

—Lo capo.

—No, papá, no tiene que ver con eso, sino con el juicio.

Le dio un largo sorbo al vaso.

—Ahora al despedirnos he descubierto que he defendido a un culpable. Sergio siempre tuvo sus dudas, pero yo creí en su inocencia todo el tiempo... Me siento fatal. Usada, manipulada... engañada

—Vamos a ver, Marta... —dijo su madre— somos abogados y nuestra obligación es defender tanto a inocentes como a culpables.

—Ya lo sé, pero yo lo he hecho por encima de lo que se espera de un abogado... hasta el punto de que no sé si habré destruido para siempre mi relación con Sergio. Creía en él ciegamente... estaba convencida de su inocencia... y el muy cabrón me ha estado mintiendo todo el tiempo.

—¿Estás segura de que es culpable?

—Sí, mamá, muy segura. En el juicio se ha mencionado varias veces la descripción de los objetos robados, entre ellos unos gemelos antiguos, de bastante valor y muy originales. Arturo los llevaba puestos hoy.

—¿No le has preguntado?

—No... seguramente me mentiría otra vez... Me he tragado todos sus embustes como una idiota. A lo mejor Sergio tenía razón y me hubiera dado cuenta de su culpabilidad y de sus mentiras si no hubiera sido atractivo y encantador.

—¿Si te hubieras dado cuenta habría cambiado eso tu defensa? ¿Te habrías relajado?

—Claro que no... pero habría sabido a qué atenerme. Y por supuesto no habría relegado tanto a Sergio.

—Según tengo entendido, tu enfado con él se debe no solo a sus celos sino a que no ha respetado tu trabajo, y eso no cambia porque Arturo Casal sea inocente o culpable ¿no?

—No, no cambia.

—Entonces no debes sentirte mal. Has cumplido con tu obligación para con tu cliente.

—¿Así de fácil?

—Yo no he dicho que sea fácil, nena —continuó Inma—, pero todos los abogados nos encontramos con casos así a lo largo de nuestra vida. A ti te ha tocado uno de robo, lo que es un alivio. Yo hace años, estando en el turno de oficio, tuve que defender a un hombre que había violado a una niña de 8 años. Sabíamos que era culpable, lo constataba el ADN y también la identificación de la niña, era un vecino... Tú tenías en aquel tiempo más o menos esa edad y cada vez que se exponían los hechos era a ti a quien veía... y sentía ganas de descuartizar a aquel tipo con mis propias manos. Y sin embargo tuve que defenderle... y lo hice lo mejor que supe, sin permitir que mis sentimientos interfirieran en mi trabajo.

—¿Pudiste?

—Tuve que poder... Y si piensas que no eres capaz de hacer algo así, será mejor que te dediques a otra cosa.

—No, claro que puedo... es solo que...

—Probablemente si el caso no te hubiera costado un enfado con Sergio no te sentirías tan mal.

—Probablemente. Anda, papi, ponme otra copa... hoy la necesito.

Él hizo lo que le pedía y sentándose de nuevo junto a su hija, le comento:

—Todos somos humanos Marta, a veces nos dejamos cegar por las apariencias... y cometemos errores. A mí me ocurrió lo contrario que a ti, en uno de mis primeros casos como juez. El acusado se enfrentaba a cargos por tráfico de coca a pequeña escala, un camello de barrio, vamos. Era arrogante y maleducado, un gilipollas integral que se pasó todo el juicio insultando al tribunal y tuve que amonestarlo varias veces por desacato. Le condené a cuatro años de cárcel, y ciertamente era culpable de desacato, pero no de tráfico de drogas. Cuando se probó que era inocente llevaba siete

meses en la cárcel... y nunca me he recuperado del todo de la sensación de haber hecho perder a un hombre siete meses de su vida. Aparte de lo que pudo haber tenido que pasar en la prisión. Fui a verle, y me disculpé... me escupió a la cara con toda la razón del mundo. Así que, Marta, ser abogado o juez no es ningún chollo... y todos cargamos con nuestros fantasmas.

Marta miró alternativamente a sus padres y susurró:

—Gracias por decirme esto... hace que me sienta mejor.

—De nada, cariño. Bienvenida al mundo del Derecho.

—Creo que me voy a ir a la cama... los cubatas están haciendo efecto. Buenas noches.

—Hasta mañana, cielo.

Raúl siguió a su hija con la vista mientras se perdía camino de su habitación, y sacudió pesaroso la cabeza.

—No podemos protegerla siempre, papi... —dijo Inma adivinándole el pensamiento.

—Lo sé... lo sé.

Capítulo 12

Desaparecido

Marta levantó la cabeza de la almohada al sentir los leves golpes en la puerta de su habitación. Se había acostado temprano para leer y distraer la mente de la incertidumbre que sentía sobre Sergio y se había quedado dormida casi de inmediato con el libro caído sobre el pecho. Las noches de insomnio se sucedían una tras otra, incapaz de comprender la actitud empechinada de él y su móvil siempre apagado la llevaban a veces al enfado y otras a la inquietud. Los golpes la sobresaltaron.

—Pasa —dijo aún adormilada.

Inma entró en la estancia, y solo ver su cara demudada a Marta se le disipó el sueño y se le paralizó el corazón. Llevaba el teléfono inalámbrico en la mano y se lo tendió diciendo:

—Es Susana.

El corazón le empezó a latir a mil por hora, se sentó de golpe en la cama y con mano temblorosa lo agarró y se lo llevó al oído.

—Dime, Susana. ¿Qué ocurre?

—Cariño... iré al grano —dijo esta con voz grave y muy tensa, como a punto de romperse—. El barco de Sergio ha desaparecido.

Marta respiró hondo y preguntó con un hilo de voz.

—¿Qué quiere decir que ha desaparecido?

—Dejaron de tener contacto por radio con él hace días. Estaba en el Índico, cerca de las costas de Somalia, y de repente desapareció de los radares y no han vuelto a tener ninguna noticia, ni señal.

—¿Se trata de un secuestro?

—No lo saben. Pudo haber naufragado, aunque no consta ninguna llamada de socorro ni por avería ni por mal tiempo. El apresamiento es la primera opción que barajan pero tampoco se ha recibido ninguna petición de rescate. Es como si se lo

hubiera tragado la tierra. Al menos eso es lo que nos han dicho. Fran está moviendo algunos hilos y tirando de contactos para ver si nos cuentan algo más.

—Esperemos que sí. Voy para allá, necesito estar con vosotros en este momento.

—Y nosotros contigo.

Apretó el botón de colgar y se quedó mirando el pequeño aparato sin verlo realmente. Una fuerte presión en el pecho hacía que le costara respirar. Por su cabeza desfilaron los escasos buenos momentos vividos en la última estancia de Sergio en Sevilla y la idea de que podría no volver a verle más se coló terrible y desesperada en su mente.

—No lo pienses, nena. Sergio regresará a casa sano y salvo, estoy segura.

Marta clavó sus ojos azules en los de su madre, llenos de dolor y remordimiento.

—Le dejé irse sin darle un abrazo, me envolví en mi orgullo y tardé demasiado en ir al puerto, no llegué a tiempo... y ya no sé si podré volver a abrazarle. Si no regresa, nunca me lo perdonaré, mamá. Nunca —dijo con desesperación.

Inma sabía que Marta tenía razón. La conocía lo suficiente para comprender que sería así, que su hija arrastraría eso hasta el fin de sus días.

—Volverá.

Marta asintió, se levantó de la cama con la angustia oprimiéndole el corazón y la garganta, pero incapaz de llorar.

—Me voy a Espartinas, necesito estar con ellos.

—Todos nos vamos a Espartinas, cariño. Tu padre también está haciendo llamadas y pidiendo información, dale unos minutos y nos marchamos.

Una hora más tarde entraban al salón de la casa de los Figueroa. Susana les recibió con la cara pálida pero serena; Miriam estaba hecha un mar de lágrimas, sentada en el sofá con el brazo de Ángel rodeándole los hombros, Fran hablaba por teléfono con Javier y Hugo paseaba su impaciencia a grandes zancadas por toda la habitación.

Marta se abrazó a Susana y pudo sentir el temblor de esta tratando de mantener la serenidad y el control. Ella era el pilar de la familia y si se desmoronaba, se desmoronarían todos.

Por unos instantes ambas mujeres permanecieron abrazadas, tratando de sostenerse una a la otra, de transmitirse esperanzas y consuelo. Después, se miraron a los ojos y

se entendieron a la perfección. La voz de Inma las sacó de su abstracción.

—¿Se sabe algo más?

—No.

—Voy a ir —dijo Hugo.

—¿Ir a dónde? —le preguntó su madre, volviéndose hacia él.

—A donde sea. A la zona donde desapareció el barco.

—No se sabe exactamente dónde desapareció ni que ocurrió. No puedes hacer nada Hugo, solo tenerme a mí con el alma en vilo por dos hijos en vez de por uno. Desde aquí, presionando a las autoridades podemos hacer más que allí.

—Pero es que no puedo estar sin hacer nada.

—¿Quieres hacer algo? Prepara café, va a ser una noche larga.

—No entiendo cómo puedes estar así, tan...

—¿Tan qué, Hugo? Llevé a tu hermano y a todos vosotros dentro de mí nueve meses y un simple arañazo que os hagáis me duele infinitamente más que si yo tuviera algo grave. Pero ahora mismo lo único que podemos hacer por Sergio es mantener la calma y la mente fría, sin importar lo que sintamos por dentro. Ya es suficiente con que tú estés histérico.

Inma se acercó a Hugo y lo agarró del brazo.

—Vamos a preparar ese café. Y dos litros de tila para ti.

Marta se sentó junto a Miriam, esta le cogió la mano y no hizo falta nada más. Se conocían lo suficiente para saber exactamente qué estaba sintiendo la otra. Y al fin, contagiada por su amiga pudo dejar escapar unas lágrimas que aliviaran su angustia, aunque no su pesar ni sus remordimientos. Esos los llevaría consigo lo que le restaba de vida, apareciera Sergio o no. Sintiendo las lágrimas correr por sus mejillas ya sin control, se prometió a si misma que nunca volvería a dejar irse a Sergio estando enfadados.

Inconscientemente se llevó la mano a la pulsera y recorrió cada una de las conchas que colgaban de ella. Las conocía todas, sabía en qué momento de su relación habían sido añadidas. Tocó también el espacio vacío que aún quedaba, esperando llenarse con nuevas experiencias y momentos, y deseó más que nada en el mundo poder hacerlo.

«Vuelve —suplicó mentalmente tratando de enviarle un mensaje estuviera donde estuviera—. Vuelve a mí y no habrá nada ni nadie que pueda separarnos».

Fran colgó el teléfono, y Raúl se acercó a él y le dio un fuerte abrazo.

—Javier quiere venir para estar con nosotros. He conseguido que espere un poco hasta ver si tenemos más noticias.

Acamparon en el salón, cada uno acomodado en un sillón o un rincón del sofá. Susana e Inma prepararon un tentempié que apenas probaron y la madrugada se cernió sobre sus ánimos devastados. Ángel se marchó a su casa. Merche que estaba en Ayamonte, llamaba cada poco rato y la espera angustiosa hizo la noche interminable sin que hubieran tenido ninguna noticia más. El alba les sorprendió dando cabezadas, entumecidos y agotados y el sonido del móvil de Raúl les hizo dar un brinco.

—¿Sí? Dime.

El tono grave de su voz hizo a todos aguzar el oído con el corazón desbocado y una punzada de alarma.

Raúl escuchó en silencio durante un rato y al final cortó la llamada. Todos habían tenido la vista clavada en él, en cada expresión de su rostro y cada inflexión de su voz.

—Era el secretario del ministro del exterior, me debía un favor y ha estado haciendo preguntas. El barco ha sido apresado, acaban de informarles. No se sabe nada de los tripulantes, pero al menos sabemos que no han naufragado.

—Algo es algo.

—El gobierno está haciendo gestiones y mi amigo nos mantendrá informados de cualquier noticia por pequeña que sea.

—Voy a llamar a Javi —se apresuró Susana a coger el teléfono

—Y yo a la tía Merche —replicó Hugo, necesitado de hacer algo.

Terminadas las conversaciones telefónicas, Susana se volvió a su familia.

—Y ahora, todo el mundo a sus ocupaciones.

—¿Cómo? ¿Pretendes que nos vayamos a trabajar como si tal cosa? —preguntó Hugo incrédulo—. ¿Tú puedes hacerlo?

—Yo voy a hacerlo, igual que tú. Seamos realistas, Hugo... esto puede alargarse mucho, y no podemos permanecer aquí sentados inactivos y mirándonos los unos a

los otros durante días... si no meses.

—Tu madre tiene razón —dijo Raúl—. Si están secuestrados las negociaciones para liberarlos pueden durar mucho... días o incluso meses, como bien ha dicho. El Gobierno no entiende de familias angustiadas ni impacientes, y el mejor modo de pasar el tiempo es mantenernos ocupados. Por fortuna existen los teléfonos móviles, que nos mantienen conectados en todo momento, y os prometo que en cuanto sepa algo, inmediatamente lo sabréis todos.

—De acuerdo —admitió—. Iré a casa a darme una ducha y luego al bar. Imagino que Inés habrá abierto ya.

—Desayunemos primero, tenemos que comer algo aunque no nos apetezca —dijo Fran—. Y por favor os pido que luego os marchéis, antes de que llegue Manoli. Esto va a ser un duro golpe también para ella y está mayor; no le quisimos decir nada anoche porque se hubiera venido inmediatamente, pero no podemos ocultárselo. Susana y yo se lo diremos con tacto, minimizando el peligro, pero si os ve a todos aquí se dará cuenta de la gravedad de la situación.

—Claro.

Media hora después, todos abandonaban la casa con la sensación de haber pasado la peor noche de su vida.

Cuando Susana cerró la puerta y se volvió, encontró la mirada de Fran clavada en ella, ahondando en el fondo de su alma.

—Tienes exactamente cuarenta minutos hasta que llegue Manoli —le dijo.

—¿Cuarenta minutos para qué?

—Para derrumbarte. Para llorar y desahogarte.

Ella sacudió la cabeza.

—No voy a derrumbarme, Fran. Tengo que ser fuerte y mantenerme firme... no puedo venirme abajo.

—Eres fuerte, claro que lo eres. Llevas aguantando el tipo toda la noche a fuerza de ovarios, pero sé que necesitas sacarlo fuera, lo mismo que yo. Ahora estamos solos, es el momento.

Le abrió los brazos y Susana se refugió en ellos. Se abrazó a él y fue lo que necesitaban para que las lágrimas y la angustia aflorasen. Lloraron juntos, aferrados el uno al otro, por ese hijo al que no sabían si volverían a ver. No se ofrecieron palabras

de consuelo, ni seguridades de que todo iba a salir bien, solo dejaron que las lágrimas corrieran a raudales y los sollozos escaparan de sus pechos angustiados. Lloraron hasta que el pecho les dolió, y luego sin decir palabra se separaron, se lavaron la cara para tratar de borrar las huellas del llanto y esperaron a Manoli para comunicarle de la manera más suave posible la mala noticia.

Si la noche había sido espantosa para Marta, el día no lo fue menos. Inma le había insistido para que se fuera a casa y se echara un rato, pero ella necesitaba actividad, no quería estar sola ni inactiva. Susana tenía razón, intentar centrarse en el trabajo y las actividades cotidianas era la clave para mantenerse lúcida.

Después de una reconfortante ducha caliente, se fue al despacho. Apenas llevaría allí un par de horas, le sonó el móvil. La foto de Javier la miraba desde la pantalla. Respiró hondo y respondió.

—Hola, Javi.

El antiguo diminutivo familiar le salió solo, aunque ya hacía tiempo que había dejado de usarlo.

—¿Cómo estás? —preguntó con su voz serena y melodiosa.

—Bien... yo... bien.

—Bueno, ya lo has intentado... ahora dime la verdad.

Marta suspiró. ¿Cómo había pensado que podía engañarle?

—Destrozada.

—Eso está mejor. No te he llamado desde miles de kilómetros para que me digas lo que a todo el mundo. Desahógate conmigo, como has hecho siempre.

Marta sintió que las lágrimas empezaban a fluir de nuevo y se deslizaban incontenibles por su cara. Deseó que Javier estuviera allí, abrazarle y ocultar la cara en su hombro como había hecho incontables veces y dejar que la consolara, que le dijera que todo iba a salir bien. Hacía ya años, desde que empezó a salir con Sergio que no se permitía un gesto cariñoso con Javier, más que un escueto beso en la mejilla cuando él llegaba o al despedirse. Pero si le tuviera allí en aquel momento se dejaría abrazar y acunar en los brazos del amigo sin importarle nada más, y compartiría con él su dolor.

—Me estoy muriendo de angustia y de preocupación, Javi... porque además Sergio y yo no estábamos bien cuando se marchó.

—¿Qué quiere decir que no estabais bien?

—Hacía más de una semana que ni nos veíamos ni nos hablábamos. Se fue sin que nos despidiéramos, muy enfadado. Y yo también lo estaba.

—Vaya... eso me cuesta creerlo.

—Y a mí... ¿cómo pude permitir que nos alejáramos de esa forma? Toda una semana sin verle ni hablarle... ni siquiera iba a ir a despedirle. Al final me decidí a hacerlo, pero salí demasiado tarde; fui al puerto pero el barco ya se había marchado cuando llegué. Ni siquiera llegó a saber que había ido. Si le pasa algo... si no vuelvo a verlo... ¿Cómo voy a soportarlo? Sergio lo es todo para mí... por mucho que en esta ocasión lo haya relegado por mi trabajo. Es por eso que nos enfadamos... por eso y porque él estaba celoso de mi cliente...

—¿Tenía motivos? Mi hermano no es celoso.

—No los tenía, al menos no por mi parte. Puede que Arturo se sintiera algo atraído por mí, pero yo no... para mí no hay más hombre que tu hermano. Nunca lo ha habido y nunca lo habrá.

De pronto Marta fue consciente de cómo le estaba hablando.

—Lo siento... no he debido decirte eso. A ti no...

—¿Por qué no? Si es algo que he sabido siempre.

—Pero yo... no quiero hacerte daño... me he dejado llevar por el dolor.

—Ahora mismo, pequeña, el mayor daño que siento es el saber que mi hermano está apresado por unos desaprensivos y que corre peligro. Y el de que mi mejor amiga está sufriendo por ello, al igual que mis padres y el resto de mi familia. Y yo me siento muy lejos y muy solo al no poder compartir este dolor y esta inquietud con todos vosotros.

—Lo siento... de verdad que siento mucho que estés allí, solo.

—No lo sientas, Marta... tú no tienes la culpa.

—Claro que la tengo. Pensabas quedarte y te volviste a marchar.

—Es cierto que me volví porque Sergio y tú empezasteis a estar juntos, en aquel momento necesitaba poner distancia, pero no es eso lo que me retiene aquí. Hubiera vuelto al terminar la carrera si no me hubiera atrapado mi trabajo. Me apasiona lo que hago, la posibilidad de poner mi granito de arena en esta lucha sin cuartel que la

humanidad tiene contra el cáncer. Eso es lo que me retiene aquí, y no otra cosa, Marta.

—¿De verdad?

—De verdad. La sola idea de conseguir un avance compensa el estar lejos de todos vosotros... casi siempre. No en momentos como este.

—Lo sé.

—Pero quiero que sepas que, aunque a muchos miles de kilómetros, yo sigo estando aquí, Marta. Para desahogarte, para llorar, y también para reír.

—Gracias, gracias amigo mío. ¿Y tú como llevas lo de Sergio? Joder, estamos aquí hablando de mí y es tu hermano quien está apresado.

—Estoy fatal, no te voy a mentir. La noche ha sido una auténtica pesadilla desde que me llamó mi padre para decírmelo. Ya hace casi un año que no le veo... Quería coger el primer avión y marcharme a España para estar con vosotros, pero él tiene razón, no hay nada que pueda hacer, salvo esperar.

—Te tendremos informado, no te preocupes.

—De todo, por favor... bueno o malo, no me ocultéis nada.

—Te lo prometo, Javi.

—Gracias.

—No, gracias a ti por llamarme. Me ha hecho mucho bien hablar contigo. Siempre has sabido cómo hacerme sentir mejor.

—Lo sé. Y ahora te tengo que dejar... pero no dudes en llamarme cuando me necesites.

—Lo haré. Cuídate.

—Tú también, pequeña. Todo va a salir bien.

Marta colgó y colocando los brazos sobre la mesa de despacho, apoyó la cabeza en ellos y lloró con un llanto desgarrado y a la vez liberador.

Capítulo 13

Apresado

Sergio se acostó como cada noche, agotado física y mentalmente. En el barco se dedicaba a las tareas más pesadas que su cometido exigía, aliviando a sus compañeros, en vez de repartirlas entre todos como solían hacer. Quería llegar a la cama exhausto, para poder dormir unas pocas horas, aunque eso no implicara descansar.

Llevaban ya un par de semanas sin cobertura en el móvil y no sabía si Marta había intentado ponerse en contacto con él o seguía estando tan enfadada que ni siquiera le había llamado, y esa incertidumbre le estaba matando.

Ya en otras ocasiones habían estado sin noticias el uno del otro durante algunas semanas, pero siempre le había advertido con antelación de que entrarían en una zona donde no se podrían comunicar. Era la primera vez que esto sucedía sin que la avisara, y si había intentado contactar con él podría pensar que tenía el móvil apagado a propósito porque seguía enfadado.

Pero no era así, a medida que pasaban los días y aumentaban los kilómetros que los separaban, su enfado se había ido diluyendo y lo veía todo bajo otra perspectiva. Veía lo irrazonable de sus celos y de su comportamiento. Marta tenía razón, ella siempre había respetado su trabajo, que con frecuencia les obligaba no solo a estar separados, sino incomunicados durante semanas, como ocurría ahora.

La echaba de menos y se arrepentía de haberse marchado sin arreglar sus diferencias más que de cualquier cosa que hubiera hecho en su vida, y esos remordimientos se hacían más patentes cuando se metía en la cama; por eso realizaba no solo sus tareas, sino que ayudaba a sus compañeros con la esperanza de caer rendido y no pasar la noche en vela lamentándose y consumiéndose sin saber qué pensaría Marta de él. O si su enfado y su intransigencia la habían llevado a los brazos de Arturo Casal.

Aquella noche no fue una excepción, se quedó dormido apenas apoyó la cabeza en la almohada de la litera. Cayó en un profundo sueño inducido por el cansancio del que despertó con una fuerte sacudida en el hombro; uno de sus compañeros le zarandeaba sin miramientos.

—Despierta, Sergio... —le dijo en voz muy baja—. Algo pasa fuera.

Se sacudió el sueño lo mejor que pudo y saltó de la litera.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé, pero hay ruidos extraños en cubierta.

Antes de que pudiera decir más la puerta del camarote se abrió bruscamente y dos hombres armados con metralletas entraron en él. Uno de ellos habló en un idioma desconocido, pero la forma de encañonarles y los gestos que hacía con la cabeza instándoles a salir, les hizo comprender sin ninguna duda lo que deseaban.

A empujones les hicieron bajar a la bodega, donde se encontraron a algunos de sus compañeros, sentados en el suelo contra la pared y apretujados unos contra otros para darse calor.

—¿Qué ocurre? —preguntó a uno de ellos. La respuesta le llegó del hombre que estaba junto a él que le golpeó en la sien con la culata de la metralleta que llevaba. Un hilillo de sangre se deslizó por su cara a la vez que un ramalazo de dolor estalló en su cabeza.

—Cállate, Sergio, o nos matarán a todos —susurró su compañero de camarote, situado al otro lado.

Con gestos bruscos les registraron y les ataron fuertemente de pies y manos. Después de un empujón les hicieron sentarse en medio de los hombres, que se apretujaron aún más para hacerles un hueco. Los nudos apretados le hacían daño en muñecas y tobillos y el golpe en la sien, que afortunadamente había dejado de sangrar, le hacía palpar la cabeza de dolor.

Cuando la puerta se cerró detrás de los dos asaltantes, el hombre situado junto a él le susurró:

—Han apresado el barco. Son piratas somalíes, y supongo que querrán un rescate.

—¿Piratas? ¿Un rescate? Joder... en pleno siglo veintiuno.

—Es una suposición, porque en caso contrario nos hubieran matado ya a todos.

—Han destruido la radio y el radar para que no puedan localizarnos —dijo otro de los hombres—. Es lo primero que han hecho.

—¿Han herido a alguien?

—No, que yo sepa. Reparten golpes a diestro y siniestro, como han hecho contigo, supongo que para demostrar que van en serio, pero hasta ahora no han pasado de ahí.

—Y espero que no lo hagan —se escuchó más allá—. Mi mujer estaba próxima a dar a luz cuando zarpamos... y yo quiero conocer a mi hijo...

Sergio cerró los ojos tratando de aliviar el dolor y pensó que él quería volver a ver a Marta más que nada en el mundo.

—Si están respetando nuestras vidas es por algo, de modo que quizá tengamos esperanzas de salir de aquí.

—Yo no tengo muchas, esto no ha hecho más que empezar... y para esta gente la vida humana no tiene ningún valor. Si les enfurecemos nos descerrajarán un tiro y tirarán nuestros cuerpos por la borda

—Esperemos que lo tenga, al menos el del rescate que puedan conseguir.

Sergio sabía que era verdad, y lo único que se le ocurría era que no quería morir. No iba a convertirse en un héroe sino en un superviviente, iba a obedecer a sus captores y a velar por su vida para volver a su casa. Y a Marta, el amor de su vida. Si algo le sucedía y no volvían a verse, ella nunca se perdonaría el no haber ido a despedirle al puerto ni el haber permitido que se marchara enfadado. Enfado que en aquel momento se le antojaba tan pueril... Pensó en la cara preciosa de su novia, en sus limpios ojos azules que la última vez que lo miraron fue con enojo y se juró a sí mismo que si salía vivo de aquella aventura nunca iba a volver a marcharse sin arreglar una diferencia por muy pequeña que fuera, y sobre todo sin darle un abrazo. También pensó que tenía que cambiar algo en su vida para que ella no tuviera que pasar sola todos los momentos importantes de la suya. Pensó en el compañero que probablemente fuera padre y no había podido estar junto a su mujer en un momento tan especial, y se dijo que por mucho que amara su profesión por nada del mundo quería perderse el estar junto a Marta el día que diera a luz un hijo de ambos.

En aquel momento, a oscuras, atado, dolorido y terriblemente asustado en lo único en que podía pensar era en Marta. Ella era lo más importante de su vida, lo que bajo ningún concepto quería perder y si la vida le daba una segunda oportunidad se lo iba a demostrar con hechos, y no con palabras.

La puerta se abrió y un nuevo grupo de marineros entraron, tan aturridos y asustados como los demás, sorprendidos en pleno sueño como le había ocurrido a él.

Se hicieron hueco entre los ya existentes en la bodega, obligándoles a apretujarse aún más y formularon las mismas preguntas que minutos antes había hecho Sergio y recibieron las mismas respuestas basadas en suposiciones. Había ya muchos hombres en la bodega, pero no estaban todos. No quiso ni imaginar lo que podía haberles sucedido.

Solo esperaba que los mantuvieran en algún camarote, porque en la habitación ya

no cabía un alfiler, de hecho, mover una pierna resultaba prácticamente imposible y no solo por las ataduras, sino también por la falta de espacio.

—¿Alguien sabe qué quieren? —preguntó una voz que Sergio reconoció como la de uno de los oficiales.

—No. No han hablado con nosotros.

—Y aunque hablaran no les entendemos.

—¿Dinero? ¿Algún favor político?

—Ni idea. Solo sabemos que de alguna forma se han hecho con el barco y nos han encerrado aquí.

En aquel momento se volvió a abrir la puerta de la bodega y el capitán y los pocos tripulantes que faltaban entraron a trompicones. Sergio suspiró aliviado al comprobar que nadie había resultado muerto ni malherido.

Trataron de abrirles hueco en el ya inexistente espacio, lo que complicó aún más la situación y el hacinamiento. Después, oscuridad y silencio.

Con el último grupo de marineros les habían entregado un cubo en el que hacer sus necesidades, lo que les indicó que su cautiverio no iba a resolverse en unas pocas horas.

En los días silenciosos y en tinieblas que pasó en la bodega, a oscuras, donde el tiempo se distorsionaba y se alargaba indefinidamente, sin que un rayo de luz le dijese si era de día o de noche, Sergio solo podía hacer una cosa: pensar. Y el noventa y nueve por ciento de sus pensamientos eran para Marta, porque ella había estado siempre en su vida y en la de su familia, había formado parte de ella mucho antes de que se enamorase, de que dejara de verla como a una compañera de juegos para fijarse en sus pechos incipientes y en su trasero respingón. Antes de que empezara a desearla y a masturbarse por las noches con su imagen en la cabeza. Nunca se había enamorado de nadie más, ni había existido más mujer para él que Marta. Su preciosa rubia que había curado sus rasguños de la infancia con un beso para que dolieran menos. La que durante todo un año interminable había permanecido lejos para intentar enamorarse de alguien y evitar así elegir entre sus tres amigos del alma, pero que al regresar le había escogido a él, haciéndole el hombre más feliz de la tierra.

Y él le había fallado en su último viaje a Sevilla, comportándose como un macho celoso, cosa que no era.

Pensó en ella una vez más, era la única forma de no volverse loco. Inconscientemente se tocó una vez más la concha rota que colgaba de su cuello y

recordó emocionado la primera vez que hicieron el amor. Había sido en la primavera siguiente al verano en que empezaron su relación. En abril, mientras los sevillanos disfrutaban de su famosa Semana Santa, ellos habían aprovechado las vacaciones en la facultad para hacer una pequeña escapada en el barco.

Ambos sabían lo que se escondía detrás de ese viaje, y cuando se lo propuso a Marta, ella le dedicó la sonrisa más radiante que le había ofrecido nunca y dijo simplemente: «Sí».

Él sabía que con ese sí no se refería solo al viaje, sino que también estaba admitiendo que ya era hora de dar el paso definitivo en su relación.

Lo había preparado todo con esmero, quería que fuera especial y perfecto. Le encargó a su abuelo las mejores gambas que se pudieran comprar en Ayamonte, él se ocupó personalmente del cava, de los dulces preferidos de Marta para el postre. Y de buscar por la playa la concha más bonita que pudiera encontrar, digna de la ocasión.

Habían llegado al barco a media tarde, el sol lucía todavía con fuerza en el cálido día primaveral. Él se sentía muy nervioso, inseguro. Quería que todo fuera perfecto, y había cuidado todos los detalles. Lo único que podía fallar era él con su inexperiencia.

Había estado dudando si preguntarle a alguien, pero no tenía amigos íntimos más allá de sus hermanos, los cuales estaban descartados por sus sentimientos hacia Marta. De modo que decidió arriesgarse y dejar que todo fluyera con naturalidad.

En cuanto subieron al barco, puso rumbo a altamar, hacia una zona alejada, donde pretendía echar el ancla. Y luego preparar la mesa para la cena, una cena romántica que daría paso a su primera noche de amor. Pero en cuanto perdieron de vista la línea de la costa, Marta se abrazó a su espalda mientras él manejaba el timón y comenzó a darle pequeños besos en la columna.

—Vas a hacerme perder el rumbo.

—Ah, pero... ¿Vamos a algún sitio concreto?

Él sonrió.

—No.

—Entonces, ya hemos llegado.

—Si quieres...

—Por supuesto que quiero... ¿tú no?

—Yo pretendía hacer un poco de tiempo hasta que se hiciera de noche. Es temprano para cenar.

—Yo no quiero cenar aún... y tampoco esperar a que se haga de noche.

—¿Y qué quieres?

—Lo sabes de sobra... Lo mismo que tú... —añadió juguetona introduciendo la mano por debajo del jersey de él. En aquel momento estuvo de acuerdo en que habían llegado a su destino. Apagó el motor y soltó el ancla, que se deslizó hacia abajo dando estabilidad a la embarcación. Después se volvió hacia ella y la rodeó con los brazos.

La boca de Marta sabía a sal, y la saboreó despacio, tratando de acallar los acelerados latidos de su corazón. En ese instante, todas las dudas y los nervios se evaporaron, iba a dejarse llevar. Esa noche no habría que contenerse, ni marcharse a casa satisfechos solo a medias. Y la inexperiencia se supliría con amor, con pasión y deseo, y la experiencia ya llegaría... la alcanzarían juntos, como todo lo demás.

Cogidos de la mano bajaron hasta el camarote y allí se desnudaron mutuamente entre besos y caricias. Después se tendieron en la estrecha cama. Él había planeado alargar las caricias, jugar durante un rato, pero se sintió incapaz. En el momento en que Marta, tendida en la cama y desnuda alargó los brazos hacia él invitándole a tenderse con una sonrisa, supo que había llegado al límite de su resistencia.

—Ven aquí, marinero... llegó el momento.

Se tendió encima, y ella abrió las piernas para recibirle.

Avanzó despacio, centímetro a centímetro sin dejar de contemplar el rostro de ella, las sensaciones que le producía. Estuvo a punto de detenerse cuando la vio apretar levemente los labios en un gesto de dolor, pero inmediatamente su expresión se relajó y levantó las caderas para salirle al encuentro. Y ya no pudo más. Empujó con fuerza y trató de aguantar, de darle tiempo a ella, pero no lo consiguió y terminó demasiado pronto, en apenas unas cuantas embestidas. No obstante, continuó moviéndose hasta que también ella alcanzó el orgasmo poco después.

—Lo siento... —se disculpó—. Hace tanto que deseaba esto que no he podido aguantar mucho.

Ella le cogió la cara con las manos y la acercó para besarle.

—Es cuestión de práctica... y tenemos todo un fin de semana para practicar.

—Mejoraré... te lo prometo.

—Mejoraremos. Pero por mucha experiencia que cojamos, nunca, ninguna vez será mejor que esta.

—Lo sé, preciosa, lo sé.

Permanecieron abrazados durante un rato en la estrecha cama, contemplando cómo la tarde se volvía noche en el pequeño ojo de buey, incapaces de soltarse, de levantarse ni siquiera para comer. Charlando y besándose hasta que los estómagos empezaron a protestar con un ruido muy poco romántico.

Sergio se levantó y fue a buscar la cena que tomaron en la cama, desnudos y felices.

Había sido un fin de semana maravilloso, apenas se habían movido del lugar donde echaron el ancla, y eso sí, habían practicado mucho. Antes de regresar, Sergio le había ofrecido la concha que tenía guardada, más grande y brillante que las otras y Marta la había roto en dos mitades desiguales. Después le tendió una de ellas.

—Esta es para ti. Quiero que la lleves y cuando estemos separados, te acuerdes de este momento.

Ella la había añadido a su pulsera y él la había hecho engarzar en una cadena de plata que llevaba al cuello. Y durante aquel cautiverio tocarla estaba siendo su único consuelo.

Las horas se sucedían monótonas, la puerta se abría solo dos veces al día para que les entregaran unas exiguas raciones de comida y agua, momento en el que soltaban las ligaduras de los pies uno a uno para que hicieran sus necesidades en el cubo. Algo denigrante que los demás trataban de aliviar mirando respetuosamente a otro punto de la bodega. Después volvían a amarrarles.

Tampoco era fácil comer con las manos atadas, por suerte las ligaduras a la altura de la muñeca les permitían mover los brazos hasta la boca, sujetando con trabajo el trozo de pan y la carne o pescado que lo acompañase. Nunca algo caliente ni guisado, y siempre escaso.

El hambre y la sed empezaron a ser compañeros constantes, aunque el dolor de cabeza fue disminuyendo paulatinamente. Los brazos y piernas le hormigueaban por la inmovilidad y el frío, y la humedad de la bodega se filtraba por la ropa y le calaba los huesos de tal forma que ni la proximidad de los otros hombres conseguía hacerle entrar en calor. Pero lo peor era sin duda la oscuridad y la falta de noticias, no saber si habían informado a sus familiares de la situación en que se encontraban o les creían a salvo y simplemente sin cobertura. Y la suciedad. Nunca en su vida había pasado tanto tiempo sin bañarse, sin lavarse siquiera.

No quería pensar en la angustia que estarían sufriendo los suyos si sabían su situación. Él siempre se había cuidado mucho de no hacer sufrir a su familia, no era como Hugo que siempre estaba inventando diabluras y metiéndose en líos. Había sido un niño y después un adolescente tranquilo y poco rebelde, y solo su pasión por el mar pudo haber generado alguna inquietud en los suyos. Pero eso era algo a lo que Susana estaba habituada como hija de pescador.

No sabía cuántos días llevaban allí cuando uno de los hombres se empezó a sentir mal y a temblar presa de la fiebre. Todos estaban preocupados, si se trataba de algo contagioso el hacinamiento no haría más que propagar la enfermedad entre ellos. Cuando uno de sus carceleros entró como cada día a llevarle la comida, Sergio se aventuró preguntarle:

—¿Hablas nuestro idioma?

El hombre no respondió. Lo intentó en inglés, y tampoco obtuvo respuesta. Pero cuando pasó al alemán, una lengua de la que tenía algunas nociones, respondió afirmativamente.

—Tenemos un problema —continuó en su precario alemán—. Hay un hombre enfermo entre nosotros.

El secuestrador se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir dudó unos segundos y se volvió.

—¿Qué le pasa?

—Tiene fiebre... debe de ser por el frío y la humedad que hay aquí. ¿Hay algún médico entre vosotros?

—No y si tenéis un enfermo mejor no digáis nada... Es preferible que mis compañeros no se enteren.

—¿Por qué?

—Esto es un barco... si hay una enfermedad que se pueda propagar, se limitarán a hacer desaparecer la causa y, de momento, la causa es ese enfermo.

—¿Quiere decir que le matarán?

El hombre no respondió.

—Les traeré algo para la fiebre, pero si no soy yo quien entra, no digan nada.

—Gracias... —dijo Sergio con desánimo.

Cuando la puerta de la bodega se cerró tras él secuestrador, Sergio tradujo a los hombres la conversación que habían mantenido. El abatimiento corrió como la pólvora por los ánimos devastados por el encierro.

Un par de horas más tarde, la puerta volvió a abrirse. Por un momento todos contuvieron el aliento, temerosos de que el hombre hubiera hablado y vinieran por el enfermo, pero se trataba del mismo que había hablado con Sergio. Se acercó y le tendió una caja de pastillas y una manta.

—Esto es para el enfermo, es lo único que he podido conseguir sin llamar la atención. La manta es de mi propia cama.

—Gracias.

—No las des.

—Eres un buen hombre... ¿Qué haces metido en esto?

El secuestrador miró a los marineros y guardó silencio.

—Ninguno de ellos entiende alemán.

—La vida no es fácil a veces, y te obliga a hacer cosas que no te gustan —comentó.

—No hay nada que te pueda obligar a hacer cosas que van en contra de tus convicciones.

—¿Tienes padres enfermos y ancianos? ¿Hijos hambrientos a los que no les puedes dar de comer?

Sergio sacudió la cabeza.

—No.

—Entonces, no me juzgues.

—No, no te estoy juzgando... solo que me cuesta pensar que yo podría hacer algo como esto por muy adversas que fueran mis circunstancias.

—Yo pensaba lo mismo, pero aquí estoy.

—¿Entonces esto lo haces por dinero?

— Por dinero no, por necesidad. Y ahora debo marcharme o todos estaremos en peligro.

—Gracias de nuevo.

El secuestrador salió y Sergio se quedó cavilando sobre lo que le había dicho. ¿Sería él, un hombre de convicciones firmes y fuertes principios, capaz de hacer algo como aquel secuestro si los suyos necesitaran ayuda desesperadamente y no hubiera otro modo de conseguirla? Y se dijo que sí.

El estado del enfermo se estabilizó. Tras un par de días de fiebre empezó a mejorar, pero otros compañeros comenzaron a sufrir los mismos síntomas porque el frío y la humedad de la bodega no podía dejar de pasarles factura: fiebre, estornudos y tos, en mayor o menor grado se hicieron habituales. Sergio se salvó con síntomas leves, normalmente gozaba de buena salud, unas décimas y malestar fue todo lo que debió soportar durante unos días.

El secuestrador fue facilitándoles algunas medicinas para los casos más serios, y poco a poco Sergio empezó a desarrollar un vínculo con el hombre que les estaba ayudando a sobrellevar mejor el cautiverio.

Supo de su familia en un poblado asolado por la guerra, de hambre, enfermedad y de miserias. De la huida en busca de una vida mejor para poder sacar a su familia del lugar donde malvivía y del fracaso en encontrar un trabajo digno que le pudiera proporcionar el dinero necesario para hacer que los suyos se reunieran con él. De la impotencia al ver que los años pasaban y no lo conseguía y al final el encuentro con el grupo de piratas que se dedicaba al asalto de barcos mercantes y su incorporación a ellos como única salida.

Cada vez que entraba a llevarles comida, Sergio y el secuestrador intercambiaban unas cuantas frases. A través de ellas se pudo hacer una idea del infierno particular de aquel hombre.

Conoció de primera mano una forma de vida diferente a la suya, a la existencia acomodada y feliz que siempre había tenido. Por supuesto sabía que existía esa otra forma de vida, de la delgada línea que separa la vida y la muerte para algunas familias, pero nunca había hablado con nadie que la hubiese vivido.

Por él supo también que lo que pedían era simplemente dinero, mucho dinero que la naviera se mostraba reacia a pagar y eso estaba alargando el periodo de encierro. Que se estaban llevando a cabo negociaciones. Ante su pregunta de si les matarían en caso de no conseguir el dinero, el hombre susurró que esperaba no tener que cargar eso sobre su conciencia.

No supo cuánto tiempo duró el encierro, si días o semanas. Mucho, de todas formas. Demasiado. Pero un día, sin previo aviso, la bodega se abrió y no fue el hombre que les llevaba habitualmente la comida quien entró, sino varios hombres

armados que entraron precipitadamente. Por un momento Sergio temió que hubieran descubierto que les estaba ayudando y temió por sus vidas, la del secuestrador y la de todos ellos. Les enfocaron con linternas que les hirieron los ojos y alguien preguntó en español:

—¿Estáis bien? ¿Hay algún herido?

—No, solo hambrientos y sedientos —respondió alguien.

—¿Estamos libres? —preguntó Sergio sin saber si se trataba de la realidad o estaba volviendo a soñar que los liberaban.

—Estáis libres...

El corazón se le expandió por el alivio. Sacaron el cubo donde hacían sus necesidades y que llenaba la bodega de un repugnante olor que les provocaba náuseas constantes y después se acercaron a ellos.

Dos hombres le ayudaron a levantarse agarrándole por los brazos, pero las piernas apenas le respondían y estuvo a punto de caer.

—Despacio...

Casi en volandas le sacaron de la oscura bodega y le subieron a cubierta. La luz intensa le hirió salvajemente los ojos y alguien le ofreció unas gafas de sol que alivió su malestar y se dejó conducir hasta su propio camarote.

—Agua, por favor... —pidió con la boca reseca antes de echarse en la cama. Después de tantos días sentado, la posibilidad de tenderse se le antojaba maravillosa.

Le acercaron un vaso que bebió despacio y a pequeños sorbos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó

—Habéis sido apresados por piratas somalíes.

—Sí, eso lo sabía. Uno de los secuestradores hablaba algo de alemán. Nos dijo que pedían dinero, mucho dinero. ¿Han pagado rescate por nosotros? ¿Nos han liberado voluntariamente?

—Digamos que se ha llegado a un acuerdo... y ha habido una intervención militar... No preguntes más.

—Los secuestradores... ¿Les han detenido?

—Sí.

—¿A todos?

—Sí, a todos.

Sergio sintió una punzada de pesar. Ya la familia de aquel hombre no tendría salvación. No sabía ni su nombre ni de donde procedía, solo que sus vidas se habían cruzado por un breve espacio de tiempo, pero a él le había impactado conocer su historia y sus motivos.

—¿Síndrome de Estocolmo?

—No... bueno sí. Uno de ellos nos echó una mano cuando algunos hombres estuvieron enfermos.

—¿Hay enfermos entre vosotros?

—Un poco de catarro, ya estamos bien. Este secuestrador nos trajo medicinas y una manta a escondidas de sus compañeros. Se jugó la vida por nosotros.

—Os llevaremos al hospital para asegurarnos que estáis bien y como dices solo ha sido un poco de catarro. No podemos arriesgarnos a que llevéis algún tipo de enfermedad hasta España. Y no pienses más en ese hombre, es un delincuente que ha robado y probablemente matado. Habéis tenido suerte, es un grupo muy letal el que os ha retenido. Da gracias a que estáis libres y con vida.

Sergio no quiso preguntar más. Solo quería una ducha, lavarse el pelo, afeitarse la barba crecida que le picaba en la cara... y volver a casa.

—¿Cuánto tiempo hemos estado retenidos? Ahí abajo era difícil diferenciar los días de las noches, todas las horas eran iguales.

—Casi un mes.

—¿Nuestras familias lo saben?

—A los pocos días del apresamiento se les comunicó.

Pensó en la angustia que habrían padecido.

—¿Y esto? ¿Saben que nos habéis liberado?

El soldado sonrió.

—No seas impaciente, hombre, acabamos de hacerlo, pero se les informará lo antes posible. Primero tenemos que averiguar el estado físico en que os encontráis.

—Estamos bien... hambrientos y sedientos, pero bien. No nos han maltratado más que algún que otro golpe el día que nos apresaron.

—Tú tienes sangre seca en la cara.

—Un culatazo, pero nada serio. Dejó de sangrar en seguida, pero no podíamos desperdiciar la poca cantidad de agua que nos daban en lavarnos.

—De todas formas, pasaréis por el hospital a que os hagan un reconocimiento básico. Y luego a casa. Pero en primer lugar una ducha, ¿no?

—Sí, por favor... Mato por una ducha. Aunque no sé si las piernas me aguantarán.

—Seguro que sí, yo te ayudo.

—Gracias.

Se dejó llevar nuevamente hasta las duchas comunes donde varios compañeros ya disfrutaban del agua corriendo sobre sus cuerpos. Se dejó caer contra la pared sintiendo evaporarse en parte el entumecimiento y también la suciedad acumulada en su cuerpo durante tantos días y pensó en su casa. Ese lugar maravilloso al que ansiaba volver. Su casa... y Marta. Volvería a abrazarla, a perderse en sus ojos azules y le diría... nada, no le diría nada... la besaría con toda su alma para que entendiera. Y le daba igual si seguía enfadada, o si su enfado la había llevado a empezar algo con Arturo Casal... Él iba a luchar por ella con uñas y dientes. Por ella y por esa vida en común que solo unos meses antes se le había antojado muy lejana, pero que ahora deseaba intensamente.

Capítulo 14

Buenas noticias

Durante el angustioso mes que duraron las negociaciones llevadas a cabo por el Gobierno para la liberación del barco de Sergio, apenas tuvieron noticias. En algún momento les comunicaron que no había ningún muerto entre los tripulantes, pero nada más. No sabían si había heridos, enfermos ni el estado físico y mental de los marineros. Tampoco si continuaban en el barco o les habían llevado a algún otro lugar, solo que se estaban haciendo negociaciones.

Todos trataban de guardar para sí sus angustias y temores y se movían como zombis realizando sus quehaceres, saltando literalmente ante el sonido de un teléfono o el timbre de la puerta.

Marta no conseguía tragar comida, había perdido varios kilos ante la mirada preocupada de sus padres, pero los alimentos se le hacían una bola en la boca y se sentía incapaz de tragarlos. Vivía pegada al móvil, las noches se le hacían eternas cuando la oscuridad llenaba su insomnio de imágenes terribles de golpes, heridas y posibles calamidades que pudiera estar sufriendo Sergio. Javier la llamaba casi cada día, y las breves charlas telefónicas conseguían animarla por unos minutos. En su mente se había fijado la terrible idea de que a cada día que pasaba, disminuían las esperanzas de que les devolvieran con vida.

Aquella noche, como las anteriores, Inma, Raúl y ella se sentaron ante una mesa llena de comida que apenas tocaría. Otra noche terrible se avecinaba y Marta cada vez se sentía menos capaz de enfrentarse a ellas.

Cuando iban a empezar a cenar, el móvil de Raúl les hizo quedarse paralizados. Este, con calma, se levantó y respondió a la llamada.

—Dime... ¿Se sabe algo más? —preguntó.

Marta alargó la mano y agarrando la de Inma, la apretó con fuerza y contuvo la respiración.

—Estupendo —continuó hablando Raúl—. ¿Están bien? ¿Todos? Gracias Rafael, te debo una, amigo.

Apagó el teléfono y se volvió hacia las dos mujeres que le miraban con la angustia

reflejada en los ojos.

—Les han liberado. Ha intervenido el ejército y han capturado a los secuestradores. Se encuentran bien, algo acatarrados, pero nada serio. Les van a llevar al hospital para un reconocimiento rutinario

Marta se desplomó casi literalmente en brazos de su madre, que la abrazó con fuerza y rompió a llorar a lágrima viva.

—Llama a Espartinas —apremió entre sollozos de alivio.

—Ya estoy marcando, cariño.

Le escuchó hablar con Fran durante un rato, explicar lo mismo que les acababa de decir a ellas. Levantando la cabeza del hombro de Inma le comentó a su padre antes de que colgase.

—Dile que me voy a dormir con ellos.

Inma, viendo el estado de su hija, negó con la cabeza. Marta se sorprendió porque hacía ya muchos años que su madre no le imponía nada.

—Esta noche no, Marta —dijo con firmeza—. Estás muy alterada, no quiero que conduzcas en este estado. Y ellos también deben estar agotados, querrán acostarse y descansar, por primera vez en un mes. Sé que además de la novia de Sergio eres una Figueroa más y quieres compartir con ellos las buenas noticias, pero hazlo mañana, nena. Esta noche durmamos todos. Te voy a preparar una infusión capaz de tumbar a un elefante.

—De acuerdo, mamá. Eres maravillosa.

Inma se fue a la cocina y por el camino se limpió la lágrima de emoción que se había escapado a su férreo control. Al pasar junto a Raúl, todavía al teléfono, este le alargó un *cleenex* en silencio a esa mujer suya que no era tan dura como aparentaba, y cuyo lado más tierno solo él conocía.

El alivio era tan inmenso que Marta tampoco pudo terminar de cenar. Después de calmarse un poco llamó a Javier, deseosa de ser ella quien le diera la noticia.

Sin mirar siquiera la hora para asegurarse de que hubiera salido ya del trabajo, marcó su número. Él respondió al segundo timbrazo, con la inquietud marcada en la voz.

—Hola, Marta.

—Javi... le han liberado... Está bien.

El largo suspiro de Javier hizo patente su alivio a través del teléfono. Y Marta sintió de nuevo las lágrimas correr por su cara.

—Gracias a Dios. ¿Cómo ha sido? ¿Han pagado rescate?

—Ha intervenido el ejército, creo. No sabemos nada más, el amigo de mi padre nos ha llamado para decírnoslo. Supongo que ya nos enteraremos de todo con detalle, pero no podía esperar para decírtelo.

—Entonces no habéis hablado con él.

—No, les han llevado a un hospital para un reconocimiento de rutina, pero nos han asegurado que están bien. Que en unos días les mandarán a casa.

—Dale un abrazo muy fuerte de mi parte, Marta. Me gustaría cogerme unos días para ir a verle, pero si lo hago me tengo que olvidar de las navidades.

—No te preocupes, siempre está el *Skype*.

—Ya... al menos está eso. Aunque no te permite abrazar, ni tocar... al menos te permite ver a la persona por muy lejos que esté.

—Yo daría algo por poder ver a Sergio ahora mismo aunque solo fuera por *Skype*.

—Podrás abrazarle en breve, pequeña.

—Sí... si no sigue enfadado conmigo.

—Estoy seguro de que no, de que él también estará deseando abrazarte.

—Eso espero.

—Y si sigue enfadado, estoy seguro de que tú sabrás hacer que se le pase.

Marta imaginó en un momento todas las cosas que le gustaría hacer con Sergio en cuanto le viera. Se secó las lágrimas de un manotazo y sonrió.

—Sí, seguro que sí.

—Ahora relájate y descansa. Sueña con el reencuentro.

—Mi madre me está preparando una de sus infusiones «especiales». Dormiré como un bebé esta noche.

—Yo también... si mis vecinos me dejan, claro. Tengo una pareja en la casa de al lado que discute casi todas las noches a voz en grito.

—Tómate una infusión tú también.

—Un *whisky* mejor... Y ya libre de la tensión de estos días, espero dormir sin interrupciones.

—Buenas noches, Javi.

—Adiós, Marta, descansa. Yo voy a llamar a mis padres ahora.

Colgó y después se tomó la infusión relajante que Inma la había preparado, aunque no le hizo todo el efecto deseado.

Pero esta vez su vigilia no estaba llena de terrores, sino de imágenes sobre el reencuentro, de ese momento maravilloso en que pudiera correr hacia Sergio y fundirse con él. Atrás, muy atrás, quedaba el enfado, las dudas y los reproches. Solo quería abrazarle, tocarle y sentirle, y le importaba muy poco si él seguía enojado. Ella sabría hacerle entrar en razón a fuerza de besos.

Capítulo 15

El regreso

Sentado en el avión, Sergio miraba por la ventanilla sintiéndose algo mareado, y no por la altitud. Volvía a casa después de la pesadilla del apresamiento, del miedo a no salir vivo, de no volver a ver a los suyos ni a Marta. De morir en un país lejano y solo —él, que tanto apreciaba a la familia—, y sin haber podido decirle a ella cuánto sentía su comportamiento del mes de julio.

Habían pasado dos meses y medio desde que se marchó y le habían parecido los más largos de su vida. Dos meses y medio sin noticias de ella, sin escuchar su voz ni su risa, que era lo que le mantenía vivo durante las travesías.

Estaba seguro de que ella habría intentado ponerse en contacto con él, pero después de un periodo de varias semanas sin cobertura, el barco había sido apresado y les habían quitado los teléfonos móviles y los habían arrojado al mar, según afirmaban algunos compañeros, además de inutilizar el servicio de comunicaciones del barco.

No les habían maltratado físicamente, salvo algún golpe ocasional, pero les mantuvieron encerrados y a oscuras, lo que había supuesto un maltrato psicológico considerable. En el hospital les hicieron un reconocimiento rutinario y les retuvieron un par de días, que le resultaron interminables. No veía el momento de llegar a España, y a casa. Según les comunicaron, el Gobierno no había anunciado a los familiares la llegada a fin de evitar una avalancha mediática, cuanta menos publicidad se diera al caso, mejor, y por eso no sabía qué se iba a encontrar en el aeropuerto cuando aterrizase. Seguramente no habría nadie esperándole, pero no le importaba. Desde el mismo aeropuerto iba a llamar a casa y a deleitarse con la voz de los suyos. En apenas media hora...

El avión aterrizó con diez minutos de retraso, pero por fortuna no llevaba equipaje en la bodega, no tendría que esperar para recoger nada, de modo que se encaminó con paso rápido a la salida cargado con una simple mochila que contenía una muda de ropa y la documentación. Cuando las puertas correderas se abrieron para él, pudo ver en primera fila a su padre, a su madre y a Marta, con la sonrisa más radiante que le había visto nunca. Sintió un nudo en el pecho y lágrimas de emoción le nublaron los ojos mientras avanzaba todo lo rápido que pudo hacia ellos. Marta le salió al encuentro y se abrazó a él con desesperación, apretándose contra su cuerpo como si quisiera meterse dentro de él. No pudo hablar, ninguno de los dos podía embargados

por la emoción. La sintió temblando, y apoyó la cabeza contra la melena rubia, hundiendo la cara en ella, mientras le susurraba con voz entrecortada por el llanto:

—Te quiero, Marta... con toda mi alma.

—Ya lo sé, marinero... no hace falta que lo digas.

—Lamento...

Ella le besó en la boca haciéndolo callar. Y ese beso le dijo todo lo que deseaba saber, todo lo que se había preguntado en los dos meses y medio que llevaban sin verse. Por unos minutos el aeropuerto entero desapareció para ellos, mientras se entregaban con toda el alma a un beso que durante momentos angustiosos ambos habían temido no volverse a dar.

Después, se separaron y fueron sus padres quienes se acercaron a abrazarle. Y esta vez a Fran no le importó que se le escaparan unas lágrimas en público.

—¿Estás bien? —le preguntó Susana mirándole de arriba abajo con ojos de madre.

—Sí, mamá, no nos han hecho daño.

—¿Y esa cicatriz en la sien? —preguntó Marta, que también le analizaba centímetro a centímetro.

—Nada de importancia, un pequeño golpe.

—Estás más delgado.

—Eso sí, mamá, hemos pasado un poco de hambre.

—En cuanto te vea Manoli se pondrá a cocinar a todas horas hasta que repongas el peso perdido.

—Lo conseguirá en poco tiempo, estoy seguro. Me muero por una comida decente.

—¿Estás cansado?

—Un poco, han sido muchas horas de vuelo.

—Hemos reservado habitaciones en un hotel para esta noche, así podrás descansar, y volveremos mañana.

—Estupendo. ¿Cómo habéis sabido que llegaba? Me dijeron que no lo habían comunicado a los familiares.

—Y no lo han hecho, pero mi padre tiene un amigo que nos ha mantenido informados —dijo Marta apretándose contra su costado. Le parecía un sueño tenerle a su lado, sentirle y abrazarle.

—Me alegra saber que no habéis estado todo el tiempo preocupados.

—Acabas de decir una estupidez, Sergio —dijo Susana con su lógica habitual—. Pues claro que hemos estado preocupados. Pero al menos sabíamos cómo estaban las cosas.

Se dirigieron a la parada de taxis y tomaron uno que los llevó hasta el hotel. En la puerta, Susana se despidió.

—Fran y yo queremos hacer un poco de turismo, pero supongo que tú, como estás cansado, desearás irte a la habitación en seguida.

Sergio sonrió agradecido a su madre.

—Sí, mamá. Muy cansado.

—Pues nada, chicos, nos veremos a la hora de la cena, si os apetece bajar. Si no, este hotel tiene un buen servicio de habitaciones.

—Estupendo.

Abrazados subieron a la habitación y una vez en ella se quedaron mirándose uno al otro en silencio.

—¿No piensas abrazarme? —preguntó Marta sonriente.

—En seguida, pero antes déjame contemplarte... hubo momentos en que dudé de poder hacerlo de nuevo.

—No lo menciones siquiera... estás aquí y eso es lo que importa. Que te tengo de nuevo conmigo.

—Te llamé antes de que zarpara el barco para decirte que te quiero. El móvil estaba apagado. —Marta asintió con la cabeza.

—Se quedó sin batería... y yo estaba metida en un atasco camino del puerto. Cuando llegué ya habías zarpado.

—Entonces viniste...

—Sí, pero lo decidí demasiado tarde, no llegué a tiempo.

Esta vez Sergio avanzó los dos pasos que les separaban y la abrazó con fuerza.

—No volverá a pasar, no dudaré de ti...

—Calla, ahora no es momento de eso... ahora solo quiero besarte y hacer el amor hasta que me quede sin fuerzas. Y lo siento por tus padres, pero que no cuenten con nosotros para la cena, porque no te voy a dejar salir de esta habitación hasta mañana para coger el AVE.

—Mi fierecilla... ¿Me dejarás al menos darme una ducha antes? Llevo metido en ese avión muchas horas. Y todavía no consigo sentirme limpio.

—Voy a hacer algo mejor que eso... La habitación tiene una bañera enorme... Voy a bañarte yo.

—Hummm, por mí encantado, pero te aconsejo que te pongas poca ropa porque puedes acabar dentro de la bañera conmigo.

—¿Te parece bien nada de ropa?

—Me parece perfecto.

Marta se perdió en el cuarto de baño y Sergio la escuchó abrir los grifos de la bañera. Se sentó en la cama y respiró hondo. Estaba en casa.

Mientras escuchaba el agua caer, su cuerpo anticipaba las caricias de las manos de ella sobre la piel desnuda, esas manos que había añorado hasta la desesperación durante los meses pasados. Luego ella le llamó.

—Ya está listo el baño del señor... —dijo apareciendo en la puerta del dormitorio sin una sola prenda de ropa encima, tal como le había prometido. Sergio se dijo que no estaba seguro de poder aguantar el baño sin abalanzarse sobre ella. Sintió una acuciante necesidad de acercarse y abrazarla, una necesidad más intensa aún que la de bañarse. Porque desde que salió de aquella bodega donde había pasado todo un mes sin ducharse ni tener ningún tipo de aseo personal, sin quitarse la ropa que tenía puesta cuando le apresaron, no conseguía sentirse limpio. No importaba cuantas veces se duchase o cuánto tiempo permaneciera sumergido en la bañera, la sensación de limpieza le duraba muy poco. El médico que le había atendido en el hospital le había dicho que eso era normal y que iría desapareciendo poco a poco, al igual que el resto de secuelas provocadas por el cautiverio. Y él esperaba que fuera cierto, porque ver a su novia desnuda le excitaba muchísimo, pero se sentía incapaz de abrazarla y hacerle el amor sin bañarse antes.

Despacio se desprendió de su propia ropa, que se había puesto limpia antes de salir para el aeropuerto y se acercó hasta ella. Le tendió la mano y juntos entraron al cuarto

de baño, donde una bañera de agua que humeaba les estaba esperando.

Sergio se hundió en ella y Marta se arrodilló a su lado, y cogiendo uno de los sobres de gel de la canastilla que ponía el hotel al servicio de los clientes, se enjabonó las manos y comenzó a deslizarlas por el cuerpo de él.

Afortunadamente no le encontró ninguna otra señal física del cautiverio, aparte de la pequeña cicatriz de la sien, y una delgadez que antes no tenía. Los músculos marcados por el trabajo constante en el barco se habían reducido y las costillas se le marcaban ligeramente, pero de eso ya se encargaría Manoli en cuanto llegara a casa. Y de la mirada anhelante se encargaría ella.

Deslizó suavemente las manos por el cuerpo que tanto amaba y que tanto había temido no volver a acariciar.

Sergio cerró los ojos y se dejó hacer tratando de ignorar la erección que se hacía más intensa a medida que ella iba deslizando las manos por sus brazos, el torso y las piernas, y cuando al fin los dedos jabonosos se acercaron a su sexo, él lanzó una exclamación ahogada que hizo que Marta sonriera pícara.

—Sospecho que esta parte de tu cuerpo tiene más suciedad que el resto y necesita que la frote más, ¿no es cierto?

—Muy cierto.

Sin pensárselo dos veces entró en la bañera y se sentó a horcajadas sobre los muslos de su novio y empezó a acariciarle como si le estuviera lavando, con las manos suaves por el jabón. Él se agarraba al borde de la bañera conteniendo la respiración hasta que Marta comentó resuelta:

—Creo que ya está lo suficientemente limpio, ¿no te parece?

—Sí... —susurró con voz entrecortada.

Ella levantó el trasero y avanzando un poco se dejó caer sobre él, haciendo que la penetrase en un solo movimiento. Marta se quedó quieta durante unos minutos, le encantaba la sensación de estar así, unidos, y aunque él la apremiaba para que se moviese, no lo hizo.

—Por favor... —suplicó Sergio, cuando ya se le hizo insoportable la inmovilidad.

Y Marta empezó a moverse con exasperante lentitud. Él la dejó hacer, le encantaba cuando tomaba el mando; después de ocho años de relación ella sabía perfectamente qué le gustaba y qué no, se aferró a sus caderas y se limitó a disfrutar de las sensaciones, de la maravillosa vista de sus pechos desnudos ante su cara. Anhelaba

levantarse y besarla, pero no lo hizo, eso llegaría más tarde. Iba a besarla hasta hartarse, hasta saciar la sed de ella que había acumulado en los meses pasados. Tenían toda la tarde y la noche para ello y para disfrutar del tiempo perdido, de las largas charlas en la cama que tanto les gustaban a los dos después de hacer el amor. O entre una vez y otra.

Cuando al fin los dos se desplomaron exhaustos, Sergio alargó los brazos y la rodeó con ellos haciéndola sentarse sobre sus piernas con la espalda apoyada contra su pecho. Abrió de nuevo el grifo del agua caliente para evitar que se enfriase, y apoyando la cabeza contra el pelo rubio y húmedo de Marta, le susurró al oído.

—Te quiero más que a mi vida.

—Lo sé.

—En la bodega solo podía pensar en lo que tú sufrirías si no salía vivo de allí.

—No digas eso —suplicó ella acariciándole la mano—. Estás aquí.

—Pero podía no estar, Marta. He visto la muerte muy de cerca estos días.

—Yo supe todo el tiempo que estabas vivo... lo sentía dentro de mí.

—Quizás porque pensaba en ti continuamente. Y si tenía miedo a la muerte era porque no podría vivir contigo tantas cosas que siempre he soñado.

—Las viviremos, todas y cada una de ellas.

—He estado pensando mucho, he tenido un larguísimo mes para hacerlo... y he decidido que mi tiempo como marino mercante tiene los días contados. Debo encontrar la forma de estar en contacto con el mar, pero sin pasar tanto tiempo lejos de ti.

—Yo no quiero que renuncies a tu profesión por mí, Sergio. Por supuesto que quisiera pasar más tiempo contigo, no te haces una idea de cómo te echo de menos cuando estás embarcado, pero sé lo que sientes por el mar y lo infeliz que serías con un trabajo en tierra.

—Encontraré algo que me permita seguir en contacto con el mar. Pero quiero formar una familia contigo... no ahora, pero pronto. En unos pocos años.

Marta cerró los ojos sintiendo que nada le gustaría más.

—Dime... —continuó él sobre su cuello con voz ronca y emocionada—. ¿Te casarás conmigo?

—Me casaré contigo. El cómo y el cuándo, ya lo decidiremos.

—¿Un par de años?

—Un par de años me parece bien —dijo dándose la vuelta y besándolo en la boca—. Esto se merece una concha bien grande, marinero.

—La tendrás. Cuando llegue el momento tendrás la concha más grande y más bonita que pueda encontrar, para que cuelgue de tu pulsera en un lugar destacado.

—Y ahora, el agua se está enfriando. ¿Qué te parece si nos secamos y nos metemos en la cama?

—Me parece genial.

Susana y Fran recorrieron Madrid cogidos de la mano como siempre iban a todas partes. Como cuando tenían *veintipocos* años y paseaban su amor por el rectorado. Ya habían estado en la capital en otras ocasiones, pero aquel día era especial. Sergio había regresado a casa sano y salvo y Marta y él se habían reconciliado, cosa que nunca pusieron en duda ninguno de los dos. El de los chicos era un amor como el suyo, firme y duradero, incombustible al tiempo y a la distancia, y por muchas discusiones que pudieran tener, eso no iba a mermarlo.

El abrazo que se habían dado en el aeropuerto les hizo recordar a ambos el que se dieron ellos cuando se reencontraron en el bufete Figueroa después de tres años de separación, muchos años atrás.

Caminaban felices por las calles, disfrutando de una paz que les había sido arrebatada durante un mes, cuando de pronto Fran comentó:

—Los chicos no van a bajar a cenar ¿verdad?

Susana sonrió.

—No creo. ¿Tú bajarías si estuvieras en su lugar?

—No. Te secuestraría y te ataría al cabecero de la cama, y no te dejaría salir de allí hasta media hora antes de coger el AVE —dijo con una risita. Y añadió—: Creo que se me está antojado eso...

—¿Atarme al cabecero?

—Hablabas en sentido figurado, pero lo de no dejarte salir de la habitación hasta mañana sí lo decía en serio. Los chicos están bien y a lo suyo, y nosotros podemos dejar de ser padres por un rato... o por toda la tarde y la noche...

Susana miró a su marido y le vio en los ojos ese brillo de las proposiciones indecentes, como él solía llamarlas.

—¿Te estás tirando un farol, Figueroa, o me estás diciendo que a tus años puedes tenerme en danza toda una tarde y una noche?

—¿Quieres comprobarlo?

—Por supuesto.

Fran levantó la mano y detuvo un taxi que pasaba. Le dio al conductor la dirección del hotel y ambos se acomodaron en el asiento trasero. La mano de él se deslizó por la pierna de Susana acariciándole el muslo y la de ella rodeó la espalda de Fran y se coló juguetona por debajo de la camisa, los rostros imperturbables mientras las manos jugaban. El taxista solo veía por el retrovisor a una pareja de mediana edad seria y comedida.

Cuando llegaron al hotel y se metieron en el ascensor, Fran le rodeó la cintura con el brazo y así recorrieron la distancia que les separaba de la habitación. Los huéspedes con que se encontraban fruncían ligeramente el ceño al verles, y Susana comentó divertida:

—Piensan que somos un lío.

—Sí, seguramente.

Ya cerca de la puerta, se cruzaron con una pareja entrada en años que miró el brazo de Fran como si fuera algo pecaminoso, y él no pudo evitar decir en un tono lo suficientemente alto como para que le oyeran.

—¿Estás segura de que tu marido no te va a echar de menos esta noche?

—Completamente segura. Mi marido va a estar muy ocupado hasta mañana.

Abrieron la puerta de la habitación y ante la mirada de reprobación de la pareja, que se había detenido descaradamente a observarles, Susana cogió el cartel de «No molesten» y lo colgó del picaporte. También la puerta de la habitación de Sergio y Marta ostentaba el mismo aviso.

Una vez dentro, y a salvo de miradas indiscretas, Fran se volvió hacia Susana dispuesto a demostrarle algo que ella ya sabía. Que todavía podía dejarla satisfecha en la cama de mil maneras distintas, y que la seguía deseando como aquel primer día en El Bosque. Y que cuando ya las fuerzas o los años no le permitieran determinados aspectos de la vida sexual, momento para el cual aún faltaba mucho, mucho tiempo, él seguiría encontrando la forma de hacerle el amor a su mujer. A esa mujer que había

formado parte de su vida desde siempre, y sin cuya existencia no concebía la propia. A esa mujer que sabía ser madre abnegada y amante juguetona y a la que él adoraba y adoraría mientras le quedara un soplo de vida.

A la mañana siguiente, el móvil de Susana vibró con un mensaje. Ya no estaba dormida, hacía rato que se había despertado, pero siguió acurrucada contra Fran en ese hueco familiar que él tenía en su costado y con la pierna rodeando las de él. Pocas veces tenía ocasión de permanecer así, sin prisas y disfrutando de su piel y del calor de su cuerpo.

Perezosamente, alargó la mano y miró el mensaje. Fran también se había despertado y la interrogaba con la mirada.

—Es de Sergio. Me pregunta si nos vemos en el comedor para desayunar juntos.

—Dile que sí, que nos encontramos abajo en media hora.

Susana respondió y nada más colocar el teléfono en la mesilla, sintió los brazos de él rodeándole la cintura desde atrás y su boca justo bajo la oreja.

—¿Usted cree, señora, que su marido le pedirá cuentas sobre esta noche?

—Eso seguro... y yo las pagare gustosa... porque me temo que no estoy nada arrepentida y que la experiencia se volverá a repetir... soy débil en lo que a mi amante se refiere.

Él apretó los labios sobre el cuello y ella se estremeció con el escalofrío que siempre le provocaba cuando lo hacía. Por fortuna había sido precavida y había metido en el equipaje un foulard que debería ponerse para desayunar.

Media hora después, tras una reconfortante ducha, bajaron al comedor en la puerta del cual ya les esperaban Sergio y Marta con aspecto de haber dormido menos aún que ellos.

—Buenos días —saludaron.

Entraron al comedor y Susana comprobó divertida que los chicos se servían del bufé enormes cantidades de comida, como si estuvieran muy hambrientos.

—Veo que te has tomado muy en serio lo de recuperar los kilos perdidos —bromeó.

—Tengo mucha hambre. Lamento no haber bajado anoche para acompañaros en la cena —se disculpó—. Estaba realmente cansado.

—No te preocupes —dijo Fran guiñándole un ojo con aire pícaro—. Nosotros tampoco bajamos, también estábamos agotados después de nuestro recorrido turístico por Madrid. Y el servicio de habitaciones de este hotel es magnífico.

Marta miró a Susana, que contemplaba a su marido con mirada ligeramente socarrona y un brillo intenso en la mirada, y supo que no era precisamente el recorrido turístico el que había provocado el cansancio que se adivinaba en su rostro. Los ojos de su suegra brillaban tanto como los suyos. Y si también habían pasado de la cena, como les había sucedido a Sergio y a ella, estarían igual de hambrientos.

Desayunaron con apetito y emprendieron el regreso a Sevilla. Nada más sentarse en sus respectivos asientos del AVE, los cuatro cayeron en un profundo y reparador sueño.

Cuando Sergio despertó, el tren estaba a punto de entrar en la estación de Santa Justa. Se volvió hacia Marta que continuaba dormida sobre su hombro y después de besarla en el pelo la sacudió suavemente.

—Ya estamos en casa, cariño.

Ella abrió los ojos y le sonrió.

—¿Por cuánto tiempo esta vez? Ayer estaba tan feliz que ni siquiera te pregunté de cuántos días de permiso dispones.

—De todo un mes. Hay que hacer algunas reparaciones, los secuestradores destrozaron el sistema de radio y todos los dispositivos de localización. La naviera nos concede un permiso de treinta fantásticos días para que nos repongamos e incluso ha puesto un psicólogo a nuestra disposición.

—¿Lo vas a necesitar?

Él sonrió.

—No lo creo, sobre todo si tú te aplicas en la tarea de hacerme olvidar las calamidades.

—Pondré todo mi empeño en ello. Esa vez no habrá clientes que se interpongan entre nosotros.

—¿Entonces el caso de Arturo Casal ya está cerrado?

—Sí.

—¿Y fuera de nuestras vidas?

—Definitivamente.

—Bien, entonces, ¿eres toda mía de nuevo?

—Nunca he dejado de serlo, marinero, aunque tu creyeras que sí.

—Esta vez yo quisiera encargarte un caso.

—¿Tú?

—Sí... me gustaría que defendieras a uno de mis secuestradores. Se portó bien con nosotros, nos hizo un poco más llevadero el encierro y tiene detrás una historia personal... No quisiera que le cayesen muchos años de cárcel.

—¡Ni por asomo!

—Eres abogado, no puedes negarte.

—Claro que puedo, si hay algo que no falta en tu familia son abogados, así que pídeselo a alguno de ellos. Yo no lo haría bien, no pondría todo mi empeño.

Clavó en él unos ojos suplicantes.

—No me pidas eso, Sergio... yo quisiera verlos a todos colgados, a ser posible por mi propia mano.

—De acuerdo, hablaré con mis padres. Ahora hay que bajar del tren, preciosa. Me muero por pisar suelo sevillano.

Fran y Susana caminaban por el pasillo con su pequeña maleta en la mano. Sergio cogió la de Marta del compartimento superior y ambos los siguieron.

Ya desde lejos, antes de subir la escalera mecánica, vieron a Miriam paseando por la parte superior de los andenes y escrutando entre los viajeros que acababan de abandonar el tren. Sergio alzó el brazo saludándola, y ella se dirigió rápidamente al borde de las escaleras mecánicas para recibirle.

Se fundieron en un apretado abrazo, Sergio notó temblar a su hermana y cómo los sollozos sacudían su cuerpo. Sintió que también sus ojos se empañaban, consciente de la pesadilla que su familia había vivido, paralela a la suya y no menos terrible.

Después, ella se recompuso y le advirtió entre lágrimas.

—¡No vuelvas a darnos un susto como este! ¿Me oyes?

—Te oigo.

—Anda, vamos a casa. Espero que no estés muy cansado, porque todos te están esperando en Espartinas: Hugo, Manoli, Inma y Raúl, la tía Merche y el tío Isaac.

—No estoy cansado, sino deseando verles a todos.

—Manoli está preparando un puchero «con todos los avíos» como dice ella, y Raúl ha traído carne para una barbacoa. También Javi se quiere conectar más tarde a *Skype* para verte.

—No sabes lo feliz que me hace todo eso... Estar en casa, con mi gente.

—Anda, vamos.

Susana se hizo cargo de la maleta de Marta y Sergio salió de la estación camino de los aparcamientos con Miriam colgada de un brazo y Marta del otro.

Cuando el coche entró en el garaje de la casa de Espartinas, Sergio escuchó el barullo que hacía su ruidosa familia en el jardín. El día era soleado y cálido a pesar de la estación.

Siempre se sentía feliz cuando llegaba a casa después de una larga estancia en el mar, pero nunca tanto como en aquella ocasión en que había temido seriamente no volver a pisar la casa que lo vio crecer.

Merche se abalanzó sobre él apenas bajó del coche y lo abrazó con toda la energía que la caracterizaba.

—Bienvenido a casa, cariño. Tus primos y tú vais a matarnos de un susto cualquier día.

Sergio sonrió. Los dos hijos de Merche eran militares, y el pequeño, Manuel, pertenecía a los cuerpos especiales del ejército, lo que tenía a toda la familia con el alma en vilo cada vez que se marchaba.

—Nos gusta la aventura.

Después fue Manoli quien se abrazó a él llorando a lágrima viva. Sergio rodeó con los brazos a la mujer menuda y ya frágil por los años que lo había cuidado como a un hijo y a la que él y sus hermanos querían como si fuera su abuela. Más que a Magdalena, desde luego.

—¡Mi niño! ¿Te han tratado bien?

—No me han hecho daño, pero me daban fatal de comer... ¡No sabes cómo he echado de menos tus comidas! Espero que me hayas preparado un puchero de los tuyos.

—Sí, por supuesto. Ya sé cuánto te gusta, pero Raúl va a preparar una barbacoa... el puchero te lo puedes comer esta noche.

—Traigo hambre para las dos cosas.

Después fue Hugo el que se abrazó a él. Con fuerza. Con emoción. El más duro de los Figueroa se aferró a su hermano mayor y Sergio pudo percibir el nudo que se le había formado en la garganta. Le palmeó la espalda como hacía cuando era niño y trataba de ocultar el más mínimo signo de debilidad, pero Sergio lo conocía lo suficiente para saber que también él estaba al borde de las lágrimas.

—Menos mal que has vuelto, gamberro —dijo con voz ligeramente ronca—. Ya me veía teniendo que ir a rescatarte.

Sergio respondió burlón:

—¿Y hubieras abandonado tu querido bar? ¡No me lo creo!

—La sangre tira más que la cerveza, hermano. Y «mi» bar, como tú dices, que no es mío sino de Inés, está perfectamente atendido ahora que ella también trabaja en él. Que por cierto, te manda un abrazo.

—Dale las gracias, o mejor dale uno de mi parte.

—Pásate por el bar y dáselo en persona... le gustará. Mi jefa os aprecia mucho a todos.

Poco a poco todos se fueron acercando a darle la bienvenida. Manoli, Susana e Inma entraron en la cocina y Fran y Raúl, como ya era habitual, se ocuparon de la barbacoa.

Ángel llegó a la hora de almorzar y por la tarde, todos fueron marchándose a sus respectivos hogares y la casa de Espartinas recuperó su calma habitual.

Ya pasadas las once de la noche, cuando el cansancio se empezaba a apoderar de Sergio de nuevo, Javier llamó por *Skype*, deseoso de ver a su hermano. La diferencia horaria de seis horas le había impedido hacerlo antes. Los demás ya se habían acostado después de un intenso día lleno de emociones, y Marta se retiró discretamente a la habitación de Miriam, para dar a los hermanos un poco de privacidad.

A través de la pantalla del ordenador, Sergio contempló la cara de su hermano, al que no veía en persona hacía más de quince meses. A sus veintiocho años, Javier conservaba casi el mismo aspecto que a los veinte. El pelo rubio oscuro, que se había vuelto castaño con el tiempo, y los ojos pardos heredados de Fran le daban un aire juvenil que ni siquiera la ligera barba que se dejaba desde hacía unos años conseguía que aparentara su verdadera edad.

—Hola, hermano...

—Sergio... No te imaginas cuánto daría ahora mismo por poder darte un abrazo.

—Lo sé... Yo también. Te echo de menos.

—¿Ha sido muy duro? Si estamos solos a mí puedes decírmelo. Siempre te confiabas conmigo cuando éramos pequeños.

—Sí que lo ha sido... —dijo Sergio aceptando el ofrecimiento Javier para sincerarse con él. Aparte de sus sentimientos hacia Marta, siempre le había confiado todo lo demás a su hermano mayor—. Además de las incomodidades físicas, el hambre, el frío... la idea de morir solo y lejos de todos vosotros era lo peor. Hubo momentos en que la desesperación me pudo y solo la idea de volver a abrazaros me hacía aguantar.

—Sé de lo que hablas. Yo nunca he sentido tanto los kilómetros que me separan de la familia como estos días. Saber que estabas en peligro, que todos los estaban pasando mal y que yo estaba tan lejos...

—Dime que no te vas a quedar en Estados Unidos para siempre.

—No, no me voy quedar para siempre, solo el tiempo necesario.

Sergio sintió un nudo en la garganta.

Adivinando la congoja de su hermano, Javier añadió:

—Estamos a un paso de hacer un descubrimiento importante, sé que no falta mucho. Después me plantearé regresar. Eso si no me pesca antes una norteamericana, como dice Manoli —bromeó recordando la frase con que la Tata lo despedía siempre: «No te dejes pescar por una americana, o nunca volverás».

—Pues si te pesca, te la traes a Sevilla, nos la llevamos de «tapitas», y seguro que no quiere volver.

—Seguro. Echo de menos las «tapitas» y sentarme en una terraza en verano al fresco, oler el azahar en primavera y la dama de noche en verano... Pero sobre todo os

echo de menos a vosotros. Si no fuera porque sé que engrosaría la cola del desempleo, que allí no encontraría un trabajo ni la mitad de gratificante que el que tengo, regresaría ahora mismo.

—Yo también me siento así cuando estoy en el mar... dividido entre lo que me gusta hacer y lo que dejo atrás.

Javier pensó que si él tuviera a Marta esperándole en Sevilla no se lo pensaría dos veces.

Como si le leyera el pensamiento, Sergio le dijo de repente:

—Marta me ha dicho que la has llamado todos estos días para animarla.

—Por supuesto. Estaba hecha polvo.

—Gracias...

—No tienes que darlas. Marta es mi mejor amiga y sé muy bien cómo se sentía y cuánto me necesitaba. Pero lo cierto es que nos hemos animado el uno al otro. Ha sido difícil para mí vivir esto en la distancia, yo también necesitaba a mi amiga.

Sergio asintió.

—Me alegra mucho que os hayáis tenido. Ella y yo tuvimos una pequeña crisis antes de embarcarme y eso lo ha hecho todo más duro.

—Me lo ha dicho... espero que lo hayáis solucionado.

—Sí, todo arreglado —dijo recordando las horas maravillosas que habían pasado la tarde y la noche anterior.

—Me alegro mucho, Sergio.

—Lo sé. Sé que te alegras de verdad.

La conversación estaba tomando un giro que ambos deseaban evitar. Los dos sabían la verdad que flotaba entre ellos, los sentimientos de Javier por Marta, sentimientos que nunca se habían vuelto a mencionar desde aquella noche, después del regreso de ella de Londres, en que los tres hermanos habían hablado del tema con el corazón en la mano y habían decidido dejar que ella eligiese libremente y aceptar su decisión sin rencores ni dramas.

Javier decidió poner fin a la charla, si había algo que no deseaba era hacer sentir mal a su hermano en un momento en el que solo debía estar feliz.

—Y como soy consciente de la diferencia horaria y de lo cansado que se te ve, te voy dejar. Cuídate mucho, Sergio. Ya hablamos otro día antes de que te marches.

—Y tú. Nosotros también te echamos de menos.

—Buenas noches.

—Hasta otra, Javier.

La aplicación se desconectó y la cara de Javier se difuminó en la pantalla. Con las ganas de abrazar a su hermano todavía palpitando en su cuerpo, Sergio se dirigió al cuarto de Miriam a buscar a Marta, para volver a abrazarla, a dormir con ella, a sentirla contra su cuerpo, y no pudo evitar sentir un regusto amargo al imaginar a su hermano lejos y solo, sin el cuerpo cálido de la mujer que amaba a su lado.

Capítulo 16

Una nueva generación

La estancia de Sergio en Sevilla estaba siendo el bálsamo que necesitaba, que ambos necesitaban para recuperarse del horror vivido. Pasaban juntos todo el tiempo posible sin pensar en que habría una nueva despedida y que esta sería más dura que las anteriores.

No obstante a Marta, observadora por naturaleza, no se le escapaba un ligero cambio en la actitud de todos en la casa de Espartinas en los últimos días, una especie de atención especial alrededor de Miriam, algo muy sutil, por parte de Fran y Susana cuando lo lógico sería que el mimado fuese Sergio y no su hermana.

Por eso, cuando esta se acercó una tarde en que Sergio y Marta se encontraban solos sentados en el porche tomando el sol cálido y agradable en ese mes de octubre, esta no tuvo dudas de que su amiga tenía algo que contarles.

—¿Puedo sentarme? —preguntó señalando uno de los sillones vacíos.

Sergio frunció el ceño.

—¿Qué clase de pregunta es esa? Esta es tu casa tanto como mía ¿y preguntas si te puedes sentar?

—Estáis tan a gusto aquí, y soy consciente del poco tiempo que estáis a solas ahora que todo el mundo viene a ver a Sergio que no quisiera molestar. Pero me gustaría hablar con vosotros un momento.

Sergio miró a su hermana y palmeó el asiento a su lado.

—Venga, peque, haznos compañía un rato.

Miriam se sentó junto a su hermano, ignorando la mirada penetrante de Marta.

—Tengo que contaros una cosa...

—¿Grave?

—No, no es grave pero sí importante.

—Venga, suéltalo.

Ella sonrió ligeramente.

—No se me da bien andar con rodeos, de modo que ahí va. Si a papá y a mamá no les ha dado un soponcio, no os dará a vosotros. Estoy embarazada.

La cara de Sergio se iluminó de alegría.

—¿En serio? ¿Voy a ser tío?

—Sí, así es.

—Enhorabuena, hermanita.

Miriam sonrió, pero seguía evitando la mirada de Marta.

—Hay más.

—¡No irás a decirme que traes gemelos! Menuda pasada...

—No, no... no es nada de eso. Es... bueno Ángel y yo vamos a casarnos.

—Caramba, qué fuerte... La peque se nos casa.

Marta no había pronunciado una palabra hasta ese momento y lo primero que dijo fue:

—Sergio, ¿por qué no te das una vuelta y regresas en un rato?

Él sonrió.

—Queréis quedaros a solas para hablar de mujer a mujer, ¿no?

—De amiga a amiga, más bien.

—De acuerdo... llevo el móvil. Dame un toque cuando quieras que vuelva.

Se inclinó sobre su hermana y la besó en el pelo.

—¡Que ilusión! Voy a ser tío.

Se dirigió al interior de la casa y Marta no perdió el tiempo. Conocía a Miriam lo suficiente para saber que Sergio estaba más ilusionado que ella.

—No pareces muy feliz.

Miriam se encogió de hombros.

—No es que no esté feliz... estoy rara.

—¿Te encuentras mal?

—No, no es eso... no ha sido un embarazo buscado... algo ha fallado y no tengo muy claro qué.

—No quieres tenerlo.

—Sí, claro que quiero, es solo que... ha sucedido todo tan deprisa... No me lo esperaba. Hemos estado todos tan preocupados con lo de Sergio que ni siquiera me había percatado de que no me había bajado la regla, ni asociado el malestar con un posible embarazo. Pero ahora, cuando él ha venido y me he relajado, y los síntomas persistían... me hice la prueba hace tres días y ha dado positivo.

—¿Tus padres lo saben ya?

—Sí. Y Ángel también, claro. A Hugo le llamaré esta noche.

—¿Y en cuál de ellos está el problema? Porque hay un problema.

Miriam suspiró. Sabía que Marta se percataría.

—El problema es que tengo veintitrés años, que acabo de terminar la carrera y estoy haciendo el máster de especialización y... que no me veo casada. Ese es el problema.

Marta se inclinó hacia su amiga, detectando una nota de pánico en su voz.

—Pues no te cases. Miriam, no estamos en el siglo dieciocho, un embarazo no implica matrimonio en estos tiempos.

—Para Ángel sí.

—¿Es por él? ¿No estás segura de quererle lo suficiente?

—No, no, claro que le quiero... pero preferiría esperar un poco. Soy muy joven, tenía muchos planes y esto lo trastoca todo.

—Pues háblalo con él, explícale todo lo que sientes. Ángel no es una persona intransigente, seguro que puedes convencerle, y el matrimonio es cosa de dos.

—Lo he intentado, pero no hay forma. Es muy tradicional, y su familia también, y ya sabes que para él es muy importante la opinión de su madre. Cuando tras mucho argumentarle me preguntó a bocajarro si es que no le quería, no fui capaz de seguir insistiendo y acepté. Porque no es eso, yo le quiero y siempre he deseado casarme con él, pero no todavía... ni de forma tan precipitada.

—Entonces te vas a casar.

—Sí... pronto. No quiere que se me note el día de la boda... —dijo con voz desolada.

—¿Cómo de pronto?

—Estoy de casi dos faltas... en tres meses como mucho. A ver cuándo Sergio puede arreglarlo para estar aquí. Y Javi. No pienso casarme sin mis hermanos.

—Sergio lo podría arreglar como algo especial, pero Javi lo tiene complicado como no sea en Navidad. Y las navidades están a la vuelta de la esquina...

—Lo sé.

—¿Y tus padres qué opinan?

—También me aconsejan que espere un poco, que nos vayamos a vivir juntos antes de casarnos, pero a mi suegra le daría un soponcio. En fin, supongo que todo esto no es más que fruto de la sorpresa... y que cuando me haga a la idea estaré más que feliz de casarme.

—Seguro que sí —dijo Marta apretando la mano de su amiga—. Y estoy aquí para lo que necesites, ¿eh? Aunque esté Sergio siempre encontraré un rato para hablar o para ayudarte con los preparativos o lo que sea.

Miriam se levantó del asiento y se abrazó a su amiga.

—Gracias... te voy a necesitar... ¡Estoy acojonada!

—Seguro que en unos días te sientes mejor.

—Seguro. Dile a mi hermano que vuelva... y no le comentes nada de esto, por favor, no quiero que se preocupe. Probablemente solo sean las hormonas, dicen que con el embarazo se vuelven locas y todo se vive más intensamente.

—Claro que no. Ya sabes que yo puedo separar sin problema la faceta amiga de la de cuñada —dijo cogiendo el móvil.

Capítulo 17

El encargo

El mes de permiso se les hizo extremadamente corto. Inma asumió en esta ocasión la mayor parte de la carga de trabajo y a mediodía Marta se reunía con Sergio y pasaban juntos la tarde y la noche. A veces él bajaba a Sevilla, la recogía y almorzaban juntos en algún bar de tapas a los que ambos eran muy aficionados, y daban largos paseos por la orilla del río. Marta se burlaba de él diciendo que ni en tierra firme podía mantenerse apartado del agua; otras, se reunían en Espartinas y disfrutaban del sol y el aire libre de ese octubre casi primaveral que estaba alargando el verano más de lo habitual.

Marta quería estar cerca de Miriam por si su amiga necesitaba hablar, pero tras los primeros momentos de pánico esta parecía haber aceptado su embarazo y su boda y se veía feliz, completamente inmersa en los preparativos. El enlace iba a celebrarse en navidades, Sergio solicitaría un permiso especial para acudir a él y ya Javier tenía los billetes de avión comprados, como todos los años.

Ambos se sentían muy felices, el apresamiento de Sergio les había unido más aún y los había hecho conscientes de que la vida les podía dar un revés en cualquier momento y era necesario disfrutar cada minuto de ella.

Aquel día, Sergio había quedado con Marta para almorzar, la recogería a mediodía, pero antes, y después de darle muchas vueltas a la idea, se pasó por el despacho de sus padres.

—Hola, cariño. ¡Qué sorpresa! ¿Cómo tú por aquí a estas horas? —preguntó Susana, extrañada por la visita.

—Me gustaría hablar contigo y con papá.

Ella contuvo la respiración por un momento.

—¿Otro embarazo? —preguntó con cautela.

Sergio se echó a reír.

—No, no, que va... vengo a veros como abogados.

—Ah... espera, en ese caso aviso a tu padre. Ponte cómodo.

Susana salió del despacho y pocos minutos más tarde entró de nuevo seguida de Fran. Ambos se acomodaron intrigados en sendos sillones y Fran clavó la vista en su hijo.

—Tú dirás. ¿Tienes algún problema de índole legal?

—No, yo no. Pero me gustaría pedirlos un favor y probablemente no os va a resultar fácil. Ya se lo he pedido a Marta y se ha negado.

—Explicate y deja que decidamos nosotros. ¿Qué ocurre, Sergio?

—Se trata de uno de los secuestradores. Me gustaría que hicierais algo por él.

Susana respiró hondo.

—Tienes razón, no nos va a resultar nada fácil.

Fran intervino.

—Deja que se explique. ¿Por qué quieres hacer algo por uno de los hombres que te tuvieron atado, encerrado y que casi acaban con tu vida y la de tus compañeros?

—Porque también nos ayudó... Cuando empezamos a enfermar nos trajo medicinas, nos dio una manta de su propia cama y nos ayudó a ocultar a los demás secuestradores que estábamos malos. Desde que lo averiguó siempre era él quien nos traía la comida. Dijo que si se percataban de que teníamos enfermos a bordo harían lo que fuera para evitar que se propagara la enfermedad. No hace falta que te explique lo que eso significa.

Susana sintió un escalofrío de miedo recorrerle la espina dorsal; durante el apresamiento había contenido su mente para no pensar en las muchas posibilidades que había de que Sergio no regresara vivo, pero ahora, escuchando de sus propios labios lo cerca que había estado de no volverle a ver, su terror se disparaba.

—¿Qué quieres que hagamos exactamente? —preguntó Fran.

—Que le defendáis, e intentéis hacerle la condena lo más corta posible.

Susana negó con la cabeza.

—Eso no va a ser posible, Sergio.

—Sé que no es fácil para vosotros, pero os lo pido como un enorme favor. Este

hombre y yo hablábamos cada vez que venía, una conversación muy básica chapurreada en alemán, pero lo suficiente para verle como a una persona, para saber que tenía familia, que estaba desesperado por sacarla de la miseria y que antes había intentado otras opciones. Es un buen hombre, papá, no peor que yo mismo, porque durante las largas horas que tuve para pensar llegué a la conclusión de que si vosotros, mis hermanos o Marta estuvierais en la situación de la familia de aquel hombre, yo habría hecho lo mismo para salvaros. Este hombre se jugó el cuello con sus compañeros y evitó que algunos de los míos, los más enfermos, acabaran sepultados en el mar.

—No lo has entendido, Sergio, no te estoy diciendo que no queramos... —intervino Susana—, pero las cosas no son tan fáciles como crees. Esos hombres, todos, fueron detenidos «con las manos en la masa», como podría decirse. La naviera, y también el gobierno presentan sendas acusaciones globales para todos los miembros de la banda, y se ha designado un abogado defensor para que los represente, en conjunto. Sin lugar a dudas van a ser condenados y no le haríamos ningún favor presentándonos como defensores de uno solo de ellos. Saldrán en unos pocos años, y entonces serían sus propios compañeros los que irían a por él, o incluso antes, dentro de la misma cárcel.

—¿Cómo sabéis todo eso? Lo del juicio y demás.

—No pensarías que no íbamos a informarnos sobre el proceso de los hombres que secuestraron a nuestro hijo, ¿verdad?

Sergio tragó saliva, emocionado.

—Sois cojonudos.

—No, cariño, somos tus padres.

—¿Entonces no podemos hacer nada?

—Por él, no. Por su familia quizás. ¿Sabes su nombre?

—No, pero lo reconocería en cuanto le viera.

Susana abrió el buscador de Google y tras unos minutos de búsqueda localizó las fotos de los acusados.

—Aquí están. Dime cuál de ellos es.

Sergio se acercó y señaló una de las fotos de la pantalla.

—Este.

—Bien, veremos qué podemos hacer. No te prometo nada, solo que haremos todo lo que esté en nuestra mano.

—Gracias, mamá. Yo tengo que embarcar de nuevo en una semana... no voy a poder ayudaros con esto.

—No hace falta, nosotros nos ocuparemos.

Sergio abrazó a su madre, agradecido.

—Soy muy afortunado por teneros de padres, ¿lo sabéis? Eso de saber que siempre estáis ahí, pase lo que pase, ayudando, comprendiendo... Siempre lo he sabido, pero ahora lo aprecio mucho más.

—Las gracias me las tienes que dar a mí —dijo Fran, carraspeando ligeramente para quitar emoción a sus palabras—. Yo tengo una madre poco cariñosa y nada comprensiva, y puse mucho cuidado al escoger la que le daría a mis hijos.

—Y lo hiciste de puta madre, papá —dijo abrazándole también.

—Venga, se te hace tarde y Marta ya debe estar esperándote.

—Sí. Gracias de nuevo.

Se marchó dejando a un Fran emocionado, que miró a su mujer a los ojos con los suyos excesivamente brillantes.

—Que bien lo has hecho, puñetera...

—¿El qué?

—Educarles... y hacer de ellos unas personas maravillosas.

—Ha sido cosa de los dos, no me atribuyas todo el mérito. Pero ahora vamos a ser abuelos, y ya la educación es cosa de los padres —dijo guiñándole un ojo—, vamos a poder permitirnos malcriar un poco.

Fran se acercó a ella y, cogiéndole la cara entre las manos, la contempló con la misma admiración de siempre.

—Vas a ser la abuela más bonita del mundo.

—Zalamero... —dijo echándole los brazos al cuello y besándole.

Capítulo 18

Despedida

El alba empezaba a despuntar por la ventana y el reloj corría inexorable hacia el nuevo día. Marta se acurrucó un poco más contra el cuerpo desnudo de Sergio en un intento de inmortalizar el instante. Faltaba poco para que tuvieran que levantarse y él se marchase de nuevo, el mes de permiso extra concedido después del apresamiento había terminado y embarcaría en unas horas.

En esta ocasión ella estaría en el puerto diciéndole adiós con una sonrisa en la cara y el corazón aterrado. Nunca más volvería a despedirse de él sin sentir ese miedo helado a no verle más que la atenazaba en aquel momento. Pero debía superarlo, él tenía que ver en el puerto a la Marta de siempre, por mucho que la experiencia pasada la hubiera marcado.

Despacio deslizó la mano por el pecho ligeramente velludo sintiendo la calidez de los músculos y las costillas, ya nuevamente cubiertas gracias a las comidas de Manoli, y una ligera risita por parte de él le indicó que también estaba despierto.

—¿Quieres más? —le preguntó incrédulo. Habían hecho el amor tres veces esa noche apurando el tiempo al máximo y se sentía agotado.

—No, no quiero hacerlo otra vez, solo tocarte. Sentirte —dijo dándole un beso ligero en el pezón.

—Estás asustada, ¿no?

Ella había tratado de disimularlo, pero le era imposible engañar a Sergio; la conocía demasiado bien.

—No, asustada no es la palabra... Estoy totalmente acojonada.

Él la rodeó con los brazos y la colocó sobre su cuerpo. Los músculos protestaron después de la intensa noche, y supo que iba a tener problemas para realizar su trabajo aquel día, pero no le importó.

—No lo estés, no va a pasar nada en esta ocasión. He estado embarcado muchas veces y nunca hemos tenido problemas antes de ahora. Además, hoy tú vas a estar en el puerto diciéndome adiós y ese es mi talismán de la buena suerte. Y si te sirve de

algo, también yo estoy asustado.

—¿Vais a algún sitio peligroso? Dime la verdad, no me mientas...

—No, no es por eso. No te preocupes, en esta ocasión seguiremos una ruta comercial bastante tranquila y concurrida, no habrá problemas. Mi miedo es de otro tipo.

Ella levantó la cabeza de su pecho y le miró con ojos inquisidores.

—Tengo miedo de perderte. De pasar lejos de ti tanto tiempo que un buen día llegue otro hombre y te enamore y cuando yo regrese ya no seas mi Marta.

—Eso no va a pasar.

Sergio sacudió a cabeza.

—Eso casi ha pasado.

—¡No! ¿Lo dices por Arturo?

—Sí y no.

—¿Cómo voy a decirte que él no me interesa como hombre?

—Ha sido Arturo, pero podía haber sido cualquier otro que sí te interesara. Eres preciosa, joven, vital y apasionada, y yo siempre estoy lejos... Vivo acojonado, Marta. Cuando regreso siempre siento un nudo en el estómago hasta que te miro a los ojos.

—Tienes razón, soy todo eso que dices; joven, vital y apasionada, pero has olvidado una cosa, marinero: estoy enamorada de ti hasta la médula y eso no va a cambiar. Vivo esperando tu regreso, y tus besos y tus caricias... Los tuyos y no los de ningún otro.

Sergio la levanto un poco más y la besó en la boca con avidez, una vez más.

—Tranquilo, marinero, no te entusiasmes demasiado o te vamos a tener que llevar al barco en carretilla —dijo ella bromeando ante la respuesta física de Sergio a su beso—. Además, el despertador está a punto de sonar.

—¿Ya?

—Sí, ya.

Como si la hubiera escuchado, la alarma del móvil saltó con una melodía suave y

armoniosa. Sergio la besó otra vez y después Marta se apartó girando de costado para permitirle levantarse.

—¿Te duchas conmigo?

—Claro.

Compartieron la ducha y el desayuno al que se unieron Susana y Fran, y después llegó el momento de salir hacia el puerto.

Sergio abrazó a su padre, que fiel a su costumbre no les iba a acompañar, y tampoco Miriam que se había levantado con el estómago un poco revuelto por el embarazo.

—Cuídate, peque... —le deseó en la cocina sintiéndose conmovido ante la cara pálida de su hermana.

—Cuídate tú, Sergio. Y haz lo imposible por estar aquí el día de mi boda.

—Estaré... no me la puedo perder por nada del mundo.

Susana, Sergio y Marta subieron al coche de esta última y recorrieron el camino hacia la capital y después hasta la estación de Santa Justa donde Sergio cogería el tren a Cádiz, lugar donde se encontraba su barco ya reparado.

Iban en silencio, cada uno guardando sus temores para sí y sin expresarlos abiertamente. Los minutos transcurrían demasiado deprisa y al fin después de un intenso abrazo a las dos mujeres más importantes de su vida, Sergio descendió la escalera mecánica en dirección a los andenes.

Mientras le veía alejarse de espaldas, Marta enjugo con el dorso de la mano una lágrima que no había podido contener. Una despedida más, otra separación interminable y largas horas de soledad hasta un nuevo permiso, esta vez en menos de dos meses para asistir a la boda de Miriam.

Susana le rodeó los hombros con un brazo y la hizo girar hacia la salida cuando ya la figura de Sergio se perdió de vista.

—Vamos, cariño, vamos a casa. En nada le tendremos aquí de nuevo.

Marta clavó en su suegra una mirada apesadumbrada.

—Cada vez me cuesta más decirle adiós... Me pregunto si algún día podré tenerle conmigo más de un mes seguido.

—Seguro que llegará. Hasta los marineros más inquietos ansían echar el ancla en tierra alguna vez, sobre todo si tienen a alguien como tú esperándoles.

—¿Y tú como llevas tener a dos hijos siempre lejos? Nunca te lo he preguntado.

Susana esbozó una tenue y nostálgica sonrisa.

—Como si a mi corazón le faltaran dos trocitos permanentemente. Pero sé lo que es sentir pasión por un trabajo, de modo que también estoy feliz por ellos.

—Algo parecido me pasa a mí con Sergio. Sé que el mar es su pasión, pero le echo tanto de menos cuando no está...

—Lo sé, cariño, lo sé. Yo también le echo de menos. Les echo de menos a todos... pero han crecido y cada uno tiene su vida, de la misma forma en que yo construí la mía. Miriam tendrá pronto su propia familia, y poco a poco todos iréis siguiendo el mismo camino. Hasta Hugo encontrará su media naranja.

—¿Y Javi?

—También a él le llegará el momento. Y dentro de nada será Navidad y todos volveremos a reunirnos.

—Sí, así es. Este año también Sergio estará en Navidad.

—Pues pensemos en eso, Marta, y no en el adiós que acabamos de dar.

Esta asintió y entró en el coche. Susana siempre conseguía hacerla sentirse mejor después de cada despedida.

Capítulo 19

Boda de Miriam

Marta llegó a la iglesia de la mano de Sergio. Miriam se casaba y ella se había encontrado con un regalo inesperado aquellas navidades, puesto que él había conseguido un permiso extraordinario de cuatro días para asistir al enlace. El viaje se llevaría unas cuantas horas y apenas tendría el tiempo justo para llegar a la ceremonia y volverse a marchar dos días después, pero le vería y estarían juntos todo lo posible. Después del apresamiento, cada minuto de estar juntos era muy importante para ambos. Y serían las primeras navidades que se verían desde que él terminara los estudios, unos años atrás.

Estaba guapísimo con su traje y esa corbata que tan poco le gustaba, todos los Figueroa parecían alérgicos a esa prenda que solo se ponían cuando era estrictamente necesario. En los ojos de él, cuando había aparecido ya arreglada en el salón de Espartinas un rato antes, también había visto admiración al contemplarla con su elegante vestido rojo oscuro que tanto le favorecía.

«Eres un regalo para la vista, preciosa», le había dicho. Lo mismo pensaba ella al mirarle. Y ahora, al ver al novio esperando ante el altar, se dijo que cualquiera de los hermanos de la novia era mucho más atractivo que aquel rubio, guapo sí, pero muy poco sexi, con quien Miriam se casaba. No pudo contenerse en susurrárselo a Sergio al oído:

—Estás mucho más guapo que el novio.

—Que Miriam no te escuche decir eso.

—Es la verdad, y probablemente ella estará de acuerdo conmigo.

Acomodados en uno de los primeros bancos, junto a Hugo e Inés que se había hecho amiga de su cuñada y a la que habían invitado a pesar de ser una celebración familiar, vieron entrar a la novia. Miriam estaba preciosa, tranquila y serena sin demostrar un atisbo de los nervios que solían sentir las novias el día de su boda. Nada en su figura dejaba adivinar los casi cuatro meses de embarazo, su cintura seguía siendo esbelta y su cuerpo espigado.

Contempló a la pareja expresar sus votos y se imaginó el día en que Sergio y ella pasarían por el altar o el juzgado para formalizar su relación, que duraba ya bastantes

años. No tenía prisa, desde luego, ambos eran jóvenes y se estaban todavía labrando un porvenir. Habían hablado del tema muy superficialmente después de que él volviera del cautiverio, y se habían dado un par de años antes de dar el paso. No obstante, al ver a Miriam en el altar, no pudo evitar sentir un poco de envidia.

Al salir, se acercó a felicitar a su cuñada y amiga, ya convertida en una mujer casada. Se fundieron en un emotivo abrazo.

—¡Enhorabuena, Miriam!

—Gracias.

—¡Y yo que siempre pensé que los primeros en caer en el lazo seríais Sergio y tú! —bromeó Hugo a sus espaldas.

Se volvió divertida hacia él y le dijo jovial:

—Calla, que todavía eres capaz de caer tú antes.

—¡Quita, quita!, que yo soy alérgico al matrimonio y a todo tipo de lazos.

—Como todos, hasta que aparece la mujer adecuada —sentenció Sergio.

Hugo no respondió y se apresuró a abrazar a su hermana.

Más tarde, en el almuerzo que se celebró en un conocido hotel, se encontraban todos sentados a una mesa, junto a los dos hijos de Merche, Isaac y Manuel. Desde el primer momento, Marta observó cómo Manuel, sentado junto a Inés, le tiraba los tejos descaradamente, ante el ceño fruncido de Hugo. Este no se llevaba bien con su primo, desde pequeños había habido una rivalidad y una competencia entre ellos que había pasado de la infancia a la adolescencia y continuaba en la actualidad. Observó a Inés sentada entre ambos, y supo que Manuel se había percatado del gesto adusto de su primo, y lo que en un principio había sido cordialidad, se estaba convirtiendo en un cortejo descarado, sin duda para fastidiar a Hugo. Que por otra parte no tenía motivos para molestarse porque, que ella supiera, Inés era solo su jefa y compañera de trabajo, y no estaba allí como acompañante de Hugo sino como amiga de Miriam.

Desvió la vista hacia Javier, sentado frente a ella, como hacía siempre que se encontraban en navidades, con la esperanza de leer en sus ojos lo que sus palabras le habían dicho durante la desaparición de Sergio, pero encontró el mismo amor camuflado de amistad de siempre. El olvido que ella necesitaba para su paz espiritual no había llegado aún al corazón de su amigo. Sintiéndose observado, Javier la miró y le dedicó una sonrisa que se le clavó en el alma, pero le sonrió a su vez, deseando sinceramente que la próxima vez que se encontraran, las cosas fueran diferentes.

Volvió su atención a la conversación que mantenían Inés y Manuel y a los evidentes intentos de Hugo de eclipsar a su primo, lo que le hizo mucha gracia.

Después dirigió la mirada a la mesa de los novios. Miriam, preciosa con su tradicional vestido blanco, presentaba un aspecto tranquilo, casi resignado. Sabía que su amiga no deseaba casarse todavía, que a los veintitrés años se consideraba aún muy joven, pero los acontecimientos se habían visto precipitados al quedarse embarazada. La idea de la boda había sido de Ángel y Miriam no había encontrado ningún argumento para convencerle de esperar un poco más. Le deseó de todo corazón un matrimonio feliz.

La comida terminó y se inició el baile. Sergio fue a pedirle uno a su hermana, Inés, Hugo y los demás componentes de la mesa se fueron también, con la excepción de Javier que se levantó y se sentó junto a ella.

—Hola —saludó.

—Hola, Javi.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—Os veo bien a Sergio y a ti, supongo que solucionasteis vuestras diferencias tras su vuelta.

Los ojos de Marta brillaron con intensidad.

—No hay enfado que dure después de lo que nos tocó vivir. Estamos genial ahora.

Javier clavó en ella sus ojos pardos, en una mirada cargada de afecto.

—Me alegro mucho.

Marta sabía que era sincero.

—¿Y tú? Siguen tirándote los americanos, ¿eh?

—Los americanos no, el trabajo sí, ya te lo dije. Es apasionante.

—Entonces nada de volver por ahora.

—No, no creo que vuelva al menos en unos años.

«No mientras sigas enamorado de mí», pensó con pesar

—Estamos a punto de conseguir avances en la investigación, y quiero estar ahí cuando suceda. Después... es posible que regrese, no lo sé.

—Dime al menos que hay una mujer en tu vida, que no estás allí completamente solo.

—No la hay, a ti no quiero mentirte.

—No puedes pasarte solo toda tu vida, Javi.

—Mejor solo que mal acompañado. Hay una pareja que vive al lado de mi casa que se llevan fatal, a menudo escucho peleas y gritos. No, déjame que yo estoy muy a gusto.

Marta clavó en él sus ojos azules y sacudió la cabeza. Javier todavía sentía algo por ella, y esa era una espina que llevaba clavada en su alma. A Hugo se le había pasado pronto una vez que ella empezó a salir con Sergio y las mujeres en general inundaron su vida, pero Javier era diferente.

—Algún día encontrarás a alguien.

—Seguro que sí —dijo sonriéndole y alargando la mano apretó brevemente la de ella con un gesto fraternal.

—Solo te pido que si llega no le cierres la puerta.

—No pienso cerrar ninguna puerta, solo que no ha llegado.

—Tampoco debes encerrarte a trabajar en tu casa sin salir. Así no habrá posibilidades de conocer a nadie.

—Si mi media naranja anda pululando por ahí, llegará haga yo lo que haga. Si no la encuentro yo, ella me encontrará a mí.

—Pero prométeme que se lo vas a poner fácil y no te vas a encerrar.

—Prometido —dijo con una sonrisa—. Nunca pude negarte nada, ya lo sabes.

Ella asintió.

—Estoy bien, Marta... de verdad. Y el día que haya alguien, te prometo que tú serás la primera en saberlo.

—Gracias.

Por un momento la mirada de Javier se centró en la pista, en la pareja que hacían Sergio y Miriam bailando.

—Siempre pensé que vosotros seríais los primeros en pasar por el altar y mira la benjamina con lo que nos ha salido.

—Ya ves. Nosotros esperaremos unos años más. No se puede formar una familia con un padre que pasa más tiempo en el mar que en casa. Aún somos jóvenes, hay tiempo.

—¿Mi hermano piensa dejar la naviera?

—No hemos hablado de ello en profundidad, pero sí, supongo que llegará el momento en que cambie el trabajo que tiene ahora por uno que le permita hacer viajes menos largos y pasar más tiempo en tierra.

—Claro. Y Hugo e Inés, ¿de verdad son solo compañeros de trabajo? Mi hermano parecía muy molesto con el cortejo solapado de Manuel.

Marta se encogió de hombros.

—Eso dicen. Yo creo que ella está coladita por él, pero con tu hermano nunca se sabe. Se tira todo lo que se menea... Y lo de esta noche, ya sabes el pique que tienen esos dos. Basta que uno diga blanco para que el otro responda negro. Espero que no pillen a Inés en medio.

—No seas tan dura con él. Ya llegará quien le haga sentar la cabeza.

—Sí, supongo.

—Si no ha llegado ya... Mira.

Marta volvió la cabeza justo a tiempo para sorprender a Hugo acompañando a Inés hasta la barra de las bebidas, la mano apoyada sobre la parte baja de la espalda con una familiaridad que nada tenía que ver con el trabajo en común.

—Quizás. El tiempo lo dirá, supongo —respondió sin estar del todo segura.

—Sí. Anda, vamos a bailar —pidió él deseando integrarse en una actividad para evitar la mirada pesarosa de Marta, a la que no había conseguido engañar.

Se unieron a los que bailaban, la música volvía a ser rápida y se integraron en el grupo.

Las horas pasaron sin que se dieran cuenta, y ya de madrugada subieron al autobús

que les llevaría hasta casa. Marta pasaría la noche en Espartinas, decidida a no desperdiciar ni un minuto de la estancia de Sergio en Sevilla. Mimosa, se echó en su hombro aprovechando que Javier estaba sentado varios asientos por delante y no vería el gesto. Siempre era muy cuidadosa con las expresiones de afecto cuando él estaba presente.

Sergio le rodeó los hombros con un brazo y le susurró al oído:

—Si tuviera un euro por cada vez que me han preguntado esta noche cuándo nos toca a nosotros, sería rico.

—Sí, a mí también. ¿Y qué les has dicho?

—Que más adelante. ¿Y tú?

—Lo mismo.

Sergio la besó en el pelo, envidiando secretamente a su hermana que a partir de esa noche tendría a Ángel siempre en su cama. Sí, algún día Marta y él podrían disfrutar de lo mismo. Por lo pronto, esa noche estarían juntos, aunque ya quedaba poco para que amaneciera, pero él pensaba aprovechar cada minuto. La besó en el pelo y ella se acurrucó aún más contra él. Lejos quedaba el enfado y los celos, y se sintió el hombre más afortunado del mundo por tenerla.

Capítulo 20

Nacimiento de María

Sergio supo nada más entrar al camarote para irse a la cama, que al fin habían salido de la zona sin cobertura. El móvil que guardaba en el cajón de la mesilla, encastrada en la pared para evitar accidentes en caso de mar picada, parpadeaba con una pequeña lucecita en la parte superior, sinónimo de actividad.

Habían estado incomunicados dieciocho días, y aunque esta vez sí había avisado a Marta y se había despedido de ella debidamente, con un «te quiero», estaba deseando escuchar su voz cantarina a través del pequeño aparato.

Desbloqueó la pantalla y comprobó que tenía dos mensajes, uno de Marta con la palabra «imagen» y otro de texto de su padre.

Consciente de que su compañero de camarote entraría en breve, salió y buscó un lugar donde leerlos en privado y donde llamar a su novia sin testigos. Lo encontró como siempre en un rincón de cubierta, uno de sus lugares favoritos y poco frecuentado. Abrió el mensaje de su novia y la pantalla se llenó con una imagen de ella sosteniendo en brazos un bebé, al que miraba con arrobamiento. Debajo, una única frase: «Te presento a María, la sobrina más bonita que nadie puede desear».

El mensaje tenía fecha de seis días atrás, Miriam había dado a luz un poco antes de lo previsto, y Sergio contempló a la pequeña, emocionado. Debía tener apenas unas pocas horas, la piel todavía enrojecida y arrugada, los ojitos cerrados y una espesa mata de pelo castaño y rebelde heredada de su abuelo Francisco y de él mismo. Sintió una honda emoción al contemplar a la pequeña en brazos de Marta, y su mente se disparó al día en que ella sostuviera a los hijos de ambos. Y comprendió que el reloj biológico no solo funcionaba para las mujeres, porque ya cerca de los veintinueve años él estaba sintiendo en aquel momento el tirón y la necesidad de convertirse en padre a su vez.

Imaginó a Marta embarazada, con el vientre hinchado y la mirada radiante de felicidad, imaginó sus propias manos recorriendo a través de la piel de ella el cuerpo de su hijo, imaginando sus facciones a partir de las fotos de las ecografías... y suspiró. Aún tenía que solucionar algunas cosas en su vida para llegar a eso, pero llegaría.

A continuación, abrió el mensaje de su padre. No era frecuente que él le escribiese

cuando estaba en alta mar, más bien era Susana quien se comunicaba con él, de modo que lo leyó con una leve punzada de inquietud: «Hola, hijo. Marta me ha dicho que estarías sin cobertura unos días. Solo quiero decirte que me llames cuando puedas, para comentarte algunos detalles del encargo que nos hiciste antes de marcharte. Besos».

Sonrió. Eso podía esperar. Eran las nueve de la noche en España, la hora perfecta para llamar a Marta.

La voz de ella respondió en seguida, alegre y cantarina.

—Hola, marinero. Tenía la intuición de que hoy sabría de ti.

—Hola, preciosa. ¡Qué bien te sienta la niña en brazos!

Ella lanzó una carcajada.

—¡No irás a decirme que se te ha antojado!

—Completamente. ¿A ti no?

—Sí, a mí también. Yo creo que hasta a Hugo, que se le veía de un tierno con ella en brazos... Se le caía la baba. Bueno, a todos, es preciosa.

—Ya lo he visto. Y Miriam, ¿se encuentra bien?

—Perfectamente, ha sido un parto un poco largo, pero sin complicaciones. Al día siguiente se fue a casa con su pequeña.

—Estoy deseando abrazarlas, a las dos.

—Solo en esta ocasión te permito abrazarlas a ellas antes que a mí, pero no te acostumbres.

—Lo siento, chica, te ha salido una dura competidora con la enana.

—Ya veo. Pues vas a tener que luchar a brazo partido con toda la familia, la nuestra y la de Ángel. ¿Sabes? La abuela paterna le ha comprado un vestido rosa lleno de encajes que a Miriam no le gusta nada, y Hugo para contrarrestar le ha encargado en Internet una camiseta minúscula de calaveras.

—Supongo que yo le tendré que comprar una de rayas con un ancla.

—Sería lo adecuado, sí. ¿Cómo va la travesía? ¿Es buena?

—Sí, bastante tranquila. Buen tiempo y pocos problemas.

—Me alegro, ya cada vez que sales me entra la inquietud.

—Esta vez navegamos por lugares seguros.

—¿Existe eso en la actualidad?

—Bueno, dentro de lo que cabe. ¿Y tú qué tal? ¿Algún caso nuevo?

—No, nada nuevo. Papeleo, testamentos y burocracia... nada demasiado interesante, lo que es perfecto para acercarme casi cada tarde a visitar a mi sobrina favorita.

—Disfrútala y háblale de su tío marinero. Dile que en breve le conocerá.

—¿Muy en breve? Dime que sí...

—Eso espero. Y ahora te dejo, tengo que llamar a mi padre, él también me ha dejado un mensaje.

—De acuerdo. Un beso muy fuerte, cariño.

—Otro para ti. Te quiero.

Colgó y miró la línea del horizonte por unos minutos. Después llamó a su padre.

—Felicidades, abuelo.

—Hola, Sergio. Supongo que ya Marta te ha puesto al corriente.

—De todo, incluso de la camiseta de calaveras.

—Este Hugo... ¿Y tú cómo estás?

—Muy bien, papá. Estamos teniendo una buena travesía.

—Bien, hijo, me alegro.

—Me decías en tu mensaje que tenías que hablarme del caso de mi secuestrador.

—Sí. El juicio se ha celebrado muy pronto, y puesto que para él era el primer secuestro que realizaba, le han caído solo cuatro años de cárcel. Al resto, algunos más.

—Algo es algo.

—Hemos localizado a la familia, ciertamente viven en unas condiciones deplorables. Padre enfermo, mujer y dos hijos viviendo en una habitación... escasos ingresos por parte de la esposa... No saben nada de las actividades de su hijo y marido, solo que de vez en cuando les enviaba algo de dinero, y por supuesto no tienen ni idea de que va a pasar una larga temporada en la cárcel. Tu madre y yo hemos pensado ingresarles de forma anónima una cantidad trimestral para que les ayude hasta que él cumpla su condena.

—No, anónima no. Hazlo de forma que sigan creyendo que es él quien se lo envía. No creo que aceptaran ayuda de desconocidos. Son pobres, pero por lo que pude adivinar, su dignidad no se lo permitiría. Y no lo vais a enviar vosotros, sino yo.

—Para nosotros no supone ningún esfuerzo, Sergio, ya sabes que contamos con una situación económica desahogada.

—Ya lo sé, pero debo ser yo. Quiero ser yo.

—De acuerdo, como quieras. Lo arreglaré todo.

—Gracias papá. Y ahora pásame a la feliz abuela, quiero felicitarla también.

Fran lanzó una risita.

—No está... ha ido a llevarle una compra a tu hermana, pero esa es solo la excusa... en realidad ha ido a ver a la niña.

—¿Y tú?

—Yo he preferido quedarme, ya pasaré mañana más temprano, a estas horas hay demasiada gente en su casa. Entre nosotros, no soporto a la madre de Ángel, siempre queriéndolo decidir todo. Tu hermana va a tener que ponerle freno en breve.

—Entiendo. Pues dale a mamá un beso y dile que ya la llamaré en cuanto pueda.

—Vale, hijo, cuídate.

—También vosotros.

Apagó el móvil y se acodó en la barandilla de estribor, contemplando el mar. Su vista se perdió en el horizonte y su mente divagó hacia el futuro... hacia la casa familiar de Espartinas llena de nuevo de risas infantiles, de una nueva generación que estaría encabezada por María.

Capítulo 21

Cumpleaños de Marta

Marta se despertó sobresaltada cuando le sonó el móvil algo antes de las ocho de la mañana. Era su 29 cumpleaños y una vez más iba a pasarlo sin Sergio; pero no tenía ninguna duda de que esa llamada era suya, no sabía desde dónde. Se sacudió el sueño y escuchó su voz alegre a través del pequeño aparato.

—Buenos días, preciosa. Felicidades —le había dicho.

—Gracias, marinero.

—Disculpa la hora, no sé si te he pillado dormida aún.

—Un poco. Hoy no tengo que estar en el juzgado hasta las once.

—Y mi pequeña dormilona aprovecha hasta el último minuto en la cama.

Ella se echó a reír. Sergio era más bien madrugador, probablemente debido a los horarios del barco, y a ella le gustaba quedarse acostada hasta tarde siempre que podía.

—Sabes que sí.

—Te pido perdón, pero luego lo voy a tener complicado para llamarte. Aparte de que quería ser el primero. Lo he sido, ¿verdad?

—Me temo que no. Mi padre me felicitó anoche a las doce en punto.

—A él se lo perdono.

—¿Dónde estás? ¿Cuándo vienes a casa?

—Estoy mucho más lejos de lo que me gustaría, no tengo muy claro dónde en estos momentos. Y lo de ir a casa... espero que pronto. Te echo mucho de menos.

—Y yo a ti. Cada día que pasamos separados, se me antoja interminable.

—¿Qué planes tienes para hoy? ¿Alguna fiesta de cumpleaños?

—No, una fiesta sin ti no me apetece. Si alguna vez mi cumpleaños coincide con una visita tuya, entonces la celebraré.

—Lo intentaré para cuando cumplas los 30.

—Eso es el año que viene.

—Lo sé. Aunque no te puedo asegurar nada.

—No te preocupes, si no puede ser, me conformaré con que me despiertes al amanecer para felicitar-me.

—Entonces, si no hay fiesta, ¿cómo lo vas a celebrar? Prométeme que no te vas a quedar en casa.

—Voy a cenar fuera con mis padres. Al parecer han abierto un restaurante nuevo y carísimo al que están deseando llevar-me.

—Algún día seré yo quien te lleve a cenar por tu cumpleaños, te lo prometo.

—Te tomo la palabra.

—Bueno, cariño te tengo que dejar. Me espera un día muy ajetreado hoy. Que pases un feliz cumpleaños. Un beso muy fuerte

—Gracias, para ti también. Y cuídate.

La comunicación se cortó y Marta se levantó con una sonrisa radiante. El día no podía haber amanecido mejor. Hacía ya una semana que no tenía noticias de Sergio y había dudado de que pudiera ponerse en contacto con ella.

Salió al salón donde su padre terminaba de arreglarse la corbata antes de salir para el juzgado.

—¿Ya levantada?

—Sí, me acaba de llamar Sergio.

—Entonces hoy no estás de mal humor por el madrugón.

—No, hoy no.

—Tampoco es tan temprano —protestó Inma—. Yo me levanto a las siete todos los días.

—Ya, pero a mi niña le gusta dormir.

—Tu niña está a punto ya de entrar en los treinta... —volvió a decir Inma divertida.

—Y luego en los cuarenta y en los cincuenta, pero no por eso dejará de ser mi niña.

Marta sonrió. Siempre sería la niña mimada de Raúl. Desde pequeña había escuchado a su madre recriminarle que la malcriaba y él respondía invariablemente que para eso estaba ella, para contrarrestar el efecto.

Pero Inma no había sido una madre dura ni excesivamente estricta. Al contrario, había sido una amiga la mayoría de las veces, pero capaz de meterse en la piel de madre cuando era necesario.

—Me marcho —dijo Raúl dándoles un beso antes de salir—. Comeré fuera, y nos vemos esta noche. Ponte guapa, cielo, que aunque yo no sea tu novio, me gusta que te arregles para mí.

—Me pondré guapísima, te lo prometo.

—Yo también me voy, Marta. Hasta luego.

—Adiós, mamá.

Aquella noche hizo lo prometido. Se arregló para su padre, el segundo hombre de su vida. Había ido a la peluquería, donde le habían hecho un recogido con una trenza que le recorría la cabeza de lado a lado y se había puesto uno de los escasos vestidos elegantes que tenía. Y hasta se había calzado unos tacones, en la seguridad de que iban a ir en coche.

Lo único que desentonaba entre tanta elegancia era la pulsera de conchas, de la que nunca se desprendía.

Inma sonrió al verla.

—Estás preciosa, nena, realmente espectacular.

—Faltaría más. El segundo hombre de mi vida me ha pedido que me vista para él y no puedo defraudarle. Tú también está guapísima mamá —dijo mirando el vestido sobrio y elegante de Inma, que conservaba su figura esbelta y juvenil.

—Yo me he vestido para el primer hombre de mi vida, que también me lo ha pedido. También nosotros tenemos hoy algo que celebrar... ¡Hace veintinueve años que somos padres!

Raúl apareció, guapísimo y elegante también con su traje oscuro.

—Esta noche voy a ser muy envidiado... —dijo paseando la mirada de una a otra. Y se acercó a besarlas a las dos

—¿Podéis hacerme una foto para mandársela a Sergio?

—Por supuesto.

Mientras Inma le sacaba una foto del brazo de Raúl, Marta se sentía muy afortunada por todo lo que la vida le había regalado. Por sus padres, por su novio, aunque en aquel momento estuviera lejos, y también por su familia adoptiva, que habían estado llamándola por teléfono durante todo el día para felicitarla. Incluso Javier la había telefoneado desde Maryland para desearle un feliz día de cumpleaños.

Iba a proponerles a sus padres hacerles una foto juntos cuando sonó el timbre del portal. Raúl se acercó a abrir y volvió sonriendo.

—Al parecer se trata de un paquete para ti, Marta. Mejor que lo recibas tú.

—¿Para mí? ¿A estas horas? Debe ser cosa de Sergio, seguro —dijo acercándose a la puerta.

—Yo voy a terminar de retocarme el maquillaje —dijo Inma dirigiéndose al cuarto de baño—. Tu padre me ha besado con demasiado entusiasmo.

Él la siguió.

—Ya que te lo vas a retocar, ¿puedo estropeártelo antes un poco más?

Marta sonrió contemplándolos mientras se dirigía a la puerta del piso. Cuando sonó el timbre, abrió. Al otro lado estaba Sergio medio oculto por un enorme ramo de flores.

—Feliz cumpleaños, preciosa.

Ella se abalanzó sobre él sin pensar en las flores que se aplastaban y le abrazó con fuerza.

—Dios, Sergio... ¡Está aquí!

Él sonrió con picardía y la rodeó con el brazo que tenía libre.

—Este año no te va a tocar celebrar sola tu cumpleaños. Ni el mío.

—¿Te quedarás muchos días?

—Los suficientes.

Ella se separó un poco, y cogió las flores algo tronchadas por el efusivo abrazo, para ponerlas en agua.

—Deja que te vea... —susurró él mirándola con adoración—. Estás preciosa.

—Mi padre me pidió muy especialmente que me arreglase para él... ¿O era para ti?

—Para los dos —dijo con un guiño.

—Ellos lo sabían.

—Sí, han sido mis cómplices; yo he llegado esta mañana. Han reservado en mi nombre y me han ayudado a prepararlo todo.

—¿Cuándo me llamaste ya estabas en Sevilla?

—Estaba a punto de coger el tren.

Marta le lanzó una mirada apreciativa y cargada de deseo.

—Tú también estás guapo, marinero... Mucho. Tanto que casi me gustaría saltarme la cena.

—De eso nada; tengo la noche perfectamente planeada y no vas a conseguir que cambie ni un segundo de ella. De modo, señorita impaciente, que por una vez te toca dejarte llevar y obedecer.

—A la orden, capitán, pero como bien has dicho, por una vez. No te acostumbres —dijo ella aludiendo al reciente nombramiento a capitán que había tenido.

Inma y Raúl salieron en aquel momento. Ambos abrazaron a Sergio con cariño. Marta les observada pensando en que no habría podido soportar que sus padres no aceptaran a su novio, pero ellos lo adoraban casi tanto como ella.

—Vamos a comer los cuatro juntos, ¿no?

Raúl negó con la cabeza.

—No. Sergio nos ha pedido tenerte en exclusiva esta noche y nosotros lo comprendemos. Además, ya sabes que tu madre y yo tenemos nuestra propia celebración.

—De acuerdo —dijo aceptando la explicación. No le desagradaba en absoluto la idea de una cena romántica los dos solos.

Se despidió de sus padres y salió, seguida de Sergio. Ambos se acomodaron en el coche de Susana aparcado en la puerta. Al sentarse, el vestido corto de Marta ascendió por el muslo y Sergio no pudo evitar alargar la mano y acariciarle la rodilla. Ella se estremeció. Hacía dos meses y medio que no estaban juntos.

—¿Seguro que no quieres saltarte la cena? Mis padres se van, ya les has oído.

Él la miró a los ojos con intensidad.

—Seguro.

—Entonces prométeme que comeremos deprisa.

—Hoy no. Hoy vamos a tomarnos nuestro tiempo para todo. Cenaremos despacio, disfrutaremos de la charla y tras los postres abrirás tu regalo.

—¿Otro regalo? Sabes que el mejor que puedes hacerme es tenerte aquí.

Él sonrió enigmático.

—No lo sé... creo que el que viene después te va a gustar más.

—¿En serio?

—Sí.

—¿No vas a decirme que es?

—No.

—Pero me darás alguna pista.

—Si quieres... a eso puedo llegar.

—¿Grande o pequeño?

—Mediano.

—¿Se puede guardar en una caja?

—Está guardado en una caja.

El juego le recordó la niñez, cuando la impaciente Marta era incapaz de esperar los regalos de cumpleaños o de Reyes sin intentar averiguar su contenido. Casi nunca acertaba, él se las apañaba para despistarla más que acercarla a la verdad.

—¿Se pone? —siguió preguntando.

—No.

—¿Se disfruta?

Él sonrió.

—Mucho.

Marta acarició con suavidad la pierna de su novio desde la rodilla hacia el muslo en un gesto insinuante.

—¿No me lo puedes dar antes del postre? A lo mejor podemos disfrutarlo esta noche...

Sergio frunció ligeramente el ceño.

—¿Qué te hace pensar que es para disfrutarlo juntos?

—Porque te has relamido al decirlo.

Sergio trató de ocultar una nueva sonrisa. Sabía que ese gesto que había hecho adrede la despistaría.

—Hemos llegado.

Marta no se dio por vencida.

—¿Tiene una concha?

—Hay una concha dentro del paquete, sí.

—¿No vas a...?

Sergio le cogió la cara con ambas manos y la besó con intensidad, aun a riesgo de arruinarle el maquillaje. Le importaba un bledo, de todas formas más tarde se lo iba a quitar todo a fuerza de besos. Luego se miraron a los ojos.

—Ahora, a cenar.

Entraron en el caro y exclusivo restaurante en el que nunca antes habían estado. Los dos preferían los sitios íntimos y de comida abundante más que los restaurantes de lujo, y nada más entrar Marta supo que aquella velada se trataba de algo más que de celebrar su cumpleaños. En cuanto se sentaron, le preguntó:

—¿Es esta una noche especial?

—Por supuesto que lo es. Es tu veintinueve cumpleaños y estamos celebrándolo juntos. ¿Hay algo más especial que eso?

—No, la verdad es que no.

El camarero se acercó, eligieron en silencio el menú y Sergio encargó vino en lugar de la cerveza que solía preferir. Marta era consciente de que estaba tomándose muchísimas molestias aquella noche, de que había algo distinto en la mirada de él, en esos ojos castaños que la acariciaban en silencio y brillaban de anticipación.

Trató de dominar su impaciencia y disfrutar de las exquisiteces que ofrecía la carta con calma, sin engullir la comida para terminar cuanto antes y llegar el postre. Dejando aparte el regalo, aunque sentía curiosidad, de lo que de verdad tenía ganas era de retirarse con Sergio ya fuera a su casa o a la de él y olvidarse del mundo por unas horas. Tenerle a solas y sin ropa era el mejor regalo que podía desear, pasar la mano por el cuerpo musculoso y bronceado y calmar el deseo que llevaba conteniendo desde hacía más de dos meses.

—Sé lo que estás pensando... —dijo él divertido, justo antes de meterse un trozo de pescado en la boca.

—¿Tan transparente soy?

—Mucho.

—¿Y no vas a hacer nada por remediarlo? —preguntó quitándose el zapato y, deslizándolo por debajo de la mesa, lo introdujo dentro del pantalón y le acarició la pantorrilla con la punta de los dedos.

—Todavía no. Voy a aguantar estoicamente hasta el final de la cena, hagas lo que hagas.

—Me estás haciendo sufrir.

—Yo también estoy sufriendo, preciosa, pero hoy nada de prisas.

—De acuerdo, tú ganas. Intentaré aguantar hasta el final de la noche.

Terminaron de cenar, incluido un delicioso postre, en medio de una agradable conversación sobre los dos últimos meses de la vida de ambos, y cuando al fin los platos estaban vacíos, Marta reclamó.

—Ya hemos cenado, ahora mi regalo. Creo que me lo he ganado.

—Todavía no.

—¿No? Me prometiste...

—Que tendrías tu regalo después del postre, y lo tendrás. Pero no aquí.

—¿Dónde entonces?

—He reservado habitación en un hotel. Esta noche nada de la casa de nuestros padres, quiero total intimidad. Completamente solos los dos.

—Me parece genial; así podré gritar si me apetece.

—Te haré gritar, cariño —dijo guiñándole un ojo—, te lo prometo.

A continuación, se levantó de la mesa. Marta le siguió pensando en que pronto estarían solos y el regalo quedó completamente olvidado.

Sergio condujo hasta uno de los mejores hoteles de la ciudad y sin pasar por recepción se encaminó a los ascensores y a la habitación que tenía reservada. Extrajo la tarjeta del bolsillo y abrió, haciéndola pasar a una habitación espaciosa con una enorme cama de matrimonio.

Apenas la puerta se cerró tras ellos, Marta le echó los brazos al cuello para besarle, pero Sergio la apartó suavemente.

—Antes el regalo.

—¿Ni siquiera un beso? Me muero de ganas de besarte, capitán. Nunca he besado a un capitán de barco y estoy loca por hacerlo.

—Este capitán, si te besa, no va a poder contenerse y el regalo tendrá que esperar a mañana.

—A mí no me importa.

—A mí sí. Primero el regalo.

Ella hizo un mohín y añadió:

—¿Sabes que te has vuelto muy mandón con el nombramiento? No sé si prefería al simple piloto. De acuerdo, dame el regalo y pasemos a lo importante —dijo extendiendo la mano.

Él abrió el cajón de la mesilla de noche y extrajo una caja de madera pulida de unos veinticinco centímetros de largo y unos diez de alto. Marta la cogió intrigada y comprobó que era muy ligera, apenas pesaba. La abrió y encontró un papel banco enrollado y atado con una cinta azul.

Miró a Sergio y le encontró la mirada chispeante y picarona de cuando iba a hacer una travesura. Con mano nerviosa desató la cinta y desenrolló el papel grueso. Nada más abrirlo comprobó que era un documento oficial y en él se concedía un determinado puesto al Capitán Sergio Figueroa Romero.

No terminaba de entender, o quizás no quería hacerse ilusiones, por lo que mirándole fijamente, le preguntó:

—¿Qué significa esto?

Él tragó saliva antes de hablar, emocionado.

—Es la concesión del traslado que he pedido para desarrollar mi trabajo en el puerto de Cádiz. Se acabaron las largas ausencias, Marta, no voy a volver a embarcarme, salvo en vacaciones.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas mientras Sergio continuaba hablando.

—A partir de ahora cumpleaños, navidades, alegrías y tristezas las viviremos juntos.

Ella permanecía muda, consciente del enorme sacrificio que Sergio acababa de hacer.

—¿Estás seguro? —preguntó con voz ronca.

—Jamás he estado más seguro de nada, salvo de que te quiero.

—Pero el mar es tu pasión, tu vida...

Él se acercó más y le quitó el papel de las manos, que le temblaban.

—Tú eres mi pasión y mi vida, y ya te he tenido abandonada demasiado tiempo. Se acabaron las despedidas y las largas ausencias. El mar seguirá estando ahí y tengo... tenemos un barco para salir a navegar siempre que lo deseemos.

—Yo no quiero que renuncies...

Sergio alargó las manos y le cogió la cara entre ellas.

—No voy a renunciar a nada, solo he llegado a un punto de mi vida en el que tú eres lo más importante. Y te quiero a tiempo completo. Trabajaré en Cádiz y regresaré a Sevilla cada tarde para estar contigo.

La besó y Marta le rodeó el cuello con los brazos y se apretó contra él. Pudo sentir la emoción de Sergio en sus labios. Las manos de él temblaban en su cara. El beso duró mucho, reflejo de la larga ausencia que acababan de soportar.

Cuando al fin se separaron, Marta empezó a desabrochar los botones de la camisa. Al fin llegaba el momento que había estado esperando toda la noche. Pero de nuevo, Sergio le apartó las manos.

—Aún no.

—¿Qué pasa ahora? —dijo impaciente.

—¿No echas en falta nada en el regalo?

Marta sonrió.

—La concha...

Él le devolvió la sonrisa.

—En efecto... la concha —dijo sacando del bolsillo del pantalón una caja pequeña que había estado sintiendo junto a la pierna durante toda la noche, y que estaba deseando entregarle.

—Ten... tu concha.

La abrió, y contra lo que esperaba, dentro no había una concha con un engarce para colocarla en la pulsera como las anteriores, sino un anillo. Encima del aro de oro blanco había una pequeña concha del mismo material con una perla dentro.

—Sergio, esto es...

Él sonrió.

—Un anillo, sí. Marta Hinojosa... ¿Quieres casarte conmigo?

Ella sintió un nudo de emoción subirle del pecho y atascarse en la garganta.

—Por supuesto, marinero.

Sergio cogió el anillo y se lo puso en el dedo. Y después la besó, alargando una mano hacia la cremallera del vestido de Marta, impaciente también por tenerla en la cama. Por celebrar juntos el fin de una etapa y el comienzo de otra.

Había vivido varios años de intensa navegación y lo había disfrutado, pero era consciente de que había descuidado su relación con Marta. El mar seguiría estando ahí para disfrutarlo en vacaciones, los fines de semana e incluso las tardes. No necesitaba estar navegando durante meses, pero había renunciado demasiado tiempo a Marta. No quería que llegara el día en que descendiera del barco y ella ya no le mirase con sus azules ojos llenos de amor y de deseo.

Había llegado el momento de dormir junto a ella el resto de su vida, de llevarle el desayuno a la cama y de formar una familia. No más despedidas ni incertidumbre, solo ellos y el amor que siempre se habían tenido el uno al otro.

Se desnudaron mutuamente con una emoción nueva, y un deseo diferente, y por primera vez en ocho años se acariciaron sin prisas, sin la sensación apremiante de tener que aprovechar cada minuto de estar juntos, porque luego les faltaría. Tocando, besando y acariciando con lentitud, y al fin hicieron el amor mirándose el uno al otro con una intensidad nueva y más amor que nunca.

Después, Marta se acomodó contra el costado de Sergio y deslizando la mano por el ligero vello del pecho, susurró:

—¿Hace mucho que tenías pensado pedir el traslado?

—Desde que nos apresaron. Un compañero dijo que su mujer había dado a luz mientras estaba en alta mar y en ese momento tomé la decisión de que eso no nos pasaría a nosotros. Que el día que nazcan nuestros hijos yo estaré a tu lado, cogiéndote la mano, ya que no puedo hacer otra cosa. No quiero perderme embarazos, cumpleaños infantiles ni partidos de fútbol. Voy a ser un padre cercano, como los nuestros, de los que ponen biberones y cambian pañales, no un señor que viene de visita de tarde en tarde.

Marta alargó la mano y se miró el anillo. Lo notaba extraño en el dedo, pero se acostumbraría.

—Me iré a Cádiz a vivir contigo, no quiero que estés todos los días en la carretera.

—¿Y tu trabajo?

—Existe Internet... y los teléfonos... no es necesario que esté en Sevilla para trabajar. Iré solo cuando tenga un juicio.

—¿Y vas a dejar tu Sevilla querida para venirte a Cádiz?

—Por supuesto. Mi casa está donde estés tú, Sergio. Tú has dejado el mar por mí, es justo que yo también ponga de mi parte.

—Por ti no, por nosotros. Y por nuestros hijos.

—Muy padrazo estás tú hoy. Tu sobrina te tiene babeando, ¿eh?

—Es que es preciosa la pequeña María.

Marta le pellizcó con suavidad un pezón.

—Pues de momento te vas a conformar con ella. Yo te quiero para mí sola una buena temporada, tengo que resarcirme de mucho tiempo de ausencia.

—Todo el que tú quieras, preciosa. Prometo que te resarciré de todo eso. Y que los hijos vendrán cuando tú los desees.

Ella se restregó mimosa contra el pecho de él, y susurró:

—Puedes seguir resarciéndome otro poco ahora, si te parece.

Él alargó los brazos y la colocó sobre su cuerpo, para besarla de nuevo.

Capítulo 22

Boda

Marta se despertó al amanecer, de nuevo en casa de sus padres en Montequinto. Aunque llevaba ya quince meses viviendo con Sergio en Cádiz, había regresado para pasar allí su última noche de soltera.

Él se había adaptado bien a trabajar en tierra, pero casi cada tarde ambos daban un paseo hasta la playa, y veían el precioso ocaso que se contemplaba desde el paseo marítimo. A menudo los fines de semana hacían alguna excursión en el barco, trasladado desde Ayamonte, y Marta veía cómo Sergio aspiraba con fuerza el aire salado y apreciaba aún más el sacrificio que había hecho al abandonar la navegación por ella. Pero él era feliz, de eso estaba segura, aunque si alguna vez dejaba de serlo, sería la primera que le animaría a embarcarse de nuevo. Lo último que deseaba a su lado era un hombre amargado y descontento.

Los diez meses de convivencia habían sido una luna de miel constante para los dos. Amanecer juntos cada día, vivir las pequeñas cosas cotidianas y que nunca habían hecho como ir a la compra, hacer la limpieza o cocinar suponían un placer añadido a su relación. Jamás, desde que eran adolescentes, habían pasado juntos tanto tiempo y a veces aún les costaba no amarse con avidez para aprovechar todos los minutos disponibles.

Una o dos veces por semana Marta iba a Sevilla por motivos de trabajo, para acudir al juzgado o resolver temas que no podía solucionar por correo electrónico o teléfono, e Inma podía ver la felicidad en la cara de su hija, lo que compensaba sobradamente que viviera en otra ciudad. Esos días almorzaban juntas, unas veces solas y otras con Raúl o con Susana. Luego Marta regresaba a Cádiz donde la esperaba un Sergio sonriente que la recibía con los brazos abiertos y una taza de café recién hecho o la cena preparada. Su marinero, que en unas pocas horas iba a convertirse en su marido.

Unos ligeros golpes en la puerta terminaron de espabilarla.

—Cariño, es la hora —anunció la voz de Inma al otro lado.

—Pasa mamá, estoy despierta.

Esta entró y se sentó en la cama, saludándola con un beso de buenos días.

—¿Nerviosa?

—No demasiado. Feliz sí, mucho.

—Lo sé, nena, lo leo en tu cara.

—Hace casi once años que Sergio y yo empezamos a salir, parece que fue ayer. Este momento se ha hecho esperar, pero al fin ha llegado.

Raúl asomó la cara por la puerta entreabierta.

—La ducha es toda tuya, cariño.

—Voy —dijo levantándose de la cama de un salto—. No es cuestión de hacer esperar a mi marinero.

—Tu marinero te esperará lo que haga falta, no creo que tengas dudas sobre eso.

—Aun así, voy a romper la tradición y seré una novia puntual.

En un rato la casa se llenó de bullicio. Miriam llegó casi a la vez que la peluquera para ayudar a vestir a su amiga, del mismo modo que esta había estado presente año y medio antes cuando ella se casó. Por un rato Raúl fue relegado al despacho mientras su hija se acicalaba para dar el «sí quiero» al hombre de su vida.

Cuando estuvo lista, Inma fue a buscarle.

—Señor padrino, la novia te espera...

Raúl contempló embobado a su mujer, elegantísima y preciosa con un vestido azul que hacía juego con sus ojos y resaltaba su cuerpo esbelto y juvenil.

—Si está la mitad de bonita que su madre, ese pobre Sergio va a llevarse empalmado toda la ceremonia... lo mismo que el padrino.

Inma se acercó sonriendo a enderezarle la corbata.

—No seas animal.

—Animal, ¿eh? —dijo cogiéndole la mano y acercándosela a la entrepierna.

Ella ahogó una risita.

—Pues más vale que te calmes, porque hoy es el día de tu hija, y vas a tener que esperar mucho rato para solucionar eso.

—Hoy es el día de mi hija, pero la noche será nuestra, ¿verdad?

—Sí. Toda nuestra —dijo ella alzándose un poco y dándole un beso ligero en los labios. Él hizo intención de agarrarla para besarla con más intensidad, pero se escapó con habilidad.

—Ni lo sueñes, ahora no es el momento. Me estropearías el maquillaje y no hay tiempo de retocarlos. Esta noche podrás hacer todos los estragos que quieras. Marta ya está lista y el coche esperando.

Raúl salió del despacho. En la puerta del piso estaba Marta con un vestido blanco de escote palabra de honor que moldeaba su figura llena de curvas. Sintió una profunda emoción al contemplarla y tragó saliva.

—Estás preciosa, cariño.

Inma le colocó un *cleenex* bajo la barbilla lo que hizo que todos rieran.

—Y tú, guapísimo. Mamá va a tener que vigilarte a conciencia esta noche.

—¿Ella a mí? Soy yo el que no se va a separar de su lado ni un segundo, van a salirle moscones de todas partes.

—Vamos, no quiero llegar tarde.

Raúl le ofreció su brazo y entraron en el ascensor.

En el portal estaba el coche nupcial adornado con grandes lazos blancos, pero echado en la puerta del conductor no estaba Fran como habían acordado, sino Javier. Su mirada se iluminó al verla aparecer y le dedicó una enorme sonrisa.

—Espero que no te importe que haya convencido a mi padre para ocupar su puesto. Quiero ser yo el que lleve a mi amiga a su boda. No te ofrezco mi brazo porque es privilegio del señor juez, pero me gustaría ser el padrino del primer niño si se diera el caso —dijo mirándola intensamente.

—Claro que no me importa. Me hace mucha ilusión que seas tú quien conduzca, Javi. Y lo del niño, pues no sé si lo tendremos y mucho menos si lo bautizaremos, pero si lo hiciéramos, ese es un honor que nadie te va a disputar.

Él abrió la puerta y la invitó a entrar.

Ella se acomodó con cuidado en el asiento y poco después Javier los conducía al barco de Sergio situado en el Guadalquivir, donde se iba a celebrar la boda. Ambos habían estado de acuerdo en que no querían ni iglesia ni juzgado, y el barco les

pareció el lugar ideal para darse el «sí quiero».

La ceremonia estaría restringida a un número limitado de personas, solo la familia más cercana. Y sería el que fue capitán de Sergio durante mucho tiempo quien la oficiaría. Una boda totalmente marinera.

Cuando el coche paró en el muelle, el barco se veía reluciente y engalanado para la ocasión. La tarde anterior Hugo, Javier y sus primos Manuel e Isaac habían estado colgando guirnaldas hechas con conchas de un extremo a otro formando un entramado sumamente original. Sergio había insistido en que no quería flores como adorno, sino conchas y ellos le habían complacido.

—Habéis adornado el barco con conchas...

—Han sido órdenes del capitán Figueroa —comentó Javier—. Dijo que nada de flores.

Raúl le ofreció su brazo y Marta se aferró a él, caminando con firmeza por el muelle hasta la pasarela engalanada que habían colocado.

Sergio le tendió la mano para ayudarla a subir, y sus miradas se encontraron. Estaba imponente con su uniforme de gala azul marino con los galones de capitán bordados en la bocamanga y Marta sintió agitarse su interior con una emoción profunda.

—Llegó el momento, preciosa. Al fin.

—Sí... al fin te pesqué, marinero.

Se situaron en cubierta con los padrinos, Susana y Raúl, a su lado y comenzó la ceremonia. El ritual tradicional había sido sustituido por unas emotivas palabras pronunciadas por el capitán a cuyas órdenes Sergio había navegado durante años. Luego, los novios se dedicaron unas palabras de su propia cosecha el uno al otro mirándose intensamente a los ojos y con la voz empañada de emoción. Miriam, con la pequeña María en brazos sintió deslizarse una lágrima por su cara y Fran le tendió un pañuelo a la vez que le quitaba a la niña de los brazos.

Miró a su hermano y a su amiga y rezó para que su vida de casados no supusiera una decepción como estaba siendo la suya. Su relación con Ángel era apacible y tranquila, él era un buen marido y padre, pero distaba mucho de lo que ella esperaba de un matrimonio y de una vida de pareja. Las relaciones sexuales eran esporádicas y cada vez más frías, y no pudo evitar pensar en lo que podría haber sido de haber elegido otro camino y a ese otro hombre que se cruzó en su vida en un determinado momento. Pero de nada servía lamentarse, él había desaparecido y ella tenía a María y a Ángel en su vida, e iba a seguir luchando con uñas y dientes por que funcionara.

Giró la cabeza y miró a Javier, le preocupaba su hermano mayor y sus sentimientos, pero vio en él una sonrisa distendida en lugar de la emoción tensa que esperaba, y se relajó. Lo estaba haciendo muy bien, los Figueroa eran maestros en ocultar sus sentimientos cuando era necesario.

Cuando terminó la ceremonia, y después del beso de rigor, mucho más largo y apasionado de lo estipulado, se trasladaron al local donde se celebraría la comida y el posterior baile.

También en esta ocasión todos los hermanos se reunieron en la misma mesa junto a los hijos de Merche. Pero Marta había cuidado mucho no sentar a Manuel al lado de Inés, y esta se situaba entre Miriam y Hugo. De todas maneras, el pequeño de Merche apenas le dirigió a la chica una mirada y un saludo de compromiso.

Tras el almuerzo, los novios abrieron el baile. Con ojos arrobados, Sergio cogió a su mujer por la cintura y la apretó con fuerza.

—Tengo que respirar —le susurró ella al oído apartándose un poco.

—Me cuesta mantenerme lejos.

—Dímelo a mí, con las ganas que tengo que quitarte ese traje... con el que imagino que te estarás asando de calor.

—No sé, estoy tan feliz que no siento frío ni calor... aparte del calor interno de verte con ese vestido, claro. Que, por cierto, no hago más que mirarlo tratando de adivinar cómo se quita, porque no veo cremallera, ni botones. No tendrás que dormir toda la noche con él, ¿verdad?

—No, se desabrocha. Ya te explicaré cómo.

Sergio apoyó la mejilla en el pelo rubio de Marta y se dejó llevar por la música romántica y sensual. Habían escogido una balada, la primera que bailaron de adolescentes en una fiesta del instituto. Estaba bastante pasada de moda, pero para ellos seguía siendo especial.

Javier los contemplaba en silencio y Hugo se le acercó y le susurró al oído:

—¿Quieres que salgamos a tomar algo?

—No.

—¿Seguro?

—Sí, seguro. Esto no me afecta... Ya no.

—Está bien. En ese caso voy a preguntarle a la jefa si quiere bailar.

—Seguro que querrá, la mayoría de las mujeres se pirran por bailar estas canciones lentas y ya apenas se pinchan en las discotecas.

Hugo palmeó a su hermano en el hombro y se dirigió hacia Inés, que le hacía carantoñas a la hija de Miriam. Javier continuó mirando a los novios que bailaban mejilla con mejilla.

La canción terminó y Raúl tomó el relevo de Sergio y a continuación fue Fran quien bailó con la novia. Antes de que la canción terminara Javier se dijo que no iba a permitir que nadie más se le adelantase, y acercándose tocó con la punta de los dedos el hombro de su padre.

—¿Me permites bailar con la novia?

—¡Cómo no! Toda tuya. Yo voy a ver si pillo a la madrina y me concede un baile.

Fran se retiró y Javier enlazó a Marta por la cintura y empezaron a bailar.

—Felicidades, pequeña.

—Muchas gracias, Javi.

—Eres la única que todavía me llama así.

—Si te molesta... intentaré acostumbrarme a llamarte Javier.

—No, me gusta. Al menos de momento.

—No entiendo.

—Ya entenderás.

Se hizo un breve silencio y luego Javier comentó:

—Sé que mi hermano te va a hacer muy feliz.

—Ya soy muy feliz.

—Lo sé. Lo leo en tus ojos —hizo una pausa antes de continuar—. Ahora me gustaría que leyeras tú en los míos.

Marta alzó la mirada y vio los ojos pardos que la miraban sonrientes.

—¿Qué debo leer? —preguntó con cautela.

—Que por fin puedo verte solo como amiga.

Ella tragó saliva.

—¿Lo dices de verdad, o solo para hacerme feliz este día?

—Nunca te he mentado, Marta, ni te he ocultado lo que sentía por ti, así que no tendría sentido hacerlo ahora. Pero por fin hoy puedo hablar en pasado. Mi corazón está ocupado por otra mujer.

Marta alzó la cabeza y le dio un beso emocionado en la mejilla.

—Gracias a Dios. ¿La mancha de la mora acabó por funcionar?

—Algo así.

—¿Por qué no la has traído? Me habría encantado darle un abrazo.

Él soltó una leve risita.

—Porque ella todavía no lo sabe.

—¿No lo sabe? —preguntó extrañada.

Javier sacudió levemente la cabeza.

—No, se lo diré en cuanto regrese. Te prometí que cuando sucediera tú serías la primera en saberlo.

—Pero Javi, no antes que ella.

—Tenía que estar completamente seguro, y para eso debía verte. Cuando la tenga delante y le diga lo que siento, no quiero tener ninguna duda.

—Y no la tienes.

—Ni la más mínima.

—¡No sabes lo feliz que me haces! Ahora sí puedo decir que este es el mejor día de mi vida. Acabas de darme el mejor regalo de bodas que podías hacerme.

—Me alegro. Pero aún hay otro, de todos los hermanos Figueroa, incluido tu recién

estrenado esposo.

—¿Tiene que ver con el viaje de novios que Sergio guarda tan celosamente en secreto?

—Sí.

—¿Y no vas a darme ninguna pista?

—Mi hermano me despellejaría. No, dejaré que él te dé la sorpresa.

—Los Figueroa hechos una piña como siempre, ¿no?

—Por supuesto.

—Y yo os quiero muchísimo a todos.

—Lo sé. Pero ya va siendo hora de que el señor capitán vuelva a bailar con su mujercita. Se le nota impaciente.

Javier la acercó bailando hasta Sergio y le cedió el sitio.

—Se muere por bailar contigo, hermano —dijo guiñándole un ojo.

Sergio la enlazó de nuevo y se integraron entre el resto de bailarines.

—¿Qué tal con Javier?

—Acaba de hacernos el mejor regalo de bodas del mundo.

—¡Vaya! ¿Ya se ha ido de la lengua con el viaje? —dijo

—No ha mencionado el viaje, me ha dicho que se ha enamorado. Hay alguien esperándole en Maryland.

—¿En serio? Joder, qué alivio.

—Sí.

—¿Significa eso que puedo achucharte en público sin sentir remordimientos de conciencia?

—Sí, exactamente eso.

Sergio estrechó más el cerco de los brazos y Marta recostó la cabeza sobre su hombro.

—Y hablando del viaje... ¿Por qué mares recónditos me vas a llevar?

—No puedo decírtelo. Es un regalo de todos.

—Javier dice que debes contármelo tú, tú dices que todos, y mientras yo me muero de impaciencia y curiosidad. Vamos a terminar con esto de una vez.

Se separó y Sergio rio para sus adentros. Había apostado con sus hermanos que no aguantaba toda la fiesta sin saber dónde iba a llevarla de viaje de novios.

Marta se dirigió resuelta hacia Javier que bailaba con Miriam y a Hugo que tomaba una copa con Inés y con Raúl, y les espetó.

—Se acabó. ¡Ahora mismo vais a decirme dónde me vais a mandar de viaje de novios!

—Que te lo diga Sergio.

—Ni hablar. Me lo vais a decir todos juntos. Vamos, desembuchad.

Raúl se encogió de hombros y comentó divertido:

—Esa es la rama Piñero.

Sin decir nada Hugo se dirigió a Susana y le susurró algo al oído. Esta sacó del bolso un sobre que le entregó, y que él alargó a su vez a Marta.

Esta miró uno a uno a sus tres amigos y a su marido, y vio diversión y expectación en la mirada de todos. Abrió el sobre y sacó dos billetes de avión. Después con los ojos muy abiertos, exclamó:

—¿Roma? Pero...

—¿Pero qué? —preguntó Hugo—. ¿No te gusta?

—Claro que me gusta, pero en Roma no hay mar. Pensé... —dijo mirando a Sergio— que me ibas a llevar de crucero por algún sitio.

—Esta vez no, preciosa. Siempre que vamos de viaje lo hacemos en barco. Esto tiene que ser algo especial. Ya haremos todos los cruceros del mundo más adelante. Pero si no quieres...

—Claro que quiero. ¡¡Roma!! ¡Gracias chicos! Sois estupendos.

—Ya nos lo puedes agradecer. Tu maridito te quería llevar por el Guadalquivir hasta Sanlúcar, ida y vuelta —bromeó de nuevo Hugo—. ¡No veas lo que nos costó convencerlo!

Marta abrió los brazos como cuando eran pequeños y los achuchó a todos a la vez.

—¡Mis chicos! ¡Os quiero!

Luego miró a Miriam.

—Ha sido idea tuya, ¿no?

—De pequeña siempre querías ir a Roma... Sergio dudaba entre Roma y París, pero le convencí.

—Gracias.

—Y ahora, satisfecha la curiosidad de la señora, ¿podemos seguir bailando?

—Sí, cariño, ahora ya podemos seguir bailando.

Le echó los brazos al cuello y se dirigieron de nuevo a la pista. A su alrededor bailaban todas las personas que querían: Fran y Susana, Inma y Raúl, Javier y Miriam —mientras Ángel cuidaba de su hija—, Hugo e Inés, Merche e Isaac. Y desperdigados por el resto de salón el resto de familia y amigos.

—Somos muy afortunados por la gente tan maravillosa que tenemos en nuestras vidas —dijo Marta mirando a su alrededor.

—Yo soy más afortunado que tú.

—¿Y eso por qué?

—Porque te tengo a ti —dijo besándola. Con un beso cargado de amor y promesas de futuro.

Miriam observó que Ángel le hacía una señal de que se acercase y se disculpó con Javier.

—Perdona, Ángel me está llamando.

—Probablemente quiera bailar contigo. Entre todos te estamos acaparando.

—Lo dudo, él no baila.

Ambos se dirigieron a la mesa.

—¿Qué ocurre?

—La niña está cansada, Miriam.

Esta contempló a su hija, cuyos ojitos se empezaban a cerrar. La cogió de los brazos de su padre y le dio un beso.

—¿Mi niña está cansadita? Ya nos vamos, cielo.

—No hace falta que te vayas, yo me la llevaré a casa y la acostaré. Sigue tú disfrutando de la boda de tu hermano.

—No te preocupes, Ángel, no me importa.

—No, en serio, quédate. Yo me ocupo.

—Gracias.

Miriam se despidió de su hija con un abrazo y contempló en silencio cómo su marido se la llevaba a casa. Javier miró a su hermana en silencio.

—¿Qué ocurre, Miriam? ¿No confías en que la cuide bien?

—No es eso... él suele acostarla muchas noches cuando yo estoy trabajando en algún caso. Ángel cuida de la niña perfectamente, es un padre estupendo.

—¿Entonces?

—Nada.

Él le levantó ligeramente la cara con la mano y hurgó en sus ojos.

—Te conozco, pequeña. Soy Javi, tu hermano mayor, ¿recuerdas?, el que siempre te defendió y te cuidó. ¿Qué ocurre?

—No ocurre nada, es solo...

—¿Qué?

Miriam sacudió la cabeza y miró hacia la pista. Fran y Susana bailaban mejilla

contra mejilla como dos adolescentes enamorados y los novios se besaban continuamente.

—Que los Figueroa han puesto en mi vida muy alto el listón del amor y yo... bueno, Ángel es diferente. No es muy expresivo ni me persigue por la casa para darme un achuchón como hacía papá con mamá, ¿lo recuerdas?

—Sí, claro que lo recuerdo. ¿No eres feliz, Miriam?

—Sí, soy feliz... tengo una hija maravillosa y mi marido es un buen hombre y me quiere, solo que es un poco frío a la hora de demostrarlo. He estado rodeada de Figueroas pasionales y cariñosos toda mi vida y echo de menos eso en mi matrimonio, nada más.

—¡Ven aquí! —dijo estrechándola con fuerza. Miriam se dejó abrazar como cuando eran pequeños, Javi era su hermano favorito, y sintió un nudo en la garganta. Siempre supo que le iba a resultar muy difícil encontrar lo que veía en su casa, esa clase de amor que compartían sus padres. Y se repitió una vez más que no todas las parejas eran iguales.

—Vamos a seguir bailando, Javi. Te echo de menos.

—Yo también os echo mucho de menos a vosotros, nena. A todos.

Se integraron de nuevo en la pista y Miriam se olvidó de todo disfrutando de su hermano al que tardaría meses en volver a ver.

Ya era avanzada la madrugada cuando se dio el baile por terminado. Los novios, agotados, tenían reservada para pasar la noche la misma habitación donde un año antes Sergio le había pedido matrimonio. Se despidieron de todos con un abrazo y antes de marcharse, alguien le recordó a Marta que debía arrojar el ramo. Se volvió de espaldas mirando cuidadosamente a los invitados. Iba a lanzárselo a Javier, para que la siguiente boda fuera la suya, deseando poner un granito de arena para que lo consiguiera, si la tradición era cierta.

Calculó el lugar y la distancia y se giró, lanzando las flores con fuerza sobre su hombro. El murmullo y las risas a su espalda le dijeron que no había calculado bien. Cuando se volvió, Hugo la contemplaba enfurruñado con el ramo en la mano.

Agradecimientos

Desde aquí quiero dar las gracias a Raquel por asesorarme en los temas legales que requiere esta novela, por aclararme qué podía o no hacer en el complicado mundo del Derecho, del que no tengo ni la más remota idea.

Nota de autora

Cuando terminé ¿Solo amigos?, una de mis novelas preferidas, me había encariñado tanto con los personajes que me costó ponerle fin. Volvía a ella una y otra vez, le añadía unas frases, unos detalles nuevos, todo para no decirles adiós.

En un principio no tenía epílogo, ese se lo añadí después, y con él di al fin por terminada la historia.

Releyendo dicho epílogo algo después me di cuenta del potencial de Marta entre los tres chicos Figueroa y comprendí que ahí había una historia y que además me permitiría reencontrarme con mis queridos Fran y Susana, así como con Inma y Raúl, ver la evolución de sus respectivas relaciones y vida de parejas a través de los años, y decidí hacer una segunda parte centrada en las historias de la nueva generación.

Cuando la terminé y la di a leer me comentaron que a pesar de ser una novela larga, las cuatro historias entremezcladas (al fin Fran había conseguido su niña), se quedaban cortas, dejaban al lector con ganas de ahondar más en cada una, de saber más de cada pareja, y de las relaciones familiares entre ellos, y me dejé convencer para que cada uno tuviera su propia novela, de modo que la convertí en una serie.

Empiezo con Sergio, el segundo hijo, porque creo que es la historia que explica y esboza un poco las demás, aparte de que es la primera que comienza, pero seguirán unos detrás de otros, historias paralelas en el tiempo la mayoría de las veces. Hay algunos capítulos comunes vistos desde diferentes puntos de vista y adaptados a las diferentes historias, y aunque ha sido complicado, ni que decir tiene lo mucho que he disfrutado con este proyecto.

Los personajes principales de cada novela hacen el papel de secundarios en las restantes, así como también encontramos de nuevo a Susana, Fran, Inma y Raúl, convertidos en padres y suegros, ya de cierta edad, pero eternamente enamorados.

Confío en que disfrutéis de los chicos Figueroa: Javier, Sergio, Hugo y Miriam tanto como yo.

Si te ha gustado
Más que amigos

te recomendamos comenzar a leer

Miscelánea
de Ana Álvarez

❧ Selección RNR ❧



Miscelánea

ANA ÁLVAREZ



Comedia Romántica

Capítulo 1

El comienzo

Victoria releyó una vez más la prueba del artículo que estaba revisando para la edición del periódico que entraría en rotativos en un par de horas. Le costaba trabajo concentrarse, en la redacción había un alboroto que se filtraba a través de la puerta del despacho y del que no conseguía desentenderse.

Normalmente no tenía problemas para evadirse del ruido circundante, en una redacción con gran cantidad de personal trabajando a dos turnos el ruido siempre estaba presente, pero últimamente estaba más nerviosa de lo habitual, y eso no ayudaba a su poder de concentración.

La perspectiva de conseguir al fin una revista semanal, que el periódico publicaría los sábados, y que sería enteramente obra suya, la tenía nerviosa e impaciente. Sabía por el movimiento que había de entrevistas y visitas al despacho del redactor jefe, que la publicación era inminente, y este hacía meses que le había prometido la dirección a ella. Incluso habían hablado un poco de la línea que tendría dicha revista, de los contenidos y del formato.

Sabía también que llevaba algo de tiempo organizarlo todo, pero estaba realmente impaciente por empezar.

Un murmullo más alto de lo normal procedente de la antesala de su despacho donde trabajaban su ayudante Magda y un par de chicas más, ambas redactoras, le hizo volver a soltar el artículo que intentaba revisar y salir para averiguar el motivo de tanta agitación.

Antes de abrir la puerta, se pasó la mano por el pelo para asegurarse de que ningún mechón se había soltado, siempre tenía buen cuidado en mantener su melena rubia y llamativa cuidadosamente recogida con tirantez en un apretado moño.

Victoria pensaba que al trabajo se iba a trabajar y cuidaba escrupulosamente su imagen para evitar provocar tanto en hombres como en mujeres ningún sentimiento que no fuera estrictamente profesional.

De hecho, su ayudante y amiga, con la que compartía piso, solía burlarse y decirle

que parecía más lesbiana que ella cuando la veía por las mañanas embutirse en sus habituales trajes pantalón negros, sus sujetadores camiseta que comprimían sus pechos y sus sencillas camisas blancas abotonadas hasta el cuello.

Una vez comprobado que su aspecto era satisfactorio, abrió la puerta. Inmediatamente las risas cesaron y cada una de las chicas volvió a su quehacer.

—¿Puedo saber qué ocurre, que está hoy la redacción tan alterada?

Magda se echó a reír.

—Al parecer hay un espécimen de hombre diez dando vueltas por el periódico. Va parando la producción por dondequiera que pasa.

—Ah... ¿Y ese hombre diez es...?

—Nadie lo sabe.

Rosa, una de las chicas respondió.

—Sí que lo sabemos. Es Julio Luján de la Torre, el hijo menor del dueño de la cadena de hoteles más importante de la Costa Brava. Lo que no sabemos es qué hace aquí.

Victoria frunció el ceño. Claro que conocía al hombre, salía con frecuencia en las revistas del corazón, pero tampoco ella tenía idea de qué pintaba en el periódico. Por lo que sabía él pasaba todo su tiempo en yates, fiestas y saraos.

—Bueno, haga aquí lo que haga, no nos incumbe. Nosotras tenemos que sacar adelante la edición de un periódico, así que manos a la obra.

—Sí, Victoria, no te preocupes, estará a tiempo.

Giró sobre sus talones y volvió a entrar en el despacho. No tenía duda de que estaría, sus chicas cumplían siempre con su trabajo. Se había rodeado de un buen equipo. Rosa, Celia y sobre todo Magda eran eficientes y cumplidoras: contaba con ellas para la revista, aunque todavía no había nada oficial.

Suspiró al sentarse de nuevo en su sillón. Tanto alboroto por un par de pantalones. El tal Julio Luján no era más que un niño de papá, aunque ya bastante entrado en la treintena, mimado y caprichoso. Que ella supiera, no había trabajado en su vida, y si había algo que Victoria respetaba era el trabajo.

Se concentró de nuevo en su labor, hasta que sonó el teléfono de su mesa.

—¿Sí, Magda?

—Martín quiere verte en su despacho ahora mismo. Parece importante.

—De acuerdo. ¿Puedes encargarte tú de terminar la corrección?

—Sin problema.

Minutos después volvía a atravesar la puerta de su despacho, después de haber revisado su aspecto. El cabello en su sitio, la chaqueta abrochada, los pantalones impecables. Magda se había burlado de ella preguntándole con sorna.

—¿Asegurándote de estar perfecta por si te encuentras al tipo diez?

Victoria había sonreído a su amiga.

—Sabes perfectamente que soy tan inmune a ese tipo de hombre como tú. Pero cuando el redactor jefe te llama a su despacho hay que presentar un aspecto profesional.

—Victoria, tu presentas un aspecto profesional desde el mismo momento en que pisas el suelo de la redacción hasta que sales de ella.

Cruzó la redacción a paso rápido. Comprobó con satisfacción que a medida que pasaba delante de las mesas la actividad se hacía un poco más intensa; su presencia infundía un respeto que incluso superaba el que provocaba Martín. Se había ganado una merecida fama de dura e inflexible, y estaba orgullosa de ello. Apreciaba el trabajo bien hecho y todos lo sabían, nunca admitía excusas ni retrasos, pero todos lo aceptaban porque jamás le exigía a nadie algo que no cumpliera a rajatabla ella misma.

Se detuvo ante la puerta de Martín y llamo con dos golpes secos.

—Adelante.

Nada más entrar en el despacho intuyó que algo no iba bien. La cara de Martín era algo sombría y evitó cuidadosamente su mirada mientras la invitaba a sentarse en el sillón colocado frente a él.

—Magda me ha dicho que tenías que hablar conmigo de algo urgente.

—Sí, así es.

—Bueno... no tengo todo el día.

—Se trata de la revista. Hay un pequeño cambio en los planes.

—¿Como de pequeño? En realidad todavía está bastante en el aire... ¿Acaso no se va a publicar?

—Sí se va a publicar.

—¿Entonces? Martín, no te andes con rodeos... ese no es mi estilo.

—El problema es tu papel en ella.

—¿No la voy a dirigir yo? ¿Se la vas a dar a otro?

—No exactamente... la intención es que la dirijas tú, pero no sola.

—¿No crees que esté capacitada para hacerlo?

—No es cuestión de capacidad.

—¿De qué entonces?

—De nombre. Eres Victoria Páez, lo que quiere decir nadie en el mundo editorial. Una revista de esta envergadura necesita un nombre conocido que la respalde.

—Esta revista se va a regalar con el ejemplar del sábado del periódico, la gente no va a comprarla, de modo que quién la dirija da igual.

—La junta directiva del periódico ha decidido publicarla independientemente del periódico, y por lo tanto, un nombre conocido es imprescindible para promocionarla.

—Cuando hablas de un nombre conocido, espero que no te refieras a nadie de la familia Alcántara. Jamás trabajaré con ninguno de ellos.

—No, te estoy hablando de Julio Luján.

—¿Ese gigoló? ¿Pretendes que comparta la dirección de la revista con un imbécil que lo único que sabe hacer es mantener el equilibrio en la cubierta de un yate y dejarse fotografiar del brazo de la última mujer de moda?

—Julio tiene una licenciatura en periodismo sacada con excelentes calificaciones.

—Por favor, Martín, tanto tú como yo sabemos que esas «excelentes calificaciones» las ha comprado el dinero de papá.

—He hablado con él y me ha parecido un tipo inteligente.

—¿Y me puedes decir cómo, de entre todo el círculo periodístico, se te ha ocurrido

pensar en él? Por Dios, bien sabes que yo quería llevar este proyecto sola, pero puestos a compartir la dirección, ¿por qué no has buscado a alguien competente, además de conocido?

—Ni el nombre ni la decisión son cosa mía, Victoria. Yo quería que la llevaras tú, pero como sabes hay gente por encima de mí. Al parecer, se trata de un favor personal que alguien de arriba le hace al padre de Julio.

—O sea que papaíto le ha comprado un trabajo al nene.

—Algo así. Siempre puedes no aceptar... A mí personalmente me gustaría que lo llevaras tú, y tienes el suficiente carácter para meterlo en cintura, pero la decisión es tuya.

—Por supuesto que no voy a renunciar. Llevo años esperando esta oportunidad y no voy a dejarla escapar.

—Entonces, esta tarde a las cuatro nos reuniremos con él para tratar el asunto. Antes quería hablar contigo.

—¿No vas a aclararme nada más? ¿Ni el tipo de cooperación que vamos a tener, ni quién va a llevar el control ni nada?

—Eso es algo que debéis decidir entre vosotros.

—O sea, que yo voy a trabajar y él solo va a poner su nombre...

—No lo sé, no sé si Julio tiene intención de trabajar o hacer como que trabaja. Me lo han presentado esta mañana y solo he intercambiado con él unas cuantas frases. No he querido ahondar en el tema hasta saber si tú aceptarías. Decidiremos todo a las cuatro.

—De acuerdo.

Regresó a su despacho y se sumió en un mutismo hermético del que ni Magda pudo sacarla. Nada más verla comprendió que cualquier pregunta sobre la reunión y sobre su evidente malhumor estaba fuera de lugar.

A las cuatro en punto, ni un minuto antes ni uno después, Victoria volvió a llamar a la puerta del despacho de Martín. Cuando recibió la invitación para entrar y empujó la puerta, comprobó que su jefe no estaba solo. En el asiento en que unas horas antes se sentara ella, se encontraba ahora Julio Luján de la Torre. Como buena observadora, le bastó un rápido vistazo para comprobar que era más alto de lo que parecía en las fotos y más delgado. Su porte indolente, con una pierna cruzada sobre la otra y balanceando rítmicamente un pie la irritaron nada más verle. Vestía un pantalón negro, camisa del

mismo color con un par de botones abiertos a la altura del cuello y una chaqueta gris, sin corbata. Todo de marca e indudablemente caro.

Observó cómo la mirada de él la recorría también con un atisbo de curiosidad, desde el moño apretado en la nuca, hasta los pechos planos y el cuerpo informe que escondía bajo la chaqueta cruzada de corte cuadrado y masculino. También cara, se las hacían a medida para conseguir el propósito de ocultar el cuerpo lleno de curvas que en verdad poseía. Pero hacía mucho tiempo que había comprendido que una mujer atractiva y sensual tenía muy difícil hacer carrera en el mundo editorial. Había que ser una «rompepelotas» fría y poco atractiva para conseguirlo, y ella no había dudado en asumir el rol.

—Victoria, te presento a Julio Luján. Victoria Páez.

Él se levantó de la silla y le tendió la mano de forma perezosa. Victoria le dio un apretón seco y rápido que apenas duró un par de segundos, y tomó asiento.

Martín tomó la palabra.

—Una vez hechas las presentaciones, deberíamos pasar al asunto que nos trae hoy aquí. Como ya ambos sabéis, el periódico va a empezar la publicación de una revista que vosotros vais a dirigir conjuntamente. Victoria ya tiene una idea del tipo de revista que será, cubrirá un poco de todo. Arte, ciencia, viajes, alguna entrevista a un personaje de actualidad o un reportaje sobre algún tema candente. No tiene que tener un formato que se repita, en ella debe haber cabida para casi todo. Por eso se va a llamar *Miscelánea*.

—¿También moda, belleza y gastronomía?—preguntó Julio.

—¿Tengo aspecto de dirigir una revista de ese tipo?

Él la miró fijamente por unos segundos.

—No, pero como ha dicho que debe haber cabida para todo...

—Por descontado que si hay algo excepcional que abarque uno de esos contenidos, lo cubriré, pero no habrá secciones fijas.

—Querrás decir lo cubriremos, ¿no?

—He querido decir lo que he dicho. Todavía no ha quedado claro el papel de cada uno de nosotros en esto.

Julio enarcó las cejas y no dijo nada.

—Bueno, tranquilos... Todo quedará aclarado en seguida. Tratemos esto como

personas civilizadas.

—Pues empieza por aclararme cuál va a ser mi cometido aquí, Martín. ¿Voy a dirigir la revista sí o no?

—Vais a dirigirla los dos conjuntamente.

—¿Tendré capacidad de decisión?

—Por supuesto, ambos la tendréis.

—Eso va a ser difícil, salvo que el señor Luján prefiera dejarme a mí la dirección y limitarse a poner su nombre en el papel. ¿Es esa su intención? —preguntó mirándole fijamente.

Él hizo un gesto ambiguo con la boca.

—No —respondió—. No es esa mi intención. Me han ofrecido el puesto de director en una revista, no un espacio para colocar mi nombre.

—¿Y tiene usted alguna idea de cómo dirigir una revista?

—Por supuesto. Tengo una licenciatura en periodismo, señorita Páez. ¿O debo llamarla señora?

—Señorita.

—No sé por qué no me extraña.

—Tampoco a mí me extraña que tenga usted una licenciatura en periodismo. El dinero lo compra todo, pero eso no significa que sepa hacer el tipo de trabajo que se requiere.

—Antes de hacer juicios apresurados debería comprobar lo que sé y lo que no sé hacer. A lo mejor se sorprende... señorita.

—Julio, Victoria... por favor. Pensaba dejaros llegar a un acuerdo entre vosotros sobre cómo repartir las competencias, pero está claro que deberé ser yo quien ponga los límites. *Miscelánea* se publicará semanalmente y cada semana será uno de vosotros el que decida tanto la portada como el contenido. Pero en ningún caso se publicará nada que no haya sido previamente aprobado por el otro. ¿Queda claro? Sería mucho más fácil si vierais al otro durante esa semana como un colaborador y no rechazarais todo lo que aporte sistemáticamente. Pensad que a la semana siguiente os tocará estar en el mismo lugar.

—¿Y si la revista se vende más con el contenido de uno de nosotros, semana tras semana? ¿Seguiría siendo rotatoria la dirección?

—Pues eso ya no os lo puedo decir. Si la diferencia en las ventas es muy significativa, habrá que replanteárselo.

—¿La revista aparecerá cada semana con el nombre de uno de nosotros o de los dos?

—No, el nombre de ambos aparecerá en cada publicación.

—¿Tenemos carta blanca a la hora de elegir los temas a tratar?

—Sí, Julio, pero ten en cuenta lo que he dicho antes. Victoria deberá aprobarlos antes de la publicación. Y viceversa.

—¿Algo más?

—No, Victoria, en principio nada más. Enséñale a Julio dónde está tu despacho; mañana haré colocar allí una mesa para él.

—Mi despacho es muy pequeño, Martín, apenas puedo moverme en él cuando nos reunimos todo el equipo. Si colocas una mesa más será imposible hacerlo. Y en la antesala hay tres chicas trabajando. En vista de lo que ha pasado hoy no creo que sea buena idea poner al señor Luján allí.

—¿Lo que ha pasado hoy?

—El señor Luján es un conocido *playboy*.

—Llámame Julio.

Victoria le lanzó una mirada fría y despectiva.

—El señor Luján ha causado un considerable revuelo en el personal femenino de la redacción, por lo que he podido oír, y no pienso consentir que el trabajo de mi equipo se resienta por su presencia. Acomódalo en otro sitio, lejos de mis chicas.

Julio levantó una ceja sarcástico.

—¿Tan faltas de hombres están tus chicas que la sola presencia de uno cerca paraliza el trabajo?

—La vida privada de las mujeres de mi equipo no es asunto mío, pero su trabajo sí, y no toleraré distracciones.

—¿Solo hay mujeres en tu equipo?

—Sí.

—¿Por algún motivo en particular?

—Pues sí, solo quiero trabajando conmigo lo mejor, y ellas son las mejores.

—Ahhh... entiendo. No tiene nada que ver con el sexo...

—Julio —intervino Martín—. ¿Tienes inconveniente en que te acomode en un despacho fuera del recinto de Victoria?

—No, en realidad te lo agradezco. Me resultará más agradable trabajar si no tengo que ver continuamente una cara de palo.

—Bien, entonces empezamos mañana. Y, sinceramente, me gustaría que os replanteais vuestra actitud. Tenéis que trabajar juntos lo queráis o no, así que sería mejor si enterraseis el hacha de guerra.

Martín se levantó dando por terminada la reunión.

—Julio, te esperamos mañana.

—Aquí estaré —dijo levantándose a su vez. Victoria hizo lo propio y uno detrás del otro abandonaron el despacho.

Apenas habían cruzado el umbral, Victoria se volvió hacia Julio y le advirtió:

—A las ocho en punto, Luján. No tolero retrasos en mi equipo.

—No soy un miembro de tu equipo, soy codirector contigo.

—También yo formo parte del equipo y estoy aquí a las ocho en punto. Siempre.

—¿Siempre?

—Siempre.

Caminaban juntos a través de la redacción, cruzando pasillos llenos de puertas abiertas en cuyos despachos se realizaba una actividad constante.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Solo si es sobre trabajo.

Julio ignoró la advertencia.

—¿Te he hecho algo en el pasado y no lo recuerdo?

—Jamás nos hemos conocido antes.

—Eso me parecía, pero claro, yo conozco a mucha gente. Y quién sabe, a lo mejor te he echado un polvo en una noche de borrachera y no lo recuerdo, porque no entiendo tu actitud hacia mí.

—Yo no echo polvos de borrachera. Simplemente no soporto a la gente como tú.

—¿Qué gente? ¿Los hombres?

—No tengo en muy buen concepto a los hombres en general, pero me refiero a la gente podrida de dinero que se aprovecha de ello para comprarlo todo, incluido un trabajo.

—El dinero no es mío, sino de mi padre y si su inversión en publicidad en *Miscelánea* es lo bastante sustanciosa como para que me hayan ofrecido el puesto de director en la misma, no voy a rechazarlo. Tú tampoco lo harías, encanto.

—Por supuesto que lo haría, yo soy una mujer íntegra.

—Si tu padre fuera rico y con la influencia suficiente para comprarte la dirección de la revista para ti solita, ya hablaríamos de integridad.

—No hables de lo que no sabes. Y no me llames encanto, no lo soy. Ya te darás cuenta, Luján, no tienes idea de dónde te estás metiendo. Voy a echarte de *Miscelánea* y voy a hacerlo solo con mi trabajo, con mis índices de ventas. Y ni tu padre ni todo el dinero de publicidad que pueda invertir en ella van a evitarlo.

—¿Sabes una cosa, encanto? Creo que necesitas trabajar menos y follar más.

—Si quieres continuar en la revista, tú deberás hacer lo contrario.

—No me subestimes... Ya veremos quién echa a quien. Nos vemos mañana a las ocho en punto... señorita.

Cuando llegó a su despacho, Celia y Rosa ya se habían ido. Al igual que exigía puntualidad a la hora de incorporarse al trabajo, también respetaba escrupulosamente la hora de marcharse del mismo, salvo que hubiera alguna urgencia y todas necesitaran echar horas extras. Y en esos casos Victoria siempre era la última en

marcharse.

Confiaba en que Magda tampoco estuviera allí, se sentía tan furiosa que ni siquiera le apetecía hablarlo con ella, pero su amiga la conocía demasiado bien y la estaba esperando.

—¿Todavía aquí? Creía que hoy ibas a casa de Silvia.

—Puedo ir más tarde, cuando sepa los sapos y culebras que te están comiendo por dentro.

—De acuerdo, pero aquí no. Te lo cuento en el coche mientras te acerco a casa de Silvia

—Vale.

Victoria entró en su despacho y cada una se dedicó por un rato a recoger sus respectivas mesas de trabajo.

Ambas mujeres eran amigas desde la universidad y cuando terminaron sus estudios tuvieron la suerte de encontrar trabajo en el mismo periódico. Victoria, que acababa de salir de una ruptura familiar, movida por una ambición y un deseo frenético de abrirse camino, había trabajado día y noche ascendiendo en poco tiempo de simple redactora a jefe de redacción de la sección de noticias de última hora. Había reclamado a Magda como su ayudante y después había ido librándose de algunos miembros de la sección e incorporando a otros, hasta que su equipo había quedado como estaba en esos momentos; con dos personas menos de las que tenía en un principio, pero mucho más eficiente.

Oficialmente, ella y Magda compartían piso, aunque en realidad su amiga mantenía una relación con otra chica desde hacía año y medio y pasaba la mayor parte del tiempo en casa de esta. Sin embargo, la familia de Silvia era católica, tradicional e intransigente hasta el punto de que su hija no se había encontrado capaz de hablarles de su atracción por las mujeres. Mantenía su relación con Magda en el más estricto secreto, de forma que solo se veían algunos días de la semana, aquellos en los que Silvia estaba segura de que ninguno de sus familiares iba a presentarse en su casa, cosa que hacían a menudo sin avisar. Victoria temía que la relación se acabara resintiéndose porque a Magda ya le pesaba el secreto. Ella había hablado con sus padres de sus inclinaciones sexuales siendo apenas una adolescente y cuando Victoria y ella se hicieron amigas, esta sabía que durante un tiempo los padres de Magda pensaban que eran algo más. Pero nunca había habido ese tipo de atracción entre ellas. Victoria tenía muy claro que le gustaban los hombres, aunque el tipo de hombres que a ella le atraían escaseaban cada día más. En cambio abundaban los del tipo Julio Luján.

Una vez terminaron de recoger, apagar los ordenadores y las luces, ambas se dirigieron en los ascensores hasta el aparcamiento subterráneo. Y apenas acomodadas

en el coche de Victoria, Magda ya no pudo contener más su curiosidad

—Vamos, suéltalo ya. ¿Qué quería Martín? ¿Acaso *Miscelánea* no se va a publicar?

—Sí se va a publicar, pero no voy a dirigirla yo sola. Me temo que voy a tener que tragarme al «señor diez» como codirector.

—¿A Julio Luján?

—Y de la Torre.

—Joder, ahora me explico tu cara de todo el día. Otra vez te va a tocar trabajar para que otro se lleve el mérito, ¿no?

Victoria dio un brusco giro de volante para incorporarse al tráfico de la M-30 antes de responder.

—Me temo que es todavía peor. Quiere dirigir la revista conmigo.

—Jodeeeeerrr.... ¿Y qué sabe ese de dirigir una publicación?

—Dice que es licenciado en periodismo.

—A lo mejor es verdad.

—Seguramente lo es, no creo que mienta en eso. Pero tú has pasado por la facultad de periodismo al igual que yo. Sabes lo fácil que lo tienen para aprobar los «hijos de». Yo misma, si hubiera querido tendría hoy el título sin haber apenas abierto un libro.

—Pero no lo hiciste, y a lo mejor a él le ha pasado igual.

—Lo dudo mucho, Magda. Por Dios, ¿cuántos años tiene? ¿Treinta? ¿Treinta y cinco? En todo ese tiempo no ha hecho más que vivir del dinero de papá. ¿Y ahora pretende jugar a que trabaja? Pues ya podía irse a asfaltar carreteras, así mantendría el bronceado. Pero una cosa te digo, no va a durar mucho como director de *Miscelánea*.

—Le piensas joder la vida, ¿no?

Victoria se permitió una leve sonrisa.

—Todo lo que pueda. Por lo pronto le voy a hacer trabajar como un negro. Martín ha decidido que cada semana uno de nosotros se va a ocupar de la publicación de forma alternativa y durante esa semana el otro actuará como colaborador. Y le pienso poner el nivel tan alto al cabrón que para igualar mi publicación, solo igualarla, va a sudar sangre. No va a tener tiempo de pasar por los despachos alborotando a las

mujeres de la redacción, como ha hecho hoy. Y si lo hace, su publicación será tan mediocre que estará fuera de ella en un par de semanas. ¡Pues no se ha permitido el capullo decirme que folle más!

Magda se rio a carcajadas.

—¿En serio? ¿Y qué le dijiste?

—Que él debería follar menos. Al final hemos acabado retándonos a ver quién echa de la revista a quién.

—Esto va a ser muy divertido.

Victoria detuvo el coche ante la puerta de Silvia.

—Bueno, saluda a tu chica de mi parte.

—Y tú relájate, mañana te espera un día duro.

Julio salió sintiendo la bilis subirle por la garganta. Hacía mucho tiempo que nadie le tocaba las pelotas como lo había hecho aquella escoba con moño que era Victoria Páez. Le había costado mantener las formas y no gritarle que se metiera su ridícula revista por donde quisiera, que a él le importaba una mierda. Él estaba tan a gusto en Londres haciendo sus masters, uno detrás de otro. Y la señorita Páez se había permitido dudar de su título. Si había algo que tenía eran títulos, joder. Después de licenciarse había estado haciendo masters de especialización, uno tras otro en todas las universidades de prestigio europeas, claro que para evitar que su padre lo pusiera a trabajar en la empresa familiar como hacía su hermano. No le importaban los hoteles más que para alojarse en ellos. Ni le interesaba la gestión de empresas. Lo que a él de verdad le gustaba, con lo que disfrutaba, era estudiar. Y su padre era jodidamente rico, no necesitaba aplicar sus conocimientos para ganarse la vida. Pero los antepasados catalanes se habían impuesto y el viejo había decidido que ya estaba bien de estudiar y había llegado la hora de trabajar. Cuando se negó a hacerlo en la dirección de la cadena de hoteles diciéndole que era periodista, le buscó aquel trabajo y le amenazó con bajarle la asignación de sus gastos a una cantidad tan mísera que apenas le habría bastado para malvivir. Y todavía no podía permitirse vivir de sus inversiones. Ni el Jaguar, ni la Harley, ni el apartamento de 150 metros cuadrados en el centro de Madrid con su grupo de criados invisibles que se ocupaban de que su vida fuera cómoda, se los habría podido permitir.

Mientras conducía le sonó el móvil, y le echó un vistazo de reojo. Teresa. No estaba de humor para ella. Sabía que debía tener cuidado con Teresa, era ambiciosa y se había propuesto pescarle, eso lo tenía claro. Pero tenía un cuerpo de infarto y follaba como una puta. Con clase eso sí, pero puta al fin y al cabo. Y él no se dejaba atrapar por ninguna puta, por ninguna mujer de hecho. Le gustaba la variedad y aunque era con Teresa con quien se veía más frecuentemente, eso no significaba que fuera la

única que se llevaba a la cama.

Ignoró la llamada y recordó que era martes, el día de la semana que su cuñada salía con sus amigas y que su hermano Andrés estaría solo en casa cuidando de su sobrina, Adriana.

Cambió de dirección en la primera rotonda que encontró y se dirigió a la urbanización de chalets de las afueras donde vivía su hermano.

Cuando llamó a la puerta y esta se abrió, una versión de sí mismo con barba y unos cuantos años más, le sonrió. Los hermanos se parecían mucho en el físico: altos, con el pelo castaño y unos increíbles ojos también castaños con reflejos dorados; sin embargo eran muy diferentes en el carácter.

—¡Pero mira quién es...! El hijo pródigo.

Ambos se abrazaron efusivamente. A pesar de las diferencias de carácter se querían mucho.

—Necesito un *whisky*.

—Vaya... —Andrés sacudió la cabeza sorprendido, precediéndolo hasta el salón—. ¿Mal de amores?

—¿Estás de coña? ¿Mal de amores yo? No, nada de eso.

—Ya me parecía... Pero no eres de los que nada más entrar pide un *whisky*. Tienes muchos defectos, hermano, pero no eres un bebedor a palo seco.

—Pues hoy lo necesito. Alguien me ha tocado los cojones a conciencia.

Entraron en el salón y Adriana, una preciosa niña de tres años se levantó rápido de la alfombra y corrió hacia ellos.

—¡Titoooo!

Julio la cogió en brazos y la alzó sobre su cabeza zarandeándola y haciéndola reír.

—Ey, brujilla... ¿Cómo está mi chica favorita?

—Muy bien, tito, estoy viendo dibujos ¿Quieres sentarte a verlos conmigo?

—No, Adriana —intervino su padre—, el tito y yo tenemos que hablar. Sigue tú viendo los dibujos.

El salón era lo suficientemente grande para que pudieran mantener una conversación a media voz sin que la niña se enterase.

Andrés escanció un carísimo *whisky* en dos vasos con hielo y se sentaron en sendos butacones.

—Bueno, Julio... desembucha. ¿Quién te ha tocado los cojones?

—Una tía

—¿Teresa?

—No... Esa me los toca pero de otra forma.

—Cuida el lenguaje, hermano. La niña está en la otra punta del salón, pero tiene los oídos muy finos.

—Todo esto empezó con la manía del viejo de que me ponga a trabajar; dice que ya está bien de hacer el vago.

—Tienes treinta y cinco años, Julio.

—Pero no soy ningún vago. Tengo tres carreras: empresariales porque se empeñó él, derecho por... no sé por qué realmente, y periodismo porque era lo que yo quería hacer. Y cuatro masters. No he perdido un curso académico en mi vida, y te aseguro que me he estudiado hasta la última coma de los temarios, no me han regalado los aprobados como piensa la señorita palo metido por el culo.

—Deduzco que es esa señorita quien te ha tocado los cojones.

—La misma.

—¿Y es...?

—Una redactora de tres al cuarto a la que le han ofrecido dirigir una revista estúpida e insulsa y se ha tomado muy mal que yo vaya a dirigirla con ella.

—¿Vas a dirigir una revista? —preguntó extrañado.

—Es cosa de tu padre, no mía. Se ha empeñado en que trabaje y como no he querido hacerlo en la empresa familiar me ha buscado esto. Y si no quiero perder el ritmo de vida que llevo tengo que tragar. Hoy hemos tenido la primera reunión con el editor jefe. Solo de pensar que voy a trabajar con ella me dan ganas de tirarme por un puente.

Julio le dio un largo sorbo a su bebida.

—¿Pero qué ha hecho exactamente?

—Ha cuestionado mi título, ha cuestionado mi capacidad de trabajo, mi puntualidad. Hasta me ha dicho que debo follar menos si quiero cumplir con mi trabajo. ¡No te jode, la señorita Rottenmeier! Que tiene pinta de no haber follado en su vida...

—Vamos, Julio, tú nunca has tenido dificultad para meterte a cualquier mujer en el bolsillo. Despliega un poco de tu encanto.

—¿Con esta? ¡Ni muerto!

—¿Es joven o vieja?

—No lo sé. Una edad indefinida entre los treinta y los cuarenta y cinco. Pelo rubio y apagado recogido en un moño ridículo, cuerpo de palo de escoba y cara de siesa. De esas que no pierden la mala leche por mucho *All-Bran* que tomen.

Andrés se echó a reír a carcajadas.

—Vaya, vaya... Sí que pinta mal.

—Me ha amenazado con echarme de la revista por incapaz en poco tiempo.

—¿Y tú como has reaccionado a eso?

—Diciéndole que será ella la que se vaya y no yo. Y pienso hacerlo, hermano, yo solo, sin utilizar las influencias de nuestro padre en absoluto. Esta capulla va a saber quién es Julio Luján. Voy a hacerle tragar sus palabras una por una, a demostrarle que no es el ombligo del mundo sino una redactora mediocre que no va a vender un solo ejemplar.

—¿Y esa señora se llama?

—Victoria Páez, y es «señorita». Ningún hombre podría meterse en la cama con eso, por Dios. ¿Te suena de algo?

—No.

Por un momento Andrés pensó que esa tal Victoria Páez podría ser alguien contratado por su padre para meter a su hermano en el redil y hacerlo volver a la empresa familiar, incapaz de soportar la presión de trabajar con alguien difícil de llevar.

La llegada de Adriana, que había terminado de ver los dibujos, puso fin bruscamente a la conversación.

Julio se quedó a cenar con su hermano y su sobrina y se marchó temprano dispuesto a presentarse en el periódico al día siguiente a las ocho en punto.